

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO**

**PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y  
SOCIALES**

**LA VÍA PARA MÉXICO: EL COMPROMISO  
DEMOCRÁTICO**

**TESIS**

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE MAESTRO EN  
CIENCIA POLÍTICA**

**PRESENTA**

**ROBERTO BORJA OCHOA**

**CIUDAD UNIVERSITARIA, SEPTIEMBRE DE 2005**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **AGRADECIMIENTOS**

Con mucho cariño y admiración a mi maestra, asesora de esta tesis: Lourdes Quintanilla Obregón.

También con gran admiración y afecto, a mi maestro Rolando Cordera Campos.

A José Luis Velasco Cruz, por la lectura del trabajo y sus agudas sugerencias críticas que muy amablemente me planteó y que traté de incorporar.

A Lucila Ocaña, quien me otorgó generosamente su voto, con la condición de continuar dialogando sobre los temas y de profundizar en ellos.

Con afecto y reconocimiento a la trayectoria de José Woldenberg.

A todos ellos, muchas gracias.

# ÍNDICE

<b>Presentación</b>	5
<b>Introducción</b>	10
<b>Capítulo I</b>	
<b>Nuestro caos de rencores</b>	16
• Nueva decadencia mexicana	23
• La clave de la discordia nacional	29
<b>Capítulo II</b>	
<b>Herencias diversas</b>	36
• Un origen sin identidad	38
• De los caudillos a la presidencia	42
• Hegemonía de la burocracia	46
• La tecnocracia sin hegemonía	51
• La transición democrática	54
• La ideología de la miseria	59
<b>Capítulo III</b>	
<b>El cambio a la deriva</b>	66
• La derrota del PRI	66
• La alternancia en la ambigüedad	73
• El cambio sin nuevos personajes	81
<b>Capítulo IV</b>	
<b>¿México sigue siendo viable?</b>	86
• Un mundo cada vez más complejo	92
• México entrampado	96
• México desarmado	100

<b>Capítulo V</b>	
<b>La construcción de un nuevo régimen</b>	106
• El fin de un ciclo	107
• La “parlamentarización” del presidencialismo	110
a) El problema de la gobernabilidad democrática	110
b) Hacia un régimen semipresidencial democrático	112
• Reconstituir a la sociedad política y a la sociedad civil	117
a) Crear el Consejo Económico y Social de Estado	117
b) Planear el desarrollo	119
c) Fortalecer a la sociedad civil	124
• La participación y organización de los más débiles	126
• Gobierno y Estado de Derecho	127
<b>Capítulo VI</b>	
<b>México 2007: Una coyuntura estratégica</b>	131
• Por un nuevo compromiso histórico	133
• Un compromiso para revitalizar a la política	139
• Ampliar los horizontes de la Reforma del Estado	141
• Un nuevo México de ciudadanos	145
<b>Epílogo</b>	151
<b>Conclusiones</b>	156
<b>Notas</b>	166
<b>Bibliografía</b>	168

## PRESENTACIÓN

El objetivo de la presente tesis consiste en demostrar que México necesita de un acuerdo básico entre sus fuerzas políticas y sociales para ser capaz de atender sus graves problemas y que el más urgente de todos es, precisamente, el de la gobernabilidad de un país con esos graves problemas.

Para éste último propongo la adopción de un régimen semipresidencial de gobierno. Para aquellos, un nuevo compromiso histórico de las fuerzas sociales y políticas para que, en el lapso aproximado de una generación, se puedan crear las condiciones mínimas de justicia y equidad que le den sustento a México como una nación de ciudadanos, libre y democrática y, al mismo tiempo, le cierren el paso a la descomposición social creciente e, inclusive, al peligro de la inviabilidad histórica del Estado.

Sostengo que el Estado mexicano, desde su origen, no ha sido capaz de lograr la plena integración de la sociedad en cada etapa de su desarrollo, puesto que ha estado al servicio de la parte moderna de la misma y se ha mantenido “de espaldas” al resto. Por ello siempre recurrió a la autoridad fuerte y centralizada, la que decía luchar por la incorporación de toda la sociedad a la modernidad, sólo para reproducir las condiciones de la exclusión.

Por tanto, el tema de la democracia en México abarca, además de los procesos concernientes al régimen político electoral propiamente dicho, al conjunto de las condiciones en que opera, sobre todo el de la creación de ciudadanía.

En cierto sentido, la promoción de un sistema electoral democrático era una tarea pendiente del Estado de la Revolución Mexicana. También es cierto que, cuando la lucha por el poder político pasa del seno del partido hegemónico a la arena de la competencia electoral y al voto efectivo, entonces tiene lugar un cambio fundamental en el régimen político. Pero el cambio fue negociado, en aproximaciones sucesivas, entre el viejo Estado, por una parte, y los partidos políticos, viejos y nuevos, además de las escisiones en el partido hegemónico, por la otra, que proponían un proceso electoral democrático.

Tal es la razón de que la democracia conseguida a través de instituciones electorales ha sido insuficiente para dar consistencia a la convivencia social y que requiere ser completada con la construcción de un nuevo Estado democrático y de derecho.

La actividad democrática que ha derivado del pluralismo ha debilitado la capacidad de gobierno del Estado porque sus instituciones centrales no han sido actualizadas de manera congruente.

En otras palabras, al lograr la conquista del sufragio efectivo y la construcción de un régimen competitivo de partidos, la transición se encuentra básicamente terminada. Pero desde el punto de vista de la gobernabilidad y de la sustentación de las condiciones de la democracia, fundamentalmente la igualdad de los ciudadanos ante la ley, el régimen de competencia electoral entre partidos políticos tendrá que demostrar que puede construir una autoridad eficaz para gobernar y dirigir el proceso de reforma económica y social que hace falta para darle la sustentación necesaria, histórica y éticamente, a la democracia mexicana.

El debilitamiento creciente del Estado corre el riesgo de llegar al extremo de su inviabilidad histórica como organización política de la nación, en el caso de que no se reviertan las tendencias de los últimos años. El viejo régimen se mostró crecientemente incapaz para resolver los problemas sociales del país. La transición sólo ha trazado la ruta (el sistema electoral democrático) para arribar a la otra orilla. Pero todavía está pendiente la tarea de transformar y hacer funcionales a las instituciones y la cultura sobrevivientes del Estado autoritario y patrimonial, con las nuevas condiciones de la democracia en los procesos de la competencia electoral.

Por tanto, lo que nos falta, no es el pacto similar a la “Moncloa” en España, sino el acuerdo para construir el vehículo que pueda recorrer el camino. Es decir, el cambio en la forma de gobierno que permita la formación de nuevas mayorías, así como hacer funcionales a las nuevas posibilidades políticas: el sistema electoral competitivo, la acotación de la presidencia, el equilibrio de poderes, el federalismo, la organización autónoma de la sociedad civil y la creación de ciudadanía.

Por ello creo que la forma de gobierno tiene que evolucionar hasta adquirir un carácter semipresidencial, para facilitar la formación de las mayorías institucionales que necesita el nuevo régimen competitivo de partidos, para elevar la importancia de la planeación del desarrollo nacional en el mediano y largo plazo, así como para democratizar a las organizaciones sociales, fortalecer a los partidos políticos y a las instituciones representativas, principalmente el Congreso de la Unión, con el fin de activar y promover también la participación de la sociedad organizada, a través nuevas



instituciones ciudadanas, en los procesos de gobierno y de planeación del desarrollo.

Los partidos políticos y la Cámara de Diputados, sobre todo, necesitan renovar sus capacidades de formación y representación de la soberanía popular. La imagen deteriorada que proyectan en la sociedad es un hecho histórico y cultural. Su debilidad impide avanzar más en el fortalecimiento de las capacidades de dirección política del Estado, al tiempo que la sociedad necesita de un Poder Legislativo mucho más profesional y eficiente, para co-gobernar con el Ejecutivo.

Así también, en la llamada sociedad civil, es decir, en la parte organizada de la sociedad, predomina aún la cultura premoderna de la época del corporativismo mexicano, que convertía a los ciudadanos, libres frente a la Constitución, en súbditos o clientes del dirigente en turno. Aquí la capacidad de organización y representación sociales se ha visto sumamente reducida. Y es aquí donde la democratización de las relaciones sociales (sindicales, profesionales, etc.), presenta un rezago mayor que en la esfera política.

Por estas y otras razones, en el corto plazo lo que parece estar maduro es el acuerdo para formar un gobierno de gabinete, así como un ambiente más propicio para la creación de un Consejo Económico y Social de Estado, autónomo y ciudadano.

Más alejada se encuentra la posibilidad de recuperar y elevar la importancia de la planeación del desarrollo, aunque quizá el gobierno de gabinete y el CESE, pudieran acelerar dicho proceso.

Estas propuestas son sólo las más importantes. Por supuesto que irían acompañadas de muchas otras, algunas de las cuales se destacan en el texto del presente trabajo.

En resumen, y esta es la tesis, México sólo tiene un camino: el compromiso democrático.

No es, sin embargo, el único probable. Creo que es válido partir de la hipótesis que supone que, al perder el PRI la mayoría, se abre una etapa histórica en la que tres o más partidos importantes disputarán el poder y en la que ninguno de ellos podrá volver a obtener la mayoría por sí solo. Pero también es cierto que pudiera producirse la formación de una coalición que rompiera el equilibrio, que hasta ahora ha resultado catastrófico entre tres fuerzas, que superara a las otras y que incluso alcanzara la mayoría electoral. Y mientras no se corrobore el resultado de la hipótesis, las fuerzas hacen sus cálculos en este proyecto porque saben que, en lo que queda del viejo régimen, tendrían las palancas necesarias y quizá suficientes para emprender su propio programa de transformaciones.

Los argumentos principales que sustentan la tesis se contienen en los capítulos que constituyen el presente texto. Como se verá, recurrí a la forma de ensayo, un tanto libre, con el objeto de reflexionar a grandes zancadas la historia política de México.

## INTRODUCCIÓN

La forma en que se produce y se organiza la contienda política en México es tal, que el país se nos está deshaciendo entre las manos. Los partidos políticos, queriendo ganar lo que les corresponde, declaran también hacer algo por México y estar dispuestos al compromiso y al acuerdo; pero nadie en realidad hace nada consecuente. Siempre la culpa y la responsabilidad del fracaso de los acuerdos es de otros. Y así llevamos ya muchos años. ¿Cuál es el origen de este problema? ¿Por qué no podemos hacer política en un sentido responsable, para que el proceso en su conjunto —más allá de las pérdidas y ganancias parciales— fortalezca las instituciones y el desarrollo del país, y no como el pantano en el que la hemos convertido y en el que todos perdemos?

Con la alternancia democrática se abrió en México una oportunidad histórica para modificar la ruta más probable de su desarrollo que, de no hacerlo, según la gran mayoría de los estudiosos, encontrará muy serias amenazas y peligros.

Se dice que un pesimista no es más que un optimista bien informado. De nada sirve ser optimista en el México deseado o querido, cuando el México probable se desintegra progresivamente. Nos hace falta asumir la realidad de manera tan cruda como sea posible, con el fin de elaborar una visión del futuro capaz de conducirnos a la acción conciente y oportuna. Friedrich Nietzsche, en su *Ecce homo*, planteaba la necesidad de concebir la realidad “tal como ella es, con todo lo terrible y problemático, sólo así puede el hombre tener grandeza”.

En otros términos, necesitamos desarrollar la capacidad de anticipar el futuro para encontrar nuevos paradigmas que orienten el rumbo del cambio y lo hagan menos angustioso, pero sobre la base de querer ver y de estar dispuestos a encauzar la energía que se requiere para realmente construir un país con grandeza.

Por ello decidí enfocar especialmente los riesgos y peligros presentes en esa ruta de desarrollo con el objeto de verlos de frente y para que sean incorporados plenamente a la conciencia y al debate. Se trata de advertir las dimensiones de nuestro reto para tratar de elevarnos a su altura.

La alternancia, después de muchos años de la hegemonía de un partido, nos permite ver lejos, para atrás y para adelante. Hacia atrás, las constantes de la evolución política; adelante los retos enormes que ya se encuentran a la vuelta de la esquina. ¿Cómo entrar a la discusión del futuro que ya nos alcanzó?

Vivimos al interior del imperio que más influye en la emergencia de un Estado mundial. ¿Cómo pensamos realmente que coexistimos con él? ¿Por qué no planeamos insertarnos al futuro de manera tal que no seamos las víctimas eternas de fuerzas que nos dominan y por el contrario podamos influir en la modelación de un nuevo mundo y de nuestra propia realidad?

Seguimos pensando sólo en lo inmediato. De ahí que mi esfuerzo vaya en el sentido de apelar a la capacidad que la sociedad mexicana ha alcanzado con la democracia para enfrentar nuestro destino, quizá por primera vez unidos en la diversidad y no enfrentados por poderes excluyentes o discursos sectarios o

mesiánicos. Pero la oportunidad debe aprovecharse. Hoy, la manera en que el grupo en el poder se está planteando el asunto nos está haciendo perder un tiempo precioso.

En política lo más importante consiste en tomar las decisiones con determinación y llevarlas a la práctica en el momento oportuno. En especial destaca por su importancia el tema de la autoridad, el de las decisiones adecuadas y el del tiempo oportuno. Los tres se resumen en uno sólo: la autoridad que las toma y las aplica, cualquiera que sea el régimen político.

En México los tres aspectos tienen la máxima importancia por que se trata de legitimar una autoridad firme, con fuerza y determinación, de carácter democrático; es decir, que también democráticamente tome las mejores decisiones y que las aplique, las lleve a la práctica o les abra paso en los acontecimientos, en el momento oportuno y democráticamente.

Esta cuestión es muy importante. Hasta ahora no habíamos podido construir otro tipo de autoridad que la de vocación dictatorial, ya fuera personal, revolucionaria o burocrática, la que cumplió ciertas funciones y otras no. Y entre las que no cumplió estuvieron las del Estado de Derecho y el desarrollo del conjunto de la población y del territorio que integran a la Nación. Hoy lo principal consiste en el fortalecimiento de ese Estado de Derecho para allegarle más recursos, incorporarse soberanamente a la globalidad, atraer capitales, desarrollar las regiones y el mercado interno, y construir los sistemas de seguridad social y los educativos que nos abran mayores posibilidades a largo plazo.

Pero, para fortalecer al Derecho en el Estado, urge el acuerdo para iniciar la construcción de un nuevo régimen político mediante las reformas puntuales a la forma del gobierno y al sistema electoral que, en concreto, nos permitan sumar fuerzas para el logro de los objetivos comunes o de Estado, y también para hacer más gobernable la conducción política. De hecho, casi todos los partidos políticos ya han adelantado su consentimiento para democratizar al régimen presidencial, dando mayores atribuciones al poder legislativo e, incluso, algunos proponen el inicio de una migración hacia un régimen semipresidencial y otros plenamente parlamentario.

Finalmente el gran tema de la consolidación democrática es el del Estado de Derecho y el de la autoridad política. Sobre esa base se podrán tomar las decisiones adecuadas en el momento oportuno para abrirle paso a las reformas económicas y sociales que permitan poner al Estado de frente a la Nación y no seguir de espaldas a ella, y para hacerlo también un Estado Social.

Algunos que dan por terminada la transición son como esos que jugando en un equipo de fútbol de barrio, no saben jugar bien ni saben competir y sobre todo perder. Cuando después de muchos avatares aprenden a perder y por ese camino también a competir, entonces gritan: ya sabemos jugar, aunque no salgan todavía de su barrio. Claro que el hecho de saber competir es un primer paso, pero de eso a saber jugar hay todavía mucho por andar. Lo vemos en los partidos que asumen los resultados de la competencia por que no hay de otra, pero en sus procesos internos y donde se pueda, juegan todavía pésimo. En otras palabras, tenemos las reglas más sofisticadas del mundo y quizá uno de los mejores sistemas de arbitraje; pero no nos confundamos: como régimen de competencia somos de primera división; como calidad de juego, militamos

todavía en segunda. No es casual que durante el sexenio de la alternancia, el personaje más importante del juego ha llegado a ser el árbitro, es decir, la Suprema Corte de Justicia.

También es cierto, sin embargo, que ya logramos un primer resultado que nos acerca a mejores niveles: la alternancia en el poder. Pero sólo es eso, un primer paso. ¿Qué hacer ahora que se eliminó uno de los principales obstáculos para hacer la competencia en condiciones de equidad?, es decir, ¿qué hacer para transformar el presidencialismo autoritario en un régimen democrático que le dé sustento a la competencia equitativa entre partidos que se alternan en el gobierno de la República?

¿Cómo ampliar las prácticas democráticas para llevarlas de las elecciones a la vida social? Aquí vale la pena tomar en cuenta que la reivindicación democrática como práctica social amplia, como la define la Constitución, es decir, como sistema de vida, fue una de las cosas que se tiraron por la borda cuando en el camino a la democracia se estableció como criterio principal la vía de las elecciones y la derrota del PRI y, además, el programa de la izquierda permaneció al margen, cuando era la fuerza principal que había elaborado una visión, aunque con experiencias no siempre ejemplares, de democracia sindical, política, social y cultural. A la larga, sin embargo, un sistema económico y social excluyente de la mayoría, no puede ser el sustento de la democracia. Pero no abramos un debate ocioso sobre si continúa o no la transición, el hecho es que sí necesitamos construir un nuevo régimen democrático, pero también social, porque creemos que en él se encuentra la respuesta del desarrollo con justicia, derecho y equidad.

El ensayo que tiene el jurado en sus manos empieza por plantear que hasta ahora la alternancia no ha estado a la altura de las necesidades. Enseguida se analizan las constantes de la historia política de México para observar, en una perspectiva más amplia, las explicaciones de lo que hoy nos sucede y encontrar las vías para su superación. Por cierto que esta perspectiva viene dada por el mismo cambio político, que ilumina con nuevos colores la historia pasada y futura.

Posteriormente se estudian los acontecimientos más cercanos para constatar las tesis básicas de la historia, pero en los detalles y en las personas, con el fin de hacerse cargo de los acontecimientos, que son la forma en que se revelan las estructuras y las coyunturas. Finalmente se hacen las propuestas de reforma y de cambio a partir de la conclusión fundamental: para hacer viable al país, no existe otro camino que el compromiso democrático, histórico, social y de Estado, entre sus fuerzas políticas.



## CAPITULO I

### NUESTRO CAOS DE RENCORES

La evolución de México tiene muchos claroscuros. En medio de una enorme desigualdad y con más de la mitad de la población en condiciones de pobreza, se producen logros importantes y significativos en varios aspectos de su vida, pero no aún los suficientes para crear una perspectiva cierta de desarrollo y menos aún para superar esos graves problemas de justicia y equidad. Un juego de tendencias favorables y desfavorables marcan su presente y, dados los resultados tangibles respecto de los esperados, parece que se impone la expectativa de que serán las tendencias negativas las que tendrán mayores probabilidades de continuarse. Y, aún en el caso de que no produzcan un resultado catastrófico, no dejarán de ejercer su influencia para definir un futuro de mediocridad, muy lejos de la grandeza.

Después de enfrentar innumerables dificultades y riesgos, el país logró la vigencia del sufragio efectivo y, a través de él, la alternancia de Partidos Políticos en el gobierno. Ya antes había llevado a cabo una reestructuración impresionante de su economía, si bien con notables errores y deficiencias. Paralelamente, y a pesar de la degradación del conjunto de las condiciones de existencia de su población y de las instituciones en las que ha enmarcado su actividad en los últimos tres decenios, un buen número de mexicanos han destacado en casi todas las manifestaciones de la vida cultural, artística, científica, tecnológica, deportiva, etcétera, en algunas áreas de manera excepcional, y en otras muy por debajo de las potencialidades existentes. En otras palabras, unos son producto del esfuerzo y genialidad personales y otros

muchos sólo revelan el débil apoyo que la sociedad y el Estado otorgan al cultivo y desarrollo de sus talentos.

En esta evolución de luces y sombras, una tendencia sumamente peligrosa se ha venido abriendo paso: la posibilidad de la desintegración de México. Basta con leer algunos de los libros editados en los últimos años sobre el tema, para constatar que una buena cantidad de autores la considera dentro de los estudios prospectivos, aunque de manera tangencial. Lo que llama la atención es el escepticismo manifiesto en sus propuestas estratégicas para evitarla. ¿Acaso será el síndrome actualizado de Moctezuma?

Las tendencias de los últimos treinta años, proyectadas linealmente hacia delante, nos hablan de la decadencia y de la desintegración. En cambio, sólo hechos aislados, aunque de gran significación, apuntan a la otra posibilidad, la de la superación de las incapacidades y la revitalización del país. Pero no aparecen como hechos concretos, es decir, permanecen en el mundo de la posibilidad y no de la probabilidad fáctica, del camino claro a seguir, no producen la certeza de la entrega a una causa con resultados prácticos. Por el contrario, las otras probabilidades sí se presentan en toda su concreción y todos los días: cientos de miles de mexicanos deambulando por el interior y el exterior del país, otros tantos de niños desnutridos que no alcanzarán las tallas físicas ni los coeficientes intelectuales necesarios para siquiera aspirar a ser ciudadanos, millones de adolescentes sin esperanza de realización vital, laboral o profesional, otros millones sufriendo el azote de la pobreza extrema y una vida política caracterizada por el egoísmo, la mezquindad, la demagogia y la degradación de los unos y los otros.

Por ello, la tendencia más clara a nuestros ojos en la evolución probable del país y que tenemos que ver de frente, es aquella que ubica a México en una pendiente, rodando hacia abajo, en cuyo derrotero visible se encuentra la inviabilidad de la nación para conservarse como tal, primero con la pérdida creciente de capacidad soberana y de desarrollo autónomo; segundo, con el incremento de la polarización y la escisión social y, tercero, con la amenaza de la secesión política, producto del ensanchamiento del abismo entre el norte y el sur. Así lo dicen, textualmente, Cordera y González Tiburcio, después de evaluar los escenarios que se plantean en el futuro. Escriben:

“...la proyección lineal de las tendencias presentadas nos lleva a una sociedad fragmentada al extremo, para la que no quedaría sino la escisión social y, en un escenario catastrófico, la secesión política. Estas tendencias...emanan de realidades profundas que se han exacerbado en los últimos lustros debido a las crisis y el cambio estructural sufridos por la economía política mexicana, los cuales han conmovido a la sociedad en su conjunto y la han llevado a preguntarse por la viabilidad de la nación.”<sup>1</sup>

En una perspectiva cercana, este proceso se inició hacia fines de la década de los años sesenta, cuando el régimen de la Revolución dio las primeras muestras de agotamiento. A partir de 1970 ensayó nuevas formas para continuarse, sin éxito, hasta que, después de varios fracasos, tuvo que dejar su lugar a otro partido en el gobierno. La quiebra financiera del Estado en 1981 abrió paso a una profunda reestructuración de la economía y la sociedad desde el poder.

De manera previa a la crisis, el gobierno de López Portillo llevó a cabo la Reforma Política que encargó al Secretario de Gobernación de ese entonces,

Jesús Reyes Heróles, con el objeto de ampliar los cauces para la participación de la pluralidad ideológica y política que se había formado en el país.

La reforma política tuvo éxito, pero no impidió que el cambio fundamental, provocado por la crisis financiera de 1981, se diera por la vía tradicional de la sucesión presidencial dominada por el partido en el poder. Así, López Portillo, en forma similar a lo que había hecho Cárdenas décadas atrás, promueve como su sucesor a un miembro perteneciente a la fracción tecno-financiera del Estado, el Presidente Miguel de la Madrid.

A partir de entonces, pero especialmente con el siguiente sexenio, el de Carlos Salinas de Gortari, se impulsó una profunda reestructuración de la economía, de la sociedad y del Estado, aprovechando las estructuras del viejo régimen político para hacerla sin mayores contratiempos y desde el poder. Se esperaba, quizá, que el sucesor de Salinas abordara los temas pendientes de la reforma social y la del Estado.

El viejo régimen, a pesar de que fue muy útil para las llamadas reformas estructurales, no fue capaz, sin embargo, de frenar las tendencias hacia su creciente deterioro. El momento clave que ilustra este hecho, fue el magnicidio del candidato del régimen, Luis Donaldo Colosio.

Infortunadamente, el agotamiento del sistema y el fracaso que significó la crisis de diciembre de 1994, sólo terminaron por debilitar al Estado y sus capacidades fiscales y soberanas. Los asesinatos políticos que sacudieron al país en esa década no fueron más que la expresión de la corrupción generalizada, de la infiltración del narcotráfico en las esferas del poder, de la

descomposición de los cuerpos policíacos, de los caciques sin rumbo, de las camarillas sin botín, en fin, de un sistema que entraba en agonía pero que se negaba a aceptarlo. En su afán de sobrevivir, a pesar de la infección de sus entrañas, quiso que su suerte fuera la de la sociedad.

El viejo régimen ya no respondía a las necesidades del desarrollo social, económico y político de México. Frente a su creciente incapacidad para impulsar el crecimiento y atender las necesidades elementales del país, las soluciones que se producían rebasaban al sistema establecido. Se trataba de un moribundo postrado en una cama cuyas cuatro patas eran: la emigración a los Estados Unidos, el crecimiento de la economía informal; el narcotráfico y la corrupción creciente, y la sangría de nuestro mayor símbolo patrio —fuente de poder del sistema—, Petróleos Mexicanos.

En su lugar, como producto de las reformas institucionales, de la lucha social y política, y de un gran esfuerzo de múltiples actores, se vivió un proceso de transición hacia un nuevo régimen de competencia entre partidos, de autonomización ciudadana de la autoridad electoral y, finalmente de conquista del sufragio efectivo que, sin embargo, no ha logrado revertir la tendencia a la descomposición política y social que implicó la agonía del anterior. Así, la decadencia mexicana puede volverse irreversible en los próximos veinte años y culminar, sólo por dar una fecha aproximada, hacia mediados del siglo.

No me interesa tanto la calificación estridente. Llamémosle como se quiera. El hecho es que México no tiene hoy un paradigma de su desarrollo que infunda fe en su población.

La alternancia en el poder lograda en el 2000, junto con los éxitos formales e institucionales de la transición democrática, aparentemente crean la posibilidad de una renovación de la vida nacional. Sin embargo, ese aparente México nuevo nace decadente y postrado, con una democracia sofisticada en sus instituciones, pero mediocre en sus capacidades, derivada de los proyectos de sus elites y del empobrecimiento de su población. No existe una mexicanidad que ofrecer al mundo. Nuestra mexicanidad se ha vuelto miserable.

Las crisis reiteradas y la depresión económica y psicológica se han encargado de poner de manifiesto las debilidades de nuestra conciencia colectiva. México muy poco ha existido en los momentos difíciles de su historia. Generalmente nos han dividido. Ahora también.

Duele México. Duele en las entrañas. Duele que sus grupos dirigentes no se encuentren a la altura de los problemas del país y que no se preocupen por estarlo. Duele que se escapen las oportunidades para resolverlos y nos hundamos cada vez más. Duele ver el ridículo de sus elites políticas. Pero más duele la pobreza material en que viven millones de compatriotas y la espiritual en la que habitamos todos. Duele vivir en México. Duele esta decadencia mexicana.

México es hoy un país que no responde a los sueños de nadie.

Los pueblos de varias provincias, abandonados por sus mujeres y hombres, nos enseñan lo que nos está pasando. Niños y ancianos abandonados porque las soluciones se encuentran lejos.

Tierra y Libertad, “es una consigna para ricos”, dice una pinta sobrepuesta a un mural callejero de Emiliano Zapata en la ciudad de México. El lema zapatista pasó a la historia como una reivindicación más de los “de arriba”, porque la nación se nos convirtió en un territorio de pobres y andrajosos en su mayoría. Por ello, esa misma pinta se pregunta: “¿Y nosotros qué?”

¿Quién se hace cargo del excedente de población que produce México respecto de las capacidades limitadas que tiene como organización política y económica? Nadie, por lo menos abierta y reconocidamente. Esa enorme población excedente, esa suma inconcebible de necesidades insatisfechas, se abre paso en la vida completamente al margen de las instituciones del Estado mexicano.

Producto de grandes y pequeñas ambiciones, el Estado ha sido también hijo de las circunstancias y las casualidades, y así sigue siendo. Jamás ha sido completamente asumido por quienes se dicen sus representantes. Si así hubiera sido, otra sería la organización política de la nación, otra sería la forma de hacer política. Pero la nación es dejada al garete, a las circunstancias, y sólo se asume aquella parte de la misma que puede ser administrada y que se vuelve rentable. El resto, un residuo creciente, prácticamente una nueva nación, es abandonado en las corrientes del río caudaloso de la miseria, en espera de que el sistema capitalista imperial que administran los Estados Unidos de Norteamérica resuelva el problema.

No es casual, por ello, que la educación pública, cívica y política en México atraviese, desde hace varios años, una profunda crisis. La causa fundamental radica en la quiebra total del paradigma del desarrollo nacional; carecemos de

un ideal educativo. El país dejó de ofrecer una certidumbre de futuro a sus jóvenes y de respaldo a una vida digna a sus maestros. En estas condiciones, lo normal es observar a los jóvenes con la sensación de una vida a la deriva. El tejido social se encuentra deshecho. Hoy, en el México desigual y polarizado, se degradan los valores, el desprecio por los otros, el resentimiento hacia la sociedad y sus instituciones. Ciertamente vivimos una decadencia del sentimiento, del orgullo, de la pasión. Ser mexicano, un acontecimiento ya de por sí melancólico, hoy se ha vuelto una vivencia triste, amarga, desesperanzada, dolorosa.

### **Nueva decadencia mexicana**

Hace prácticamente dos siglos que los mexicanos nos lanzamos a construir una nación. Las cosas nos han salido bastante regular hasta ahora. En algunos momentos se ha hablado de grandeza mexicana, pero referida al pasado mítico, no de la nación, sino de los antiguos habitantes de parte del territorio actual. Ello no le ha impedido a nuestra tradición nacionalista identificar a los mexicanos de hoy con las culturas más antiguas, hasta presumir de treinta siglos de esplendor mexicano. Sin embargo, como dijera Bartra: “Los treinta siglos de esplendor caen sobre las cabezas de los escritores y artistas mexicanos como un alud aturdidor: pero en su contorno no se ve más que un presente eterno, aplastado sobre sí mismo: el contexto cultural parece haber sido construido ayer y estar a punto de derrumbarse. En el paisaje cultural cotidiano –a semejanza de nuestro entorno urbano—el pasado apenas existe y se vive en la fragilidad de un sueño que se extingue cada mañana al despertar en una realidad miserable y atrasada”.<sup>2</sup>



Porque grandeza, lo que se llama grandeza, en tanto logro nacional, podemos si acaso intentar encontrarla en cuatro períodos que la pudieran contener, así haya sido de manera aproximada: el del triunfo de Juárez y la República Restaurada; el desarrollo económico logrado en el Porfiriato; la construcción del nuevo régimen de la Revolución, desde Carranza hasta las reformas de Cárdenas; y, por último, el desarrollo estabilizador del PRI. Sin embargo, y pensándolo bien, la grandeza habría que circunscribirla sólo a dos momentos: el triunfo de Juárez y las Reformas Cardenistas, en tanto que se vivieron como engrandecimiento frente al adversario extranjero y le dieron fisonomía y carácter a la nación. Los otros dos períodos no tienen nada de grandeza aunque sí de relativa prosperidad, así fuera de una parte de la nación.

Entonces, ¿por qué hablar de decadencia, si casi toda nuestra historia ha sido de sobrevivencia precaria? En cierto modo se trata de un juego de palabras, sólo para hacer referencia a las obras de Bernardo de Balbuena (*Grandeza mexicana*) y de Salvador Novo (*La nueva grandeza mexicana*), así como al sueño primer mundista del Presidente Carlos Salinas de Gortari. Pero también para llamar la atención de algo que debería pesar como fardo en la conciencia nacional, es decir, que la recaída en otro período prolongado de sobrevivencia precaria, en la época posterior a la revolución e inaugurada la fase democrática y en el entorno de un mundo globalizado, nos obliga a hacer algo con urgencia si no queremos ver disminuida la viabilidad de la nación y su existencia misma.

Así, al no existir los elementos que permitan otear con optimismo algún horizonte de futuro mexicano, creo que se justifica plenamente hablar del peligro de la decadencia mexicana, como pendiente en la que estamos

instalados y la que al final nos arrojará –si no somos capaces de cambiar el rumbo–, al abismo de otra catástrofe mexicana.

Hace treinta años que en México no se vive un período continuo de crecimiento y prosperidad. Antes al contrario, hemos vivido una fase larga de estancamiento, recesión, crisis recurrentes, frustraciones reiteradas, con algunos pequeños momentos de crecimiento económico.

Según el Presidente López Portillo, él fue el último del ciclo de la Revolución Mexicana. Con Miguel de la Madrid se inauguró la etapa de los gobiernos de vocación neoliberal. El Presidente Salinas supo diseñar y vender un proyecto, coherente con lo que él llamaba “los vientos internacionales”, para vivir otro nuevo período de “grandeza mexicana”. El fracaso de su proyecto fue rotundo.

Cabe advertir, en esta perspectiva, que la decadencia mexicana no es sólo producto del régimen político dominado por el PRI y su ciclo de vida y muerte. Es cierto que su agonía prolongada influyó muy negativamente, pero también hay que reconocer que hasta cierto punto, el régimen político respondió (con enormes deficiencias y errores), con los elementos a su alcance, a las nuevas condiciones internacionales que tuvo que enfrentar cuando le fueron desfavorables para su reproducción. El problema rebasa a los actores, parcialmente considerados, y tiene que ver con la historia mexicana en su conjunto y con las capacidades de sus clases y grupos dirigentes para constituirse como tales y para asumir en la realidad las funciones imaginadas o proyectadas. En otras palabras, no puede culparse al PRI por haber organizado un Estado-Nación deficitario respecto de su propia ideología, cuando ninguna de las otras posibilidades existentes tampoco significaba una alternativa

competente. Esto es, México, como proyecto, jamás ha tenido los elementos suficientes para realizarse en la plenitud deseada por sus grupos dirigentes, entre otras cosas porque sus capacidades reales no se corresponden con sus voluntades proyectadas, y ello no ha sido asumido por sus actores concientes para adecuar sus conductas a tales circunstancias.

José Revueltas lo plantearía en términos claros, en ocasión del ensayo de Don Daniel Cosío Villegas sobre la crisis de México, publicado en 1947. En ese entonces escribió: “La crisis de México plantea el problema de si la nacionalidad mexicana es capaz de sobrevivir y salvarse, o si, por el contrario, no es capaz de ello y está llamada a sucumbir”. Para Revueltas, la crisis histórica de México era la causa fundamental de la crisis de la Revolución Mexicana y no a la inversa. Y, la crisis de la existencia nacional había que explicarla “tal vez a causa de la rudimentaria y atrasada formación orgánica de las clases sociales de nuestro más reciente pasado”<sup>3</sup> En otro escrito, Revueltas fue mucho más enfático, escribía: “La nueva nacionalidad mexicana, fruto del aprovechamiento de la religión y el idioma extranjeros, unido a la comunidad de lazos económicos y de territorio, aparece entonces, nace a la existencia, como una nacionalidad oprimida, con una tradición imperfecta que se reduce a ser la nebulosa memoria colectiva de algo que existió muy imprecisamente en el pasado, cuyas huellas sobreviven en los giros idiomáticos con que adopta el español y en las formas paganas con que practica el catolicismo. Como consecuencia de esto la nueva nacionalidad no se siente vinculada, de un modo orgánico, ni a su pasado indígena, que es en su conjunto un pasado multinacional y heterogéneo, ni a la tradición española, que representa lo extranjero y la opresión”<sup>4</sup>

En esta perspectiva habría que concluir que, finalmente, la crisis de la existencia histórica de la nacionalidad mexicana no fue resuelta suficientemente por la Revolución Mexicana ni por el Régimen político que coronaba el PRI. El mismo Revueltas señalaba: “Para que nazca la nacionalidad, el país tiene que igualar el desarrollo social del mundo y abatir y desterrar el feudalismo interior”.

Años después, con el fin del “milagro mexicano”, la nación aparece como una idea que tiene su origen pero ya no su punto de llegada. “Durante cerca de treinta años, entre 1930 y 1960 –escribió Octavio Paz–, la mayoría de los mexicanos estaban seguros del camino escogido. Esas certidumbres se han desvanecido y algunos se preguntan si no hay que comenzar todo de nuevo. Pero la pregunta no se limita al caso de México: es universal”<sup>5</sup>

Hoy nos encontramos a la deriva y a la intemperie. En el principio, México perdió su territorio por insubstancialidad, después perderá su soberanía y la identidad de su población, pero ahora será por incapacidad. La cuestión no se debe reducir a la democracia, sino a la capacidad del Estado para encauzar y dotar de perspectiva la vida de la nación. Pronto seremos pobladores de un territorio indiferente, en un mundo globalizado.

La gran esperanza del 2 de julio de 2000 se perdió casi de inmediato. Para el año siguiente se percibió con toda claridad que la alternancia carecía de un proyecto político sólido.

Con las serias limitaciones políticas del gobierno del Presidente Fox, junto con las graves debilidades mostradas por los partidos políticos, parece que se

retoma la pendiente de decadencia iniciada desde antes: cuando el régimen mexicano se corrompió hasta la médula y soñaba con una nueva prosperidad, una nueva grandeza, producto de la fantasía y no del trabajo, y jugó a la lotería (López Portillo), a la gran jugada (Salinas), la que nos sacaría de pobres y nos llevaría al primer mundo.

Pero he aquí que nuevamente regresamos a lo que somos. Y ahora peor, porque hemos dejado degradar al ser nacional. Cuando ya varias generaciones han sido sacrificadas y México se ha vuelto una sociedad de trabajo informal, con unas cuantas empresas sofisticadas y sostenidas por algunos grupos de elite, entonces las costumbres y las leyes, los gustos, los ideales y la espiritualidad se degradan, y la política se vuelve sobrevivencia mezquina y modo de vida del oportunismo. ¿Cómo esperar algo noble y constructivo de gentes que en el fondo han dejado de tener una perspectiva de vida con certidumbre? ¿Qué grupo realmente se ha propuesto trabajar a la altura de México? Todos, parece, han renunciado a ello. Finalmente se trata de ocupar un espacio para llevarse una rebanada de un pastel que se hace cada vez más pequeño y que administran otros en sus últimas consecuencias.

En nuestros días, en el fondo de la transición y de la alternancia, el viejo Estado se mantiene en gran parte y, cada día que pasa, revela su incapacidad de dar respuesta a los problemas fundamentales; el país se nos va, de entre las manos, en medio de la discordia creciente

## **La clave de la discordia nacional**

Pero veamos las cosas desde otra perspectiva, para tomar una distancia adecuada a la valoración histórica y política. Por primera vez en su historia, México estrenó, apenas en el año 2000, la alternancia pacífica de partidos en el poder; esto es, 179 años después de declarada su independencia, 83 años después de terminada la revolución, 71 años después de la constitución del PNR que disciplinó a los caudillos, 44 años después de la separación de los militares de la política, 37 años después de los diputados de partido y 22 años después de la reforma política que aceptó la representación proporcional de los partidos.

La conquista del sufragio efectivo, y con él, la producción de la alternancia política, significa la creación de una fisura abismal en la historia de México que permite, a través de ella, observar los acontecimientos con otra luz y otras tonalidades muy distintas. Una fisura que nos permite apreciar, como dijera Octavio Paz que, por ejemplo, “Lucas Alamán no es menos central a México que Benito Juárez”.

La fisura abierta permite observar también que los partidos de la segunda mitad del siglo XX son herederos de las tradiciones culturales nacidas en la Nueva España y en la vida independiente, y que la arena del combate se hizo de tal manera que, como efectivamente sucedió, el triunfo de uno implicaba el sometimiento del otro. Un radicalismo ideológico extremo impedido de encontrar puntos medios. Quizá por excesos y por errores. El caso es que se planteó la contienda en términos irreconciliables. Pero al producirse el triunfo

de unos y no desaparecer los otros, esos otros revivirían con nuevos ropajes o formas con los cuales los unos tenían necesariamente que convivir.

Esa lucha interminable por el poder se encarga de reproducir las condiciones que mantienen en la precariedad la vida social y económica para la mayoría de la población, lo que a su vez define a la lucha por el poder central como el único negocio, público o privado, de verdadera importancia. Ya lo decía Lorenzo de Zavala:

“Si en los Estados Unidos del Norte, en donde la influencia del poder desaparece en el inmenso océano de las riquezas individuales, de las libertades públicas, de la independencia personal, del imperio de las leyes, y más que todo, del hábito de la igualdad, vemos empañarse las elecciones de presidente hasta el punto de producir discusiones amargas, diatribas insolentes, injuriosas declaraciones contra los más respetables y beneméritos ciudadanos, perdiendo en estas épocas aquel pueblo sensato y admirable su gravedad y circunspección, ¿qué puede esperarse entre los mexicanos, en donde la mitad de la población vive en la indigencia, y la tercera parte espera recibir del candidato a la presidencia empleos o comisiones para su manutención; en donde los hábitos de la esclavitud hacen de los victoriosos opresores y de los vencidos rebeldes; en donde el interés de la superioridad no es sólo el punto de honor de la opinión, ni mucho menos el deseo del triunfo de los principios, sino el de la ambición, y lo que es peor, de las venganzas?”<sup>6</sup>

En esas condiciones lo principal es la voluntad política, tanto para añorar el anterior estado de cosas, cuanto para construir una nación con métodos revolucionarios, puesto que la existente no daba bases para la realización de los sueños.

Por ello los mexicanos no estamos acostumbrados al régimen de competencia partidista, con sufragio efectivo y alternancia en el poder. Los discursos contruidos para la contienda han sido sumamente radicales, autoritarios, absolutistas, milenaristas; hechos para revoluciones y no para elecciones. Unos y otros no se bajan de corruptos, reaccionarios, violentos, herederos de los bandidos de Río Frío, de Maximiliano, de Cortés y La Malinche, de Cuauhtémoc, de Tlacaelel,...hasta llegar a los Olmecas. El discurso por justificar las diferencias entre los partidos, como estuvo vinculado en un principio a la religión y a la relación originaria con los antiguos pueblos del territorio o con España, llegó a extremos desorbitados. Basta recordar a Fray Servando pretendiendo identificar a Quetzalcóatl con Santo Tomás, o a Carlos María de Bustamante con sus múltiples ocurrencias que luego se hicieron mitos oficiales, por un lado, y por el otro, al Imperio de oropel de Iturbide o a los sueños monárquicos de los edecanes de Maximiliano o al estilo afrancesado de la supuesta aristocracia porfirista, etcétera, hasta llegar a la actualidad con la cultura de museo y el pretendido esplendor de treinta siglos.

Muchas son las causas de esta constante y perpetua división, aún en nuestros días; quizá la principal sea el terreno minado que significa realizar elecciones a cada momento dentro de una cultura y un régimen susceptibles a la trampa y al oportunismo. Entonces, lo importante son los pequeños espacios de poder y no las necesidades nacionales.

Otras causas son el creciente deterioro de la vida social que ha provocado la salida del modelo anterior y las enormes deficiencias y frustración de la entrada al nuevo, es decir, la falta de perspectivas de futuro que el país representa para su gente.



Con la alternancia democrática, se supone, será posible construir discursos más someros y humildes. Nadie espera de tal o cual partido la tierra prometida, porque México no está llamado a la realización de grandes obras. Es algo mucho más modesto y sencillo.

Don Alfonso Reyes, por ejemplo, soñaba con “descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra” pues, decía, “un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo”. Octavio Paz escribía –no sin cierta ligereza, pero se le entiende– que, “los mexicanos del siglo XIX volvían los ojos hacia las grandes democracias de Occidente: nosotros no tenemos a donde volver los ojos”.

Así que don Alfonso le podría contestar a don Octavio: ¡Volvamos los ojos hacia nosotros mismos! Pero entonces terciaría don Edmundo O’Gorman: el alma y el ser nacionales no pueden ser concebidos como inmutables; lo contrario sólo ha sido expresión del pensamiento de la Revolución Mexicana que consagró “un patológico nacionalismo, una complaciente autoestima, un cómo expiar las culpas sin asumirlas y un cegarse a la evidencia de la realidad”. O’Gorman sueña, a su vez, con una “dirección sabia” que sepa satisfacer “ese deseado despertar del trauma de nuestra historia (que) se concreta, por una parte, en la renuncia a toda esa mitología que la enerva, y por otra parte, en tener clara conciencia de... (la posibilidad de)... una mutación que inaugure la grandiosa aventura y ventura de una cultura ecuménica sobre los logros y la experiencia –no sobre las cenizas– de la civilización universal ya alcanzada”.

Don Alfonso replicaría que, erradicar el egocentrismo nacionalista y revolucionario no significa, sin embargo, no ir en busca del alma nacional y de la misión del mexicano en la tierra, sobre todo porque, como alguna vez él mismo dijo, contestándole a Samuel Ramos acerca del perfil del hombre mexicano: “Lo veremos claro cuando alimentemos a nuestro hombre, cuando lo reconciliemos con la existencia, cuando pueda disfrutar de cierta autarquía...Entonces y sólo entonces sabremos lo que da de sí nuestro pueblo”.

Frente a tal sencillez de palabras, los demás asentirían. Todos exclamarían: esto es lo que ha madurado en México, volver los ojos a nosotros mismos, ir en busca del alma nacional, despertar del trauma de nuestra historia. Y al unísono agregarían: aceptemos lo que somos para incorporarnos plenamente a la cultura ecuménica y definámonos como espacio y provincia de convivencia universal, porque hemos sido capaces de reconciliarnos con nuestros pasados. Esa sería la verdadera grandeza mexicana.

Tal misión: alimentar y educar bien al pueblo para convivir democráticamente con equidad, justicia y paz, requiere la cooperación de las fuerzas políticas organizadas. Este es nuestro problema principal y más apasionante: ¿Cómo lograr el acuerdo de las representaciones sociales y políticas y el consenso de los mexicanos, en torno a un programa de desarrollo humano y social de México? Problema sumamente espinoso, cuando recordamos que la historia ha demostrado que ni la defensa de la patria ha concitado la unidad de las representaciones de las elites.

Por ello Octavio Paz, escéptico, nos diría: “¿Podremos nosotros inventar modelos más humanos y que correspondan a lo que somos? Gente de las afueras, moradores de los suburbios de la historia, los latinoamericanos somos los comensales no invitados que se han colado por la puerta trasera de Occidente, los intrusos que han llegado a la función de la modernidad cuando las luces están por apagarse –llegamos tarde a todas partes, nacimos cuando ya era tarde en la historia, tampoco tenemos un pasado o, si lo tenemos, hemos escupido sobre sus restos, nuestros pueblos se echaron a dormir durante un siglo y mientras dormían los robaron y ahora andan en andrajos, no logramos conservar ni siquiera lo que los españoles dejaron al irse, nos hemos apuñalado entre nosotros”<sup>7</sup>

Así pues, ¿Con qué orgullo llamamos patria a esta hija nuestra, toda andrajosa? ¿Cuál es la misión de México si este México nuestro no tiene hijos que sepan engrandecerlo y, de puro coraje, se dedican a apuñalarse entre sí? ¿Por qué no creamos las condiciones para que florezca la creatividad y la iniciativa positiva, en medio de la cooperación fraterna? No existe otra misión para los mexicanos que conservar una patria como parte de un mundo que se esfuerza por llevar a su población a mejores niveles de vida humana. Pero nuestra conciencia es tal que hacemos lo contrario. Queriendo hacer el bien desde una ideología partidista que se ha vuelto insustancial, en realidad no hacemos algo en común que valga la pena.

El acuerdo, tan anhelado por muchos, para la transición o consolidación democrática, no parece factible. Sin embargo, la patria no sobrevivirá si no se produce la cooperación de las fuerzas políticas para conservarla y engrandecerla.

México tiene importantes reservas para superar su decadencia. Infortunadamente trabaja contra ellas la cultura política predominante de la que participan todos y cada uno de los principales partidos políticos. Sin embargo, algunos de los avances logrados con el llamado cambio estructural, así como los alcanzados en su evolución política, junto con la obra destacada de muchos de sus científicos e intelectuales, todo ello fundamentado en una cultura popular ocupada por los mejores “sentimientos de la nación” de recio arraigo histórico, permiten aminorar la tristeza amarga derivada de la condición presente y convertirla en esperanza para sacar fuerzas de flaqueza que, en circunstancias parecidas en la historia humana, ha demostrado ser la fuerza más poderosa de todas: la fuerza propia.

## **CAPÍTULO II**

### **HERENCIAS DIVERSAS**

El rasgo fundamental de la vida política mexicana ha sido la contradicción permanente entre la sociedad realmente existente y la pretendida Constitución Política, la que se quiso moderna –aunque todos supieron ideal desde el principio–, porque fue, o imitación de otras creadas para lugares y circunstancias diferentes, o porque se hizo más programa ideal que norma positiva a practicar, pensando que el simple decreto negaba la realidad existente y abría el camino para llegar a ser esos otros a quienes se copiaba su Constitución, o esos quienes deseábamos llegar a ser. Por ello, el régimen político resultante y operante ha sido siempre simbólico y sólo se le puede entender entrelíneas.

Un Estado moderno, liberal o revolucionario, inspirado en la ilustración, el liberalismo o inclusive en el socialismo, pero dirigido por una pequeña elite que se piensa “adelantada”, ilustrada o inspirada para llegar a ser como los avanzados de su tiempo en el mundo, pero que en realidad desempeñan el papel de caciques, caudillos, jefes militares o políticos, frente a una sociedad, primero sumamente tradicional y dispersa, heredada del régimen colonial, y después, desigual, heterogénea y polarizada, con la cual establecen relaciones paternalistas, acaudilladas, clientelares o corporativas. En esas condiciones, las elites se auto perciben como los representantes de los sentimientos de la nación, de la soberanía popular o de la revolución, a la que conducirán a la realización de sus principios sólo que, enfrentados a la dura realidad de la sociedad existente, postergan su entrada en vigor y gobiernan verticalmente,

con una autoridad que legisla el futuro, revestida de paternalismo, populismo, o modernismo, siempre a discreción.

Ese es el sello que marca desde el origen a la nacionalidad mexicana. “Mentimos –escribió Luis Villoro en su análisis del proceso ideológico de la Independencia de España–, porque tomamos por nuestro ser real el que sólo voluntariamente elegimos y que pertenece al futuro. Queremos, en el fondo, asegurarnos nuestro futuro, dándolo por presente. Pero, al comprobar que nuestra condición dista mucho de lo que quisiéramos ser, nos sobrecoge el odio hacia el hombre que somos y hacia todo lo que en nuestro mundo lo representa; ansiamos destruirnos, ya que la elección no fue capaz de transfigurarnos; bajo capa de la conversión se disfraza la aversión al ser”<sup>8</sup>.

Al parecer seguimos siendo los mismos. En nuestros días todos somos transitócratas, Las palabras de Jesús Silva-Herzog Márquez, acuñador del término, parecen repetir para hoy lo que Villoro decía de la Independencia: “Es la pasión de la ruptura, la necesidad de negar y condenar el pasado inmediato, lo que ha puesto a la transición mexicana de espaldas al futuro”<sup>9</sup>

En esta visión panorámica de la historia política mexicana, aparece una constante, a pesar de las obvias diferencias entre cada época: el voluntarismo de las elites por sacar del atraso al país y por elevar al indígena a la condición de “ser humano”, primero, y después cristiano y ciudadano. No es casual, por tanto, el rasgo despótico del poder frente a la sociedad atrasada, y que comparten la cruz y la espada de la conquista, el paternalismo de la colonia, la ilustración borbónica y su versión liberal, el nacionalismo revolucionario y el autoritarismo burocrático. Modernizar ha sido sinónimo de cambiar o de

suplantar una sociedad por otra, conforme a la visión del poder político en turno.

### **Un origen sin identidad**

Vale la pena mencionar que una excepción a la regla, y que al mismo tiempo constituye una de las herencias fundamentales de nuestro pasado, es la del pensamiento y la formación de la conciencia criolla. Los valores sociales y patrióticos que forjaron al alma criolla, a pesar de responder en gran parte a la imposición por medio de la espada, fueron también adaptados e integrados a la espiritualidad viva, lo que logró la conquista a través de la cruz y de la construcción de nuevos valores asociados a la vida productiva y cotidiana. Dichos valores fueron fundamentales para la construcción de la idea de patria criolla, “que comenzó por exaltar la tierra del origen, se propuso la recuperación del pasado indígena para levantar sobre él una nueva legitimidad sobre la ocupación del territorio, creó símbolos religiosos y culturales que obraron como lazos de identidad en un cuerpo social minado por la diferencia y la diversidad, y construyó una conciencia histórica que le asignaba a la patria un destino original, grandioso y bendecido por Dios”<sup>10</sup>

Sobre ese terreno tuvo lugar la primera de las grandes oleadas de la política autoritaria y vertical, originada en la influencia de la Ilustración y del absolutismo francés encarnada en las “Reformas Borbónicas” de la parte final del siglo XVIII. Fue el primer intento conciente y explícitamente modernizador que afectó nuestra historia, y con él se dibujan algunos de los rasgos generales que son comunes con los experimentos posteriores. Ese

régimen absolutista empleó sus recursos de autoridad verticalmente, para aplicar la idea de que era necesario volver más eficiente el manejo del reino.

Quizá la radicalidad y la duración de la posterior guerra de Independencia no sean extrañas a la fragmentación de las elites ocasionadas por la imposición de la política de los borbones. El uso autoritario del poder logró de momento su objetivo, pero provocó muchos conflictos que se mantuvieron soterrados durante algún tiempo y que estallaron violentamente en la primera oportunidad. La falta de consensos para encontrar una forma de gobierno en el México que nacía como Estado independiente, tampoco puede ser ajena a esa política, que calentaba los ánimos, pero que no permitía forma alguna de expresión autónoma de las partes sociales. El modelo autoritario, no pudo articular genuinamente las voluntades, ni fue capaz de evitar la acumulación de tensiones, que terminaron por estallar sin control, arrastrando consigo al propio régimen, pero también destruyendo ciegamente vida y riquezas y poniendo en gravísimo riesgo la existencia misma de la futura nación.

Es tan importante la huella dejada por las reformas borbónicas que, de hecho explican el sentido de gran parte de la historia mexicana desde su puesta en práctica hasta el porfiriato. En efecto, el proyecto de crear un Estado laico y moderno, capaz de racionalizar la administración y la economía, promover el progreso industrial, educativo y social, hacia los objetivos de igualdad, libertad y bienestar material, como lo postulaban las naciones más desarrolladas en aquél entonces, constituye la tendencia histórica dominante durante el siglo XIX.



No es exagerado decir que las reformas borbónicas aparecen, con diversos ropajes, como el espíritu inmanente de los proyectos de independencia y de las reformas liberales, logrando encarnar idealmente en la Constitución de 1857 y materialmente en la política de Don Porfirio.

De la Independencia hasta el régimen de Díaz hubo muchos intentos de realizar innovaciones políticas y económicas, incluyendo los ensayos de creación de imperios y las pérdidas territoriales y morales, cuyo resultado fue muy variado. Destacan los tempranos proyectos republicanos, y en otro sentido los planes frustrados de industrialización de los años treinta; la separación de la iglesia y el Estado, y la afirmación de la República Federal.

Con el régimen de Porfirio Díaz, por primera vez desde la Independencia, México tuvo un respiro de paz social. Guardando la Constitución de 1857 como parapeto formal, sin suprimirla, sino ensalzándola tanto como a sus fundadores, Díaz gobernó de acuerdo con las reglas no escritas del poder centralista. La división de poderes fue anulada de hecho; los estados y municipios pasaron a ser regidos por personajes que eran impuestos y removidos a voluntad del caudillo oaxaqueño. La opinión pública fue adquiriendo un tono servil y los partidos políticos dejaron de aparecer en la vida pública. Las relaciones con la Iglesia Católica se reanudaron en provecho mutuo. El presupuesto se ejercía también según las conveniencias incontestadas de Díaz, quién prácticamente procedía como si el país entero fuese su patrimonio. Los comicios se convirtieron en una máscara para ocultar la perpetuación de don Porfirio en el mando supremo, así como la colocación de sus allegados en los puestos de elección popular.

Bajo la influencia de una reducida y poderosa elite, Díaz decidió impulsar un proyecto modernizador, promoviendo la inversión extranjera y brindando muchas facilidades para la expansión del capital privado en el campo y en la industria. Se creó un sector favorecido y casi exclusivo de la política modernizadora. El resto no era considerado como actor ni como receptor del progreso. La modernidad porfiriana a diferencia de su modelo europeo, fue un proyecto excluyente, que marginaba a la mayoría de la población. El desarrollo económico generó una capa media a la cual, sin embargo, le fue cerrada el acceso al poder público por una elite que envejeció con el régimen. Por otro lado, la modernización exclusiva de los poderosos, también propició el acaparamiento de tierras, produciendo un resentimiento social que fue acumulándose.

El autoritarismo plutocrático de Díaz repitió, quizá sin recapacitarlo, las grandes líneas de las reformas borbónicas. Una vez más la acción autoritaria, al intervenir ciegamente en la sociedad, fue incapaz de advertir las graves consecuencias de la irrupción de un proyecto en medio de una nación que sólo sufría las arremetidas de las decisiones superiores.

Porfirio Díaz se valió mientras pudo de su habilidad para mantener unidas dos caras en su calidad de Presidente. Respecto de unos era el constructor del México moderno; para la mayoría era el patrón severo, pero generoso, que repartía concesiones y favores a cambio de lealtades.

La dinámica de la lucha política, una vez afianzado y consolidado el poder central, consistió ya no en la asonada, el levantamiento o la proclama, sino en organizarse para influir al caudillo, al dictador, al presidente. El propio Emiliano Zapata emergió como figura local en el juego de presiones hacia el caudillo.

Con ese poder, el Estado se convierte en el principal promotor del desarrollo y se sobrepone a la gran dispersión de una economía heredada de la colonia y que respondía a las necesidades de la corona, lo cual se traducía en una enorme debilidad del mercado interno y de las relaciones económicas modernas. Entonces, el poder del General Díaz en muchos sentidos culmina el ideal del poder ilustrado, pero es apenas el poder del dictador, en buena parte personal.

La revolución constituyó la respuesta de la sociedad al autoritarismo y su proyecto modernizador. La pareja autoritarismo-violencia se unió otra vez y la nación hubo de pagar con un elevado sacrificio el ajuste de cuentas con el régimen que pretendió modernizar a México desde arriba.

### **De los caudillos a la presidencia**

La exclusión del pueblo decretada por el régimen porfirista fue contestada con la invasión popular de los salones y las haciendas. El pueblo conquistó el derecho a ser considerado como actor político. La Constitución de 1917 recogió en su texto y volvió leyes los reclamos básicos que se expresaron

durante los años de la lucha armada. México se reorganizó políticamente y el nuevo Estado que surgió estuvo marcado por el sello de la participación popular como uno de sus elementos constitutivos.

La revolución también reivindicó los derechos tradicionales de los pueblos conculcados desde la época de la reforma liberal que suprimió la propiedad comunal de la tierra. Desde este punto de vista, la revolución tuvo también una orientación tradicional que reafirmó con fuerza el derecho a la existencia.

A pesar de la derrota de los ejércitos de Zapata a manos de la fracción de Carranza y Obregón, las diversas concepciones que pelearon en la fase armada quedaron plasmadas en el texto de Querétaro, el cual significa un punto de conciliación entre ellas. La Constitución Política reconocía la validez tanto al reclamo tradicional como al modernizador. La lucha continuaba, pero de forma burocrática y dentro de las vías institucionales que los gobiernos fueron construyendo.

De Carranza a Cárdenas, México se debatió en otro esfuerzo gigantesco: la reconstrucción del Estado y ante todo, de una autoridad central y única, esto es, que fuese reconocida por todas las fracciones revolucionarias. La agudeza del enfrentamiento armado volvió esta tarea de primera necesidad, más no fue lograda inmediatamente.

La unidad de los revolucionarios en el Partido Nacional Revolucionario fue un hito de ese proceso. El otro fue el sometimiento del caudillo por el Presidente de la República y, con ello, la institucionalización del poder central.

Lázaro Cárdenas hizo de la institución presidencial el pivote de la estabilidad política, al dar término a la reconstitución de la autoridad central. Para ello tuvo que dotarla de suficientes poder para mantener la unidad entre los caudillos y para lograr la sucesión del poder sin pérdida del orden político. El problema era crucial y urgente, y Cárdenas no dudó en sumar para la presidencia las facultades disponibles, muchas de las cuales excedían en la práctica las que concedía la Constitución. El presidente, para dirigir efectivamente y dotar al país de un mando legítimo, debía jugar tal papel entre la sociedad moderna, pero también debía se caudillo entre los caudillos ante la comunidad tradicional. Por la fuerza de las circunstancias, el presidencialismo tuvo que desempeñar un papel similar al que había asumido durante la dictadura.

Notorias diferencias existen, no obstante las semejanzas. En primer lugar, el Presidente tenía ahora al pueblo como un interlocutor legítimo; no podía ya fungir sólo como un elevado dignatario que dispensaba prebendas, sino que estaba obligado a responder con una política popular a los reclamos de aquél. Por otro lado la solución del problema del relevo del poder posibilitaba la renovación de la legitimidad.

La política del presidencialismo emergente, que venía a reafirmar el papel del pueblo como actor político legítimo, tuvo un ascenso decisivo con el impulso a la organización de los trabajadores de la ciudad y del campo; pero dio un giro relevante con la expropiación petrolera, y sobre todo con el reparto de los latifundios.

La autoridad del presidente, ya constituida con la contribución de los poderes formales y los tradicionales, vino a manifestar su parentesco revolucionario en los vínculos que estableció con el pueblo, y más precisamente, con los sectores populares que militaban como actores formalmente modernos, y con los que levantaban las reivindicaciones tradicionales. La relación se estableció con ambos, legitimándolos y reforzándoles.

Al resucitar en el presidencialismo los resortes del poder central que fueron el secreto de la estabilidad anterior –las facultades constitucionales y las que le confieren su carácter de jefe de los caudillos y de patrono de la comunidad tradicional–, el gobierno de Cárdenas lo hizo sobre otras bases, esto es, sobre amplias bases populares, con las cuales se establecieron compromisos que guiaron las decisiones políticas.

El presidencialismo, pieza clave de las instituciones revolucionarias, surgía con una serie de funciones que derivaron de sus compromisos con las partes de la nación: a la tarea de promover la sociedad moderna sumaba la de proteger a las comunidades tradicionales y la de corporativizar a las organizaciones sociales y productivas.

## **Hegemonía de la burocracia**

La radicalidad del movimiento revolucionario exigió la dotación de poderes adicionales que se constituyeron como un sistema paralelo y no escrito de reglas para el ejercicio del poder. Sus límites formales los marcaban los preceptos constitucionales de rotación del poder ejecutivo y de separación republicana federal de los poderes.

Este gran poder de estilo patrimonialista y constitucionalista al mismo tiempo, tiene una relación estrecha con su base popular derivado de su doble carácter. Así, el Estado revolucionario no dio lugar a una dictadura formal; estableció un poder que preservó el espacio de libertades individuales y públicas (aunque su forma y vocación le permitieron ser una dictadura pragmática), pero materializó una versión de democracia limitada, porque el enorme poder acumulado en la presidencia obstaculizó, de hecho, el desenvolvimiento de la separación de poderes y la competencia abierta por el poder público.

Tomando en consideración el notable consenso que rodeó a la presidencia, eje de la producción del poder, el Estado mexicano se puso en acción a través de la negociación social y política en el interior del partido mayoritario, dejando poca oportunidad para que otras fuerzas políticas tuvieran suficiente espacio de maniobra, aunque conservaran la libertad formal de hacerlo.

La manera de actuar del Estado se puso de manifiesto al término de la Segunda Guerra Mundial con el pacto industrial; México experimentó otra vez

una oleada modernizadora. La fuerza del aparato de la administración pública se volcó en ese proceso. La modernización se encaminó por la ruta del estatismo, mientras que la relación con el pueblo adquirió un sesgo paternalista. Todos estos elementos se pusieron en juego durante el largo período que va desde 1946 hasta 1970, años en que operó en plenitud el sistema político, retroalimentado con el sistema económico. “Pocas veces – escribió Pablo González Casanova– hubo un poder tan grande de una clase social y política apuntalada de arriba abajo por las formaciones sociales y políticas, por las corporaciones obreras, campesinas, populares, por el sector público de la economía, y por las nuevas formas de expansión y desarrollo del capital monopólico. Ese poder se concentraba en el presidente de la República, y como estaba lejos de ser un poder meramente personal era un poder inmenso. Era el poder de una clase política representativa de amplios sectores de la clase obrera, de los campesinos y las capas medias encuadradas en sus organizaciones, y de una clase social, de una burguesía pública y privada en ascenso. La clase política mediatizaba a unos y a otra. Con los “sectores”, mediatizaba a los obreros, a los campesinos y al pueblo y con la formación pluriclasista, a la burguesía y al capital monopólico”<sup>11</sup>

Los gobiernos apostaron a que los beneficios del desarrollo realimentarían la legitimidad del régimen y que poco a poco se podrían ir haciendo modificaciones a la estructura política, si el caso lo exigía. Una sociedad moderna desde el punto de vista económico sería la base para una forma democrática a su vez más desarrollada. La democracia sería el subproducto de la modernización económica. Pero ni la democracia se desarrolló como un simple derivado, ni tampoco fue válida aquella idea de primero crecer para



luego repartir. El régimen tenía sus propias reglas y conforma a ellas se reproducía. Entre éstas no estaba la posibilidad siquiera, por su forma misma, de impulsar democracia y justicia.

Una cultura paternalista y patrimonialista cohesionaba a ese sistema despótico y moderno a la vez. La lucha política fue secuestrada por el Estado, por lo que no se expresaba como lucha abierta entre partidos políticos, sino como negociaciones entre grupos al interior de los aparatos. Por ello, no existían propiamente los ciudadanos, sino sólo las organizaciones corporativas y su peso específico en la conformación del poder definido desde arriba. Las organizaciones de masas y los partidos políticos se constituyeron como instrumentos de control y no como medios de acción ciudadana. Como en cascada, se buscaba no tanto la expresión de la voluntad popular, sino el control de esa voluntad para los fines de la nación. “El ciclo histórico de la Revolución Mexicana –señala Carlos San Juan Victoria– incide en el mundo industrial como una organización institucional de la lucha de clases, que a la vez que reconoce derechos sociales avanzados y otorga sólidas bases materiales al consenso, supedita a los obreros organizados como base de masas estatal, fuente de su poder político e ideológico y finalmente, regula el conflicto industrial para promover el capitalismo...En este medio histórico, la hegemonía existe como una relación armada por aparatos entreverados, tanto de creación popular como estatal, por medio de la cual se vincula el Estado con la sociedad, y en particular, con las clases populares. Son relaciones no circunstanciales ni espontáneas. Arrastran procesos de armazón institucional tras de sí”<sup>12</sup>

La transformación del Partido de la Revolución Mexicana en Partido Revolucionario Institucional, con la desaparición de la representación militar, significó el fin de la fase ascendente de la Revolución y la coronación del corporativismo autoritario mexicano. Cuando años después, sobre todo desde 1968, el sistema mostró sus vicios, deficiencias y fisuras, el Estado dejó de aparecer como árbitro supremo de clases y grupos; su legitimidad política e ideológica se puso seriamente en duda; el régimen se hizo vulnerable y sus grandes logros económicos mostraron sus limitaciones estructurales.

Durante un buen tiempo se pensó que la economía era la base de los problemas del país y que, con la reforma de esa economía, desde el sistema autoritario, dichos problemas se resolverían. Después quedó claro que era el propio modelo estatista el portador de fallas de estructura que se manifestaron en el campo económico y que en realidad estaba en la política lo que se buscaba en la economía. Así, con el agotamiento del modelo económico, lo que en verdad se expresaba era el agotamiento del modelo político.

Las fallas de ese modelo, que disfrutó de un amplio consenso popular durante varias décadas, revelaron una institucionalidad deficiente para sustentar una sociedad crecientemente diversificada en medio de un marco institucional que otorgaba formalmente libertades individuales y democráticas. La articulación institucional que operaba realmente devino un cauce estrecho para la magnitud del proceso social que se estaba desarrollando y también quedaba corto respecto del marco formal.

El conjunto de reglas no escritas, que proporcionaron capacidad de gobierno al Estado fueron también las que alimentaron el crecimiento desmedido de las instituciones públicas, lo que exacerbó los vicios de la ineficiencia y de la corrupción. Las reglas no escritas, de corte patrimonialista, que repelen toda competencia abierta por el poder público, se convirtieron en la maraña que terminó por atrapar al modelo económico.

El estado patrimonial ahogó la marcha de la economía y, lejos de permitir la interacción productiva entre las partes de la sociedad mexicana, el modelo enfrentó a una contra otra, en perjuicio de la débil, pero también en menoscabo del conjunto, porque al agotarse el impulso modernizador sobrevino una contracción que afectó a casi todos. Los niveles de injusticia aumentaron.

El sistema hegemónico inició su ciclo descendente, caracterizado por el agotamiento de la forma de acumulación y crecimiento impulsada desde la posguerra, y por el desgaste de las formas en las que organizaba y procesaba el pacto de dominación. Para 1968-70 tal agotamiento se manifestó con el catalizador del movimiento estudiantil en el mundo, y que en México no se supo resolver. Ello provocó una agudización de la lucha social, cuyo contenido fundamental fue el desmantelamiento del viejo orden capitalista y la emergencia de un nuevo bloque de poder, en el que se sumaban el capital financiero, el capital agrario-exportador y el capital trasnacional. No fue por supuesto un proceso lineal. Diversos proyectos de restauración y modernización se ensayaron: “Apertura democrática” con Luis Echeverría y el uso faraónico del petróleo con José López Portillo.

## **La tecnocracia sin hegemonía**

El último de los intentos por modernizar a la sociedad desde arriba y verticalmente tuvo lugar cuando, fiel a la tradición de aceptar la derrota y pasar la estafeta al bando contrario –que inició Cárdenas–, José López Portillo entregó el Poder en 1982 a la tecnocracia financiera que se había formado en los aparatos económicos del Estado. Con ello se inauguraba un nuevo ciclo histórico y político, y no nada más un sexenio pendular; así lo expresaría eufórico José Ángel Gurría quien, temerario, afirmó que gobernarían hasta el 2020.

El ascenso de esta fracción política no pudo ser más afortunado para ella, puesto que llegó al poder al mismo tiempo que el neoliberalismo festeja también su enorme triunfo en Inglaterra y en los Estados Unidos.

Así, en México, utilizando al PRI como caballo de Troya y en el seno mismo del sistema hegemónico emanado de la revolución, la tecnocracia financiera logró hacerse del poder sin necesidad de golpes espectaculares, recibéndolo de manos de quien había fracasado en su intento por defender al capitalismo de Estado, y encauzando al país por la amplia avenida de la transnacionalización económica. En ese entonces se decía que en 1982 el gobierno de López Portillo había aplicado el programa del PSUM, y que en 1983, Miguel de la Madrid iniciaba la aplicación del programa del PAN.

La política neoliberal tuvo quizá, como única virtud en su momento, la de ofrecer una respuesta inmediata y concreta a los cambios que habían madurado en el mundo. Otras fuerzas políticas nacionales, o no la tuvieron, o no estuvieron en condiciones de hacer una propuesta viable para acceder al gobierno. Así, ante las nuevas realidades de la globalización y la competencia por los mercados, los políticos neoliberales en México, con el apoyo de las grandes potencias y los organismos financieros en el orden internacional, aplicaron de manera apresurada e imprudente un programa de apertura al exterior y de privatización de la economía, cuyos resultados fueron inicialmente espectaculares en el mundo pero, al conjugarse con muchos otros problemas no resueltos en la política y la economía, finalmente significaron un rotundo fracaso social y político del grupo neoliberal y del partido que los llevó al poder.

La permanencia de la estructura autoritaria y vertical del Estado mexicano le permitió a la fracción financiera del Estado cumplir al pie de la letra la agenda del cambio estructural del Consenso de Washington. Sin embargo, al igual que muchos otros países, ese cambio estructural, supuestamente necesario para la globalización, a la par que efectivamente nos dio funcionalidad en el mundo, se hizo a un enorme costo, al provocar la profundización de los problemas tradicionales del país, a saber, la concentración de la riqueza y su injusta distribución, la pérdida del poder adquisitivo del salario, la enorme desigualdad social, etcétera, y crearon otros nuevos, como la reducción del mercado interno, el privilegio de la especulación en detrimento de la producción, la vulnerabilidad financiera y económica, la disminución de los recursos fiscales para la atención de los servicios básicos, la creciente polarización social, entre otras.

La estrategia neoliberal, aplicada desde el vértice de una estructura estatal autoritaria y patrimonial trajo consigo la destrucción de los consensos previamente existentes y, nuevamente, la imposición de manera vertical de un proyecto basado en la exclusión económica y social de la mayoría de los mexicanos, con lo que se multiplicó la fragmentación y la polarización social y el deterioro de la cohesión nacional hasta niveles extremos. De ahí la aparente lentitud del proceso conocido como transición democrática, pues el neoliberalismo y el autoritarismo se complementaban y necesitaban mutuamente, si bien el primero tenía que aceptar las demandas democráticas de una sociedad cada vez más inconforme, dados también los compromisos con las potencias occidentales formalmente democráticas.

A pesar de su lentitud, la transición democrática se fue abriendo paso, sobre todo en los aspectos electorales y representativos, quedando pendientes los económicos y sociales, entre otros. De cualquier manera, felizmente, el espacio de las elecciones llegó a ser la arena privilegiada de la competencia política y la fuente de legitimidad fundamental para el acceso al poder del Estado.

Así, las reformas neoliberales se hicieron a la mexicana: en medio de la corrupción, la ilegalidad y el abuso. El fraude del Fobaproa es el monumento que se erigió a una modernización desde arriba y al margen de las representaciones sociales, es decir, en medio de la impunidad de los poderosos.

Paradojas de nuestra historia: cuando más antidemocrática se estaba haciendo la sociedad, producto de la despiadada polarización de las reformas

estructurales impulsadas desde el poder ejecutivo, el Estado vivió su democratización gradual. Mientras en el mundo los liberales hicieron revoluciones contra los partidos de Estado, en México, los partidarios del Partido de Estado se rebelaron contra los liberales que habían tomado en sus manos el control del partido del Estado.

### **La transición democrática**

En este trasfondo vale la pena, sin embargo, destacar la enorme importancia del proceso de la transición democrática en la evolución política de México. Para ello me valdré de un resumen de las propuestas que ha presentado José Woldenberg, quizá la personalidad más identificada con la transición democrática porque, entre otras cosas, le tocó participar, y muy acertadamente, en la dirección del Consejo General del Instituto Federal Electoral, una de las instituciones clave del proceso en su última etapa. Pero además, su concepción del proceso es de las más coherentes y consistentes, desde el punto de vista teórico.

En múltiples y variados escritos y conferencias, Woldenberg ha expresado su visión del proceso de la transición en México, la que me permito resumir para los efectos de esta tesis. He aquí sus postulados principales:

1. El tema de fondo de la transición democrática es el de una sociedad modernizada que ya no cabía ni quería hacerlo en el formato político de partido hegemónico. México se hizo más complejo, diverso y plural. La transición democrática es la historia de ese acomodo: encontrar una fórmula para una vida política moderna acorde con la nueva modernidad social.

2. La transición a la democracia en México es un proceso histórico en su doble acepción. Primero, por su duración en el tiempo. Periodo extenso, de dos décadas, en el cual la lucha y los cambios políticos reemplazan un tipo de relaciones políticas, autoritarias; para instalar otras, de carácter democrático.

Segundo, es histórica porque nunca se había desarrollado un cambio cuyo fin explícito hubiera sido procurar la existencia y el fortalecimiento de partidos en plural; que tomaron a la arena electoral como el espacio común para medir y desplegar sus fuerzas y cuyo consenso subyacente –aún entre los protagonistas más enfrentados– fue evitar la violencia política en el país.

3. El arranque puede ubicarse en 1977, porque a partir de ahí se configuró un proceso que se desarrolla en una misma dirección, democratizadora, fortaleciendo a los partidos y cuyos momentos de expansión cristalizaron en negociaciones de nuevas y cada vez más amplias reformas electorales.

4. La transición se desarrolló de la periferia al centro y de abajo hacia arriba. Fue una lenta pero sistemática “colonización del Estado nacional” por muchos partidos políticos, en plural. De manera que la transición es la historia de cientos de procesos que acabaron “pluralizando” al Estado y, en esa medida, fueron erosionando al autoritarismo y a las palancas, las prácticas y aún la cultura de la época del partido hegemónico.

5. La progresiva normalización electoral trajo un efecto social, político y cultural de mayores consecuencias: la experiencia viva de la pluralidad, la competencia, la cohabitación y el cambio en el gobierno.



6. La transición mexicana, que estuvo fuertemente centrada en el tema electoral, fue en realidad mucho más allá, al afectar e impactar a muchos otros ámbitos. En el transcurso ocurrió lo que quizás sea el cambio más importante de todos: una verdadera creación de ciudadanía. Ni escépticos ni súbditos, sino personas que saben que su voto contribuye a decidir entre diferentes opciones.

7. La cultura política también se modificó. Por eso el cambio en la esfera electoral fue en realidad motor y vehículo para un aprendizaje democrático de mucho mayor alcance y que modificó el mapa de la representación, la forma de gobierno, el funcionamiento del Estado. Se vitalizaron las libertades públicas y se erosionaron cada uno de los resortes autoritarios.

8. La transición democrática es un cambio que viene de lejos. Por eso, el dos de julio del año 2000, los ciudadanos y los partidos, los candidatos y los medios, todos los actores, ofrecieron escenas de naturalidad cívica. Así pues, la alternancia no constituyó la condición de nuestra democracia: demostró su existencia.

9. El proceso ha tenido como condición indispensable el respeto al voto. Para eso se ha levantado un enorme edificio con múltiples requisitos técnicos. La historia política de México, en el último tramo del siglo, no puede ser entendida si no es en torno a ese objetivo fundamental. Sobre ese requisito descansa la confianza y el consenso de las grandes fuerzas y los intereses políticos del país.

10. La nueva agenda política ya no debe centrarse en los problemas de la expresión, recreación y representación de la pluralidad (agenda electoral), sino en la de la gobernabilidad democrática. Es decir, cómo inducir que la pluralidad democrática que invadió al Estado mexicano resulte productiva en una doble dimensión: que sea capaz de forjar las mayorías que requiere el funcionamiento del Poder Legislativo, y que sea capaz de atender los inmensos problemas del país.<sup>13</sup>

Ni a la historia ni a Woldenberg cabe regatearles la enorme importancia de la constitución de un régimen de competencia entre partidos a través del proceso electoral. Ni duda cabe tampoco que ese proceso no sólo tiene un significado para la vida electoral del país, sino que la trasciende completamente. Por último, desde la perspectiva de ese mismo régimen, de la sofisticación técnica y social que lo soporta y del gran logro que ha tenido en la conquista del sufragio efectivo, plenamente demostrado por la alternancia, efectivamente, la transición democrática ha sido culminada. Resta ahora su consolidación.

En lo personal, y desde el punto de vista del pensamiento analógico que implica la teoría de la transición, puedo asumir que el aporte de este proceso resulta fundamental para explicar la historia reciente de México.

En una visión más amplia, la transición democrática de 1977 - 1997, se hizo mediante un acuerdo tácito entre sus principales fuerzas políticas: la construcción de un régimen de competencia de partidos. Lo que se logró fue, efectivamente, instalar tal régimen, pero al interior de un Estado y de una sociedad que en muchos otros ámbitos de la cultura y de las prácticas sociales

mantienen buena parte de las características que hicieron posible las formas estatales anteriores, sobre todo el autoritarismo y el patrimonialismo.

Por tanto, lo que queda en cuestión no es sólo el problema de hacer gobernable la convivencia de tres o más partidos competitivos, en sustitución del monopolio de uno solo que mantuvo el PRI. Se trata del cuestionamiento a la capacidad del Estado mexicano para hacerse cargo de la nación en el mundo de hoy y del por venir, que es, ante todo, capacidad para la creación de ciudadanía.

Por tanto, el acuerdo básico, referido a la gobernabilidad democrática, no debe quedarse en el ámbito restringido de la democracia electoral y política, sino que debe sustentar un nuevo compromiso para lograr el desarrollo de las mínimas cualidades sociales, políticas y culturales que permitan al Estado sustentar la democracia como forma de dirección política de la nación, en las condiciones de equidad, justicia y libertad a la que aspiran los mexicanos que se mantienen históricamente unidos en torno a su Constitución política.

De otra manera, con todo y su importancia, la transición democrática en los procesos político-electorales tendrá una influencia muy limitada en el conjunto de la sociedad. Si las fuerzas con la vocación para la democracia política no son capaces de llevar a cabo la profunda reforma social que el país necesita, entonces quedará de manera permanente la tentación para la reaparición del caudillismo carismático o de lo que muchos llamaron por algún tiempo, el bonapartismo mexicano.

## **La ideología de la miseria**

En resumen, entre los obstáculos fundamentales para el desarrollo de México, expresión de su propia falta de constitución orgánica, se encuentra la forma política autoritaria que cristalizó y que, como tal, jamás tuvo las cualidades estructurales para impulsar la constitución orgánica, como todo círculo vicioso. En realidad, el sistema político estuvo hecho a imagen y semejanza de la estructura atrasada a la cual servía. En su reproducción, como toda buena forma, oscurecía los mecanismos reales, para dejar entrever sólo los que justificaban la función aparentemente nacionalista y popular de los grupos dirigentes. La ventaja fue la promoción del crecimiento, su desventaja, que lo hizo parcial y polarizadamente.

El nacionalismo revolucionario fue la ideología que permitió a los caudillos y luego a la burocracia erigirse por encima de la sociedad, como aparente autoridad revolucionaria, más allá de las elecciones, y de manipular a las masas para lograr un desarrollo capitalista del país, mediante la promoción limitada de sus demandas. El nacionalismo jamás pudo ofrecer una solución a los problemas del desarrollo orgánico de las clases capitalistas, ni de la dependencia de la economía norteamericana, ni menos aún de la inclusión de los pobres y desprotegidos del sistema. Su finalidad era la identificación de las masas corporativizadas con la nación, para el fortalecimiento del sector público y el aumento de la acumulación del capital nacional, lo que suponía el mejoramiento de las condiciones de negociación internacionales para México, a la par que justificaba la reproducción de un sistema que generaba riqueza y

miseria en grandes dimensiones, y un alcance limitado en sus metas de desarrollo.

Común a todos los ejemplos del uso vertical del poder central para modernizar a México ha sido el rastro de injusticia social que han dejado. Esto es notorio en el caso del proyecto nacido de la revolución mexicana, el cual, por otro lado, se propuso explícitamente luchar contra la desigualdad y la inequidad.

En el fondo hemos sido herederos de las formas del pensamiento colonial-occidental. Como según éste no es posible implantar la democracia en una sociedad atrasada, se hace necesario un Estado con autoridad para velar y tutelar a los que menos tienen. Ello no implica renunciar a los principios liberales de la democracia, sino que únicamente se corrigen a la mexicana, modernizando por igual a franciscanos, Borbones y caciques. Pero esto no es ninguna corrección, sino la conformación de un régimen de dominación específico que, a partir de una autoridad despótica, crea y reproduce la marginación en los hechos, para negarla como su intención en el discurso y para encubirla con la política social.

En esta transfiguración se ha fundamentado el despotismo del poder y su legitimidad revolucionaria o portadora de futuro, es decir, en la miseria como razón de ser de una autoridad por encima de la República, la que ejerce su dominio sobre todos, ciudadanos, preciudadanos, organizaciones sociales y partidos políticos.

Tal característica le sugirió a Gabriel Zaíd calificar irónicamente a la democracia mexicana como peticionaria. En ella, dice Gabriel Zaíd. “Todos tenemos el derecho de hacer cola para pedir”, más de nada sirve el derecho o la violencia; “la cola avanza y el sistema reparte premios gordos, medianos, pequeños, reintegros o nada, en una lotería que anima a soñar con ambiciones ilimitadas. Ni siquiera es necesario sacarse la lotería personalmente: puede ser un pariente, amigo, compañero de escuela, conocido. Todos conocemos a alguien, que conoce a alguien, que es pariente o compañero de alguien, que parece que va a llegar muy lejos, con grandes beneficios para el país”. Por ello concluye Zaíd, hay una “inversión de clientelas: los políticos y funcionarios no le deben su posición a los electores de abajo sino al gran elector de arriba. La multitud peticionaria no tiene derecho a nada; tampoco los cuadros que supuestamente lo representan o encabezan. No se ganan votos abajo para ir a hablar fuerte arriba: se ganan votos arriba para hablar fuerte abajo, teniendo que repartir”<sup>14</sup>

La pobreza y la marginación, junto con el ascenso y la movilidad sociales, se convirtieron en factores de legitimidad y cohesión políticas. Los obreros, los campesinos que alcanzaban reparto de tierras y otros sectores de la sociedad moderna emergente veían en la pobreza el grado de su propia mejoría; por lo demás, la superación de aquella era la tarea siempre presente y por cumplir.

La existencia del México marginado marcaba los avances del moderno. El paso del uno al otro era un triunfo diario de la Revolución y su régimen. Empleo, vivienda, salud y educación, las reivindicaciones más elementales, eran alcanzadas por más y más personas; el hecho de que otras tantas se

reprodujeran en la miseria no atentaba, sino cohesionaba a los que ya tenían algo. Por ello las burocracias y las corporaciones se impusieron; el Patrimonialismo de antaño se vio renovado: todos aspiraban a ser amigos o compadres del poderoso.

El crecimiento económico hizo posible la reproducción ampliada del régimen político autoritario como un verdadero sistema mixto de modernidad y tradición. La figura presidencial, la burocracia y las corporaciones se reforzaron en detrimento de los ciudadanos, los partidos políticos y la democracia; el paternalismo se volvió burocrático; el patrimonialismo devino en corrupción generalizada; el caudillismo en clientelismo; el sufragio en reparto de cuotas de poder. La simulación, el arribismo, el cohecho, el tráfico de lealtades y de influencias fueron las formas predominantes de la contienda política durante los años de predominio indiscutido del PRI.

Esta forma estatal, reproductora de la miseria y la marginación, no es resultado de una maquinación perversa, sino consecuencia de una historia donde la obra civilizadora aparece como acción de un Estado que le va ganando a la sociedad tradicional, atrasada y miserable, sectores y espacios para la conformación de una sociedad moderna. En el fondo, los modernos se sienten amenazados por la miseria circundante. De ahí la alianza revolucionaria, en realidad subordinación patrimonial, de los que algo tienen, con los que todo lo pueden.

En esta historia, ninguna de las clases –con excepción de los campesinos del centro sur– tuvo ocasión de vivir y protagonizar una experiencia autónoma, que quedara viva en la memoria colectiva. Aunque las masas populares o sectores de clase han estado presentes en el inicio de las grandes acciones históricas, ésta jamás han sido concluidas por aquellas. Además, a pesar de que el pueblo permanece en la memoria colectiva como la base y energía de la obra creadora de las elites y del Estado, predomina la conciencia de que ha sido este último el que aparentemente constituyó a la Nación, derrotó la autonomía campesina y creó e integró a las clases modernas, teniendo como tarea la incorporación del resto, con ayuda de la Constitución.

Por ello, el poder y las clases sociales se reproducen de tal forma que, al mismo tiempo, impiden el surgimiento de los factores de autonomía que podrían generar una fuerza alternativa de los sujetos sociales. En realidad, las clases y los grupos de la sociedad moderna son aliados, a través del Estado, frente a la sociedad tradicional. Se trata de una alianza social y política que incluye y rebasa a las corporaciones que la cimientan, porque se trata de una alianza social y cultural.

En resumen, la miseria es la piedra angular de un discurso que ha construido un Estado vertical y autoritario, cuyo fin principal aparente es su erradicación. La miseria es el fundamento de un poder despótico y discrecional, por encima de la sociedad, que se propone abatirla y, sin embargo, es la razón de ser de la reproducción de dicho poder, con todo y sistema político y económico. Es el poder de la sociedad moderna que sólo en apariencia se solidariza con la



tradicional, pero que en realidad la mantiene como condición de su propia reproducción.

De esta manera, las clases y los grupos que integran, constituyen y reproducen la sociedad moderna, con ayuda de una ideología formalmente piadosa para con la sociedad miserable, que abarca a más de la mitad del territorio y la población del país, terminaron por edificar un Estado a espaldas de la Nación.

Ello marcó la cúspide de su ascenso, pero también el inicio de su decadencia.

————— O —————

John Womack empezó su biografía de Emiliano Zapata diciendo que es la historia de unos campesinos que no querían cambiar y por eso hicieron una revolución. La tragedia consistió en que después, esa revolución fue domesticada por la burguesía que supo domarla con la silla del Estado, el látigo del Ejército, las riendas del partido y los frenos de la clase obrera. Hoy la expresión más acabada de la Revolución Mexicana languidece y agoniza frente a la indiferencia de la sociedad moderna y sus anhelos por culminar el Tratado de Libre Comercio, con la definición de una forma asociada de cooperación y desarrollo entre las naciones de América del Norte, que nada tiene que ver con ninguna de las utopías de la vida rural mexicana.

Una de las funciones subsidiarias del sistema económico de México consiste en producir ese excedente de población que, al presionar a la baja demandas y

expectativas, permite la reproducción del mediocre sistema de dominación política fundado en la producción de riqueza y miseria polarizadas, por una parte y, por la otra, es de gran utilidad para las necesidades de mano de obra del ciclo económico norteamericano.

El proyecto de las clases principales de la formalidad institucional de México, que apenas abarcó a poco más de un tercio de la población, es decir, los capitalistas, los obreros y los campesinos propietarios, las llamadas capas medias, más la burocracia, fue conocido como el Proyecto Nacional contenido en la Constitución. Tal proyecto pudo efectivamente darles un lugar a esos grupos sociales dentro del Estado, pero nada más. Lo que no pudo fue desarrollar al país en el sentido de adquirir la capacidad para que ese desarrollo abarcara al territorio y a la población en su conjunto. Y, sobre ese terreno de injusticia, jamás pudo instaurar un Estado de Derecho.

## **CAPITULO III**

### **EL CAMBIO A LA DERIVA**

El 2 de julio del año 2000 el pueblo mexicano decidió, por medio del sufragio efectivo, poner fin al régimen del Partido Revolucionario Institucional, y puso sus esperanzas en la alternancia de otro partido en el gobierno y en un mayor equilibrio de fuerzas y poderes.

Cabe reconocerle al Presidente Ernesto Zedillo su capacidad para, entre otras cosas, aceptar lo inevitable, y su resignación democrática para ceder la presidencia al nuevo partido triunfante, sin mayores consecuencias que lamentar.

#### **La derrota del PRI**

El cambio se ha interpretado desde diversas posiciones teóricas y políticas, predominando, como ya dijimos, la que se ha hecho al interior de la llamada teoría de la transición. Esta teoría, como toda buena generalización, es útil para el análisis comparado. La analogía permite iluminar los estudios particulares con distintos tonos y matices, aunque en la práctica los modelos de análisis sirven sólo de manera aproximada. En el caso mexicano, una cultura política sumamente peculiar y arraigada, modifica en múltiples formas al guión de la transición y la consolidación democráticas.

Así, la Reforma de Jesús Reyes Heróles en 1978, fue la primera liberalización política de México. Sin embargo, concebida desde el poder, la reforma se hizo para reforzar la hegemonía del PRI frente a los fenómenos de la guerrilla rural y urbana, y el crecimiento de la aspiración democrática en la sociedad. Se legalizó al Partido Comunista para abrir la opción político-electoral a la izquierda, a la par que se creó la representación proporcional para hacer accesible los cargos de elección popular al PAN y al resto de los partidos. Sin embargo, como lo dijo Leopoldo Zea en esos momentos: “La simple apertura de supuestos partidos minoritarios a una expresión del poder originado en la representación legislativa, no soluciona el problema. Y no lo soluciona porque los partidos seguirán siendo vistos como simples instrumentos de control. La pugna partidaria no se dirige tanto a expresar la múltiple voluntad ciudadana, como a controlar el poder...Se busca no tanto el que se expresen todos los ciudadanos de la nación, como el control de la ciudadanía en nombre de la nación”<sup>15</sup>

La quiebra financiera del Estado en 1981 significó no sólo un vaivén pendular del régimen, sino que, articulado a los tiempos internacionales, fue también el fin del bloque en el poder y del modelo económico vigentes, y su reestructuración en detrimento del capitalismo de Estado y a favor del capital financiero, nacional e internacional. En política se expresó como ruptura entre la elite económica y la política. Pocos años después se vería que la nacionalización bancaria sólo encubrió, paradójicamente, el encumbramiento del capital financiero internacional en el nuevo bloque de poder.

El “fraude patriótico” de Chihuahua, en esas condiciones políticas, profundizó la ruptura entre las elites y generó un activismo empresarial jamás visto y una generalización de la más vieja de las demandas: el sufragio efectivo. Pero la ruptura entre los sectores del Estado se expresó poco tiempo después en el interior del PRI, llegando a la división y la escisión, con la salida de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo. La mayor capacidad política de esta corriente les permitió ganar el liderazgo nacional del movimiento democrático y propinar un espectacular golpe al PRI en las elecciones de 1988.

Según algunos, ese era un momento clave para pactar la transición y llegar a un acuerdo en torno a un nuevo régimen, empezando por un claro acotamiento constitucional del poder ejecutivo y en torno a la reforma política del Distrito Federal. Pero Cárdenas se declaró presidente electo y Salinas se dedicó a consolidar su poder, por lo que jamás se pudieron crear las condiciones para una transición pactada de régimen.

Salinas de Gortari tuvo una gran capacidad para hacer una nueva oferta política; prácticamente pasó de estar en la lona a principios de su sexenio, a la cumbre de la popularidad, aún en el último año de su administración. A casi todos, propios y extraños, pudo vender el proyecto de llevar al país al primer mundo, dando el primer paso significativo para ello con la firma del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá. Su pretensión fue la máxima modernización, aprovechando la estructura autoritaria del Estado; los pendientes sociales y políticos los iba a heredar a su sucesor, al que trabajó pacientemente. Luis Donaldo Colosio sería el Presidente de la Reforma Social

y Política de México con el gran activo del Programa de Solidaridad en sus manos.

La terrible crisis moral y política del final de su sexenio, continuada con el desastre económico al principio de la administración del Presidente Zedillo, significaron una profundización en la trama de la transición. Frente al temor de verse desbordados por la indignación generalizada y con la presencia de la guerrilla zapatista en Chiapas, el gobierno y el PRI aceptaron finalmente la autonomía de los órganos electorales y una reforma importante al régimen de financiamiento público a los partidos políticos.

Todos estos acontecimientos significaron la fractura terminal de la hegemonía del sistema y la creación de las condiciones propicias a la factibilidad del cambio democrático.

Vicente Fox aprovechó la aspiración generalizada de la sociedad mexicana a la democracia y los caminos que muchas fuerzas y personas abrieron desde tiempo atrás: el propio PAN, con más de 60 años de lucha electoral; el Partido Comunista y las posteriores fusiones que impulsó para fortalecer la vía política y electoral del cambio; múltiples vertientes de la izquierda, revolucionaria y reformista; personalidades destacadas en varias regiones del país; las fuerzas desprendidas del sistema que hicieron un valioso aporte, así como otros factores, nacionales e internacionales, favorables a la democratización de la vida política del país.

Vicente Fox llegó a la Presidencia encabezando un gran movimiento nacional por la democracia política, en contra de un régimen autoritario y en descomposición. Dicho movimiento nacional se gestó, en su forma más acabada, desde mediados de la década de los 80, con el llamado fraude patriótico y tuvo momentos muy importantes protagonizados por fuerzas y personalidades de todo el espectro político: Luis H. Alvarez, Salvador Nava, Manuel Clouthier, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Rosario Ibarra de Piedra, Heberto Castillo, Andrés Manuel López Obrador y otros. También cabe considerar a las movilizaciones civiles posteriores al sismo del 85, en un sentido y, en otro, a la rebelión zapatista que, dado el crecimiento de la ola democratizadora, se convirtió en un factor político más para su avance. Por todo ello, no fue casual que, para 1999, los consensos alcanzados sobre la transición democrática, hicieran posible el planteamiento de una alianza entre todos los partidos políticos de oposición. Las dificultades para concretar la alianza no fueron, por cierto, de orden programático, desafortunadamente.

Con una iniciativa temprana, Vicente Fox supo subirse a la ola del movimiento nacional por la democracia y, con un claro programa de transición, disputar primero el liderazgo al Ing. Cuauhtémoc Cárdenas y después, ganar las elecciones, basado en la nueva institucionalidad electoral ciudadana.

El acontecimiento principal que explica el triunfo de una coalición opositora no fue, sin embargo, una virtud propia y extraordinaria del nuevo liderazgo, resultado de nuevas capacidades políticas, sino el hecho fundamental del fracaso de la política neoliberal y la sensación generalizada de frustración, engaño y descomposición política que dejó el salinismo, magnificado por el

Presidente Zedillo cuando, fiel a la tradición del sacrificio del chivo priísta, trató de expiar la culpa histórica y propia de la grave crisis generada por los llamados errores de diciembre de 1994.

Una cita de Paul Félix Lazarsfeld nos servirá para ilustrar la idea: “Las elecciones –escribe– quedan decididas por los acontecimientos que tienen lugar en todo el período comprendido entre las dos elecciones presidenciales, y no por la campaña...La campaña es como el baño químico que revela las fotografías. La influencia química es necesaria para que surjan las imágenes, pero sólo pueden aparecer aquellas ya latentes en la placa”<sup>16</sup>

En efecto, el hecho político principal fue que el PRI perdió la mayoría. La campaña electoral sólo reveló ese dato. Y lo pudo revelar porque ya estaba impreso en la placa. Por supuesto que cabían otras posibilidades, fundamentalmente que, aun siendo minoría, el PRI pudiera haber mantenido dividida a la oposición y entonces volver a ganar, porque en la placa se hubiera revelado casi la misma fotografía, pero con las figuras ocupando espacios distintos, es decir, el PRI hubiera podido triunfar siendo la minoría más grande, junto a otras dos menores y divididas. El acierto de Vicente Fox consistió en armar la coalición política, hacer una magnífica campaña de medios, mostrarse como el candidato capaz de enfrentar al sistema y ganar el voto útil. Pero el mérito principal fue político y no mediático, aunque éste también haya sido muy importante.

Esta diferenciación es de la mayor importancia porque permite ver que la fuerza que llegó al poder no lo hizo acumulando la experiencia de una larga lucha democrática y social, sino capitalizando las condiciones favorables



creadas para una buena campaña electoral, lo que ayuda a explicar el éxito del trabajo político y publicitario de Fox, aún por encima de la falta de formación y de visión política del nuevo equipo gobernante.

Además, cabe advertir que el proyecto de Fox también era una necesidad para sectores importantes del bloque en el poder. La democracia electoral propiamente ya había avanzado de manera importante, incluso cuando en 1997 hizo posible la revelación del dato clave, es decir, la reducción del PRI a una minoría más. Sin embargo, hacía falta que las elecciones no las volviera a ganar el partido de siempre pues no las hacía creíbles. De hecho, Fox capitaliza lo que los gobiernos de orientación neoliberal ya habían construido, es decir, un espacio que demandaba la democracia política para modernizar las condiciones de reproducción de una economía globalizada, funcional al bloque de Norteamérica.

Articulado con los tiempos y las políticas neoliberales, Fox optó por la continuidad de la política económica. Eso explica que el debate entre cambio y estabilidad se resolviera a favor de la segunda, con lo cual el bloque en el poder apostó en lo fundamental a la continuidad en la estabilidad macroeconómica y a una especie de pacto de no agresión al régimen anterior, con el fin de mantener el consenso de las corporaciones y de la burocracia. La democratización se dejaba a la inercia de los efectos que pudiera producir la alternancia, incluyendo un esperado desplome del PRI, ya sin el recurso de la Presidencia.

## **La alternancia en la ambigüedad**

La fuerza política del Presidente, sin embargo, no obtuvo la mayoría en el Congreso ni en los estados y municipios de la federación. El mandato del pueblo al presidente electo fue muy claro: construir un nuevo régimen democrático. El pueblo mexicano no otorgó al presidente un poder ilimitado; le concedió un poder acotado y una gran esperanza.

Por otro lado, la oferta política de Vicente Fox, durante su campaña electoral, consistió en el compromiso por impulsar un Programa y un Gobierno de Transición. Para ello, se previó la celebración, en Chapultepec, de un Pacto político y social nuevo, que le diera sustento a la transición. Pero aquí se interrumpió una vez más el libreto.

En su lugar, una vez ganada la elección, se conformó un gobierno básicamente empresarial, con algunos heterodoxos compañeros de campaña, y con ciertos cuadros que ofrecieran seguridad en cuanto a la estabilidad política y, sobre todo, la continuación de los programas económicos.

Los temas pendientes de la transición, el ajuste de cuentas con el pasado y la construcción de un nuevo orden institucional democrático, fueron resueltos casi de inmediato. Montados esos temas en otro debate, el del cambio o la estabilidad, las cosas se resolvieron a favor de la estabilidad, mientras que los otros dos permanecieron en la bruma y en la ambigüedad. Con ello se perdió la magnífica, única e irrepetible oportunidad de impulsar el proyecto con el que se había ganado la Presidencia: la construcción de un nuevo régimen

democrático en México. En su lugar se privilegió la estabilidad y, dentro de ella, la continuidad de la política económica.

Cualquiera hubiera pensado que el Presidente debería haber gobernado con el PAN; consolidar la cohesión política del propio gobierno; fortalecer la coalición política que ganó las elecciones, incluso abrir el gabinete al PRD (como se intentó, pero muy tímida y tardíamente); y, gobernar con la ciudadanía y la sociedad civil organizada.

Ello le hubiera permitido formar un gobierno de “transición”, cohesionado por su programa y por el cumplimiento de sus compromisos y pactar con el Congreso, apuntalado por la coalición del cambio y apoyado por la ciudadanía y la sociedad civil. No se trataba de pactar algo que no correspondiera con lo ofrecido en campaña por el Presidente de la República, ni de intentar aplicar un programa que no haya pasado la prueba de las elecciones. Se trataba de responder a las necesidades sociales fundamentales reconocidas por todos los partidos políticos, y al compromiso ofrecido para pactar la transición de un viejo régimen agotado, a la construcción de uno nuevo, que respondiera a corto, mediano y largo plazos, a las expectativas y necesidades de la sociedad mexicana.

Esta orientación política le hubiera permitido también ampliar la coalición con capacidad para ganar una mayoría y/o la influencia necesaria en la Cámara de Diputados en el 2003.

La aparente facilidad con la que se ganó, supuestamente basada en la capacidad del marketing diseñado por el grupo de los Amigos y la tersura con la que el Presidente Zedillo reconoció el triunfo opositor llevaron al núcleo duro del equipo del Presidente a caracterizar como meramente simbólico el carácter de la coalición para el cambio. Ello explica la marginación, en el proceso de integración del gabinete, del propio PAN, del Partido Verde y no se diga del resto efectivamente simbólico, aunque potenciabile: Porfirio Muñoz Ledo y el llamado voto útil. Para sorpresa de todos, la integración del nuevo gobierno obedeció a una visión doméstica y provinciana, predominando el grupo Guanajuato, aliado con el grupo Monterrey, y jugando a la transformación del gobierno en empresa y de los empresarios en políticos.

El gobierno resultante fue así una suma de individuos, sin cohesión interna y sin programa político; menos aún, sin una visión política compartida del proceso de transición. Era como si los amigos, reunidos alrededor de la sobremesa, indignados por las políticas del gobierno, un buen día decidieron participar en política para sacar al PRI de Palacio, y hete aquí que lo hicieron, pero al hacerlo, continuaron haciendo política como si se tratara de emitir opiniones alrededor de aquella sobremesa, es decir, de manera amateur y sin sentido de Estado. Eso explica su menosprecio por la política del cambio y el privilegio de la política mediática. Si ellos ganaron con el marketing ¿para que crearse mayores problemas? Desafortunadamente dichos problemas tenían que ver con la oferta principal que se hizo en campaña y que sus electores reclamaban respecto a la consolidación de la democracia y la construcción de un nuevo régimen político.

El grupo técnico del gobierno hizo política como si se tratara de la administración del poder ganado como patrimonio propio, cual premio en el juego mediático. La política se desdeñó en aras de la estabilidad macroeconómica y, cuando se presentaban problemas, el Presidente, con su activismo, los enfrentaba. El grupo en el poder hizo del estilo y de la imagen de Fox la piedra de toque de la gestión pública. Por ello no supieron plantear ni los acuerdos ni las reformas estructurales de las que estaban en general convencidos, pero que se las planteaban como marco para los negocios y no en su dimensión estatal. Tal fue la suerte de la reforma fiscal, la que quisieron sacar adelante con una campaña mediática, y de otras cuestiones importantes en las que terminaron por dilapidar el capital político de la imagen del Presidente.

Con la sobrevaloración del marketing y el menosprecio por la política, la alternancia se quedó sin proyecto y sin rumbo. La nueva realidad política no se supo asumir. Para el conjunto de las relaciones políticas que mantienen entre sí los órganos del Estado, los partidos políticos y la sociedad civil, no se propusieron ni se produjeron los arreglos políticos que permitieran encauzar el proceso.

En las relaciones con el Congreso, en especial con la Cámara de Diputados, se fracasó porque se practicó una visión simplista de la política. Con la primera legislatura con la que se convivió, se calculó que con cuarenta votos adicionales se podría lograr la mayoría. Así se llevó a cabo un intenso e infructuoso cabildeo entre Diputados y Gobernadores que se suponían afines. En lugar de plantear una negociación política con los partidos de oposición, se prefirió la ruta del soborno de los votos necesarios, con lo que ni se obtuvieron

los votos y sí se ofendió en el trato a las demás fuerzas políticas. De manera similar, en la siguiente legislatura, se intentó ganar los votos adicionales mediante una alianza con una parte del PRI, la representada por Elba Esther Gordillo, con lo que se lastimó la relación institucional con dicho Partido, además de que también se fracasó al privilegiar las simples relaciones entre las fuerzas, de manera descarnada.

En resumen, con la Cámara de Diputados jamás se buscó una negociación política de altura, sino que, en su lugar, se estableció un forcejeo que, en los hechos, significó un enrarecimiento de las relaciones. El resultado de todo ello fue obvio: la crispación de la política.

En estas condiciones, los consensos se quedaron en su primera aproximación entre las direcciones de los partidos, o grupos de esos partidos y el gobierno, y la sociedad no alcanzó a verse en ellos representada. Así, se caminó en medio de un desarreglo institucional y consensual creciente y de enfrentamientos por demás estériles.

La falta de acuerdos significó también tiempo perdido y se reveló como un grave problema político. En el mejor de los casos, las propuestas dependieron de las correlaciones circunstanciales entre los partidos en el Congreso de la Unión, por lo que el proyecto de transición dejó de existir y su lugar lo ocupó el espacio crispado de una relación inestable entre los partidos políticos y el ejecutivo. En ese contexto, hasta las medidas y leyes que representaron avances sumamente positivos, como la de transparencia informativa o el servicio público de carrera, arrojadas al caldo de la política polarizada, pronto se pervirtieron en un hervor hediondo de dimes y diretes sin sentido.

Los enfrentamientos inútiles y desgastantes terminaron por disminuir el buen ánimo y la esperanza que produjo la capacidad cívica para hacer los cambios difíciles por la vía pacífica. El desgaste político provocó la desaparición del optimismo y su lugar ocupó un sentimiento de decepción que pronto tendió a generalizarse, sumamente negativo para el país.

Más allá de los criterios de partido y de las perspectivas electorales de cada quien, el balance de la vida de México posterior a la alternancia se antoja sumamente deficiente. Ello explica la decepción, el desencanto y el descontento contra los partidos políticos y el aparente juego democrático, al no encontrar las formas que permitieran trabajar conjuntamente en las medidas que, al alcance de la mano, se encontraban para recuperar la ruta del crecimiento económico y avanzar más rápida y eficazmente en la consolidación de la nueva cultura democrática y en los añejos afanes de justicia.

La causa fundamental de esta situación, parece que radica en la propia idea que desarrolló el propio Vicente Fox para su presidencia. Se trató de una idea conformista en la que, el sólo hecho de haber sacado al PRI de Los Pinos, era más que suficiente. En otras palabras, el Presidente ya había cumplido. Él tuvo el coraje y la capacidad para sacar al PRI de la presidencia. Que no se pudieran hacer más cosas, ya no dependía de él. Su famosa interrogación: “¿Y yo por qué?”, reflejaba claramente su idea de que las cosas deberían funcionar de otra manera: que cada quien asumiera su papel democrático y responsable y que ya no todo dependiera del presidente. Por eso no hizo nada extra que en su visión no le correspondiera hacer como presidente democrático, es decir, que dejó a los demás hacer las cosas, con la excepción, por supuesto, de la

sucesión presidencial, la que sin embargo enfrentó con los esquemas de la mercadotecnia y no de la política.

Efectivamente, en el colmo de su desparpajo, el Presidente mismo convocó a la sucesión adelantada lo que, junto al proceso de desafuero de Andrés Manuel López Obrador, profundizó la crispación de la política y la conformación de un escenario sumamente negativo para el país. Los tres principales partidos políticos, en esa sucesión adelantada, terminaron por consolidar una visión sumamente estrecha y mezquina.

El encono de la lucha política afectó la relación entre las instituciones, la convivencia de los partidos y hasta las relaciones de los poderes de la república con la sociedad civil, destacadamente en materia de atribuciones, tanto de seguridad pública, cuanto de orden fiscal.

La confrontación constante entre el Poder Ejecutivo Federal y el Congreso de la Unión, pronto derivó hacia la intervención, también cuestionada, de la Suprema Corte de Justicia de la Nación en materia de facultades y competencias. De forma especial, la confrontación entre el mismo Ejecutivo Federal y el gobierno del Distrito Federal, provocó también la intervención del poder judicial. Así, tuvo lugar el proceso que muchos han llamado: la judicialización de la política.

Instituciones y partidos divididos conforman uno de los saldos negativos de la alternancia sin brújula para la transición. Pero el deterioro es todavía mayor si



tomamos en cuenta cómo la política nuevamente ha afectado negativamente la vida social y económica del país.

Al no atenderse a la necesidad de la necesaria Reforma del Estado, capaz de construir un poder público democrático, incluyente y eficaz, el país ha sufrido un gran daño por el retraso de las reformas favorables al crecimiento, la atracción de la inversión, la creación del empleo y la atención del rezago social. Así, también se han profundizado otros de los mayores déficits de la política en México: la seguridad pública y el combate al narcotráfico.

Cada uno de los tres principales partidos políticos no lucha por conseguir la mayoría del electorado. No la necesitan. Saben que quien obtenga el tercio mayor, ese será el ganador.

En el vacío ocupado por la inercia, cada partido acepta que un gobierno limitado e inhábil, ocupe transitoriamente el lugar del poder, mientras intentan en las nuevas condiciones rehacerse para ofrecer una cara más atractiva. Pero como los partidos actúan en un nuevo terreno que no logran reconocer, caminan al viejo modo y estilo, lo que ha provocado una profundización de su carácter insustancial.

El país tiene ahora ofertas de candidatos, pero no ofertas políticas; personalidades que agrupan intereses grupales pero no fuerzas, tendencias o corrientes que formen proyectos, cuadros y movimientos políticos y culturales nuevos. Todo se ha desgastado, todo aparece sin mayores atractivos.

De no resolverse estos problemas y de seguir la inercia de la lucha política por el tercio mayor, se abren serios riesgos y peligros, entre los que se pueden destacar los siguientes:

1. Consolidación de la sensación del tiempo perdido.
2. Aumento de los rezagos internos y externos.
3. Profundización de la erosión y la descomposición políticas.
4. Pérdida de la gobernabilidad y aparición de elementos desestabilizadores.
5. Pérdida de la cohesión social e institucional.
6. Transmisión de la división y polarización política a la sociedad y sus organizaciones.
7. Pérdida de espacios de poder del Presidente y su traslado a otras instancias.
8. Aumento de los sentimientos autonómicos en los estados y en sus gobernantes.
9. Pérdida de la cohesión federal.
10. Desprestigio de la democracia como alternativa de régimen político.

Por mencionar sólo algunos de los más importantes.

### **El cambio sin nuevos personajes**

La construcción de un nuevo régimen social y político de naturaleza democrática exige crear una coalición muy amplia de alianzas políticas e intereses económicos, sociales y culturales, que rebasa en mucho las posibilidades contenidas en el actual régimen de partidos políticos estancos, sindicatos corporativos y poco representativos, organizaciones empresariales de reducida cobertura, organizaciones no gubernamentales precarias, etcétera.

La construcción de un nuevo régimen, sin embargo, es una tarea que, por diversas razones, el PAN y el gobierno no fueron capaces de llevar a cabo de manera franca.

El problema radica en que se ganó las elecciones con una espada de doble filo: sacar al PRI de la Presidencia y construir un nuevo régimen democrático. La alternancia responde a uno de los filos; el otro se encuentra mellado, porque se ha dispersado la coalición política que lo encarnaba y el gobierno ha naufragado en la presentación y conducción de su proyecto de cambio.

La crisis del sistema político mexicano no ha sido superada y se manifiesta en las fracturas internas del sistema actual de partidos, en las limitaciones del Ejecutivo para orientar el proceso y del Congreso de la Unión para constituirse en cauce de negociación y arreglo de los problemas nacionales; en la incapacidad democrática de los partidos políticos; en la insatisfacción creciente de la sociedad civil organizada que no es reconocida en espacios institucionales de participación efectiva, en las expresiones de propaganda armada que realizan grupos muy diversos, pero fundamentalmente, en la pérdida de perspectiva, rumbo y tiempo del gobierno.

Más allá de los partidos políticos, formados electoralmente, no existen los sujetos organizados con trayectoria, principios y programa, que participen de una manera clara y decidida en la transición con un protagonista democrático, libre e independiente, y con propuestas para un cambio de rumbo del desarrollo del país y para la construcción de un proyecto político alternativo.

La alternancia de distintos partidos en el gobierno es un aspecto muy importante para la construcción de la democracia en sus aspectos políticos; sin embargo, más importante para la consolidación de la democracia es que la ciudadanía la apoye porque en ella se encuentran las mejores condiciones para resolver los graves problemas que afectan su vida, tales como la pobreza, la desigualdad, la injusticia, y otros.

Los sindicatos, en su origen, tuvieron la concesión de tales prerrogativas que, con el tiempo, se convirtieron en monopolios de la representación, aunque los representados no tengan mayor presencia efectiva. Podríamos decir que aún hoy son espacios de excepción, en donde los trabajadores se ven obligados a prácticas corporativas y clientelares propias del Estado patrimonial y premoderno en el que surgieron. Los Partidos se volvieron insubstanciales, y también monopolios de la representación de arriba hacia abajo, por lo que nunca han sido espacios de formación, sino de influencia. Por ello hoy se han vuelto cotos de lucha descarnada por el poder e invernaderos del cinismo y, en muchos casos, de rapacidad. Igual que las Organizaciones No Gubernamentales que, con excepción de pocos, la mayoría permanecen en el nivel endeble del eterno nacimiento o de la muerte prematura, y así por el estilo la mayoría de las agrupaciones y organizaciones, propias de una cultura política más parecida a la de la vieja sociedad tradicional, trasladada a una sociedad que dice ser moderna, pero sólo en sus relaciones técnicas, más no en su espiritualidad.

Hoy mismo siguen predominando las figuras del caudillo, del cacique, del compadre, etcétera, pervertidas por el mundo de la necesidad urbana, donde aquellas han perdido su respetabilidad tradicional. Ahora, la cohesión no viene

dada por la lealtad, el honor, la fidelidad, etc., sino por el interés más elemental. Por ello se han vuelto mezquinas e innobles, más cercanas a la figura del mercenario, pues ni siquiera tienen las cualidades del mafioso.

Con estos ojos podemos ver que, finalmente, avanzamos poco histórica y políticamente con el triunfo de Vicente Fox, puesto que su triunfo se fundamentó en el viejo estilo de la personalidad fuerte que supo aprovechar el margen de legitimidad electoral abierto para, como caudillo capaz de ponerle el cascabel al gato, ganar las elecciones. Sin embargo, el triunfo electoral supeditó otros aspectos de la evolución democrática, con lo que se ocupó un lugar sin alternativas de organización ni de política. Prácticamente se continuó con la misma política, sólo esperando que por el efecto de un nuevo personaje en el poder las cosas cambiaran.

Una cosa ha quedado clara: las elecciones se ganan con votos; para el cambio se necesita de las fuerzas organizadas y dispuestas, y de capacidad de operación y negociación.

Vicente Fox (antes Cárdenas también así había construido su candidatura) ganó la Presidencia como un caudillo más. Sólo que ahora ya no reclutan a los seguidores vía las armas, sino a través de los partidos políticos y los medios electrónicos. En el colmo de la perversión mediática, bajo la presidencia de Rosario Robles, el PRD llegó a elegir a sus candidatos en el Distrito Federal por el rating ya obtenido y no por la propuesta política a construir.

De esta manera, los partidos se han convertido en franquicias gobernadas por camarillas en busca de personalidades fuertes en los medios, con quienes

aliarse para mantener su poder o su influencia. Al interior de tales franquicias, los grupos se enfrentan entre sí por el acceso a las prerrogativas y a los puestos de elección popular restantes, que los define la correlación de fuerzas internas, es decir, la fuerza de los aparatos. El eje de la vida de los partidos, en estas circunstancias, no es la relación viva con el electorado o la ciudadanía, sino la influencia en los aparatos de dirección y operación.

El problema de nuestros días consiste en que todos desdeñan la construcción de fuerzas políticas a partir de la agregación y formación paciente de las ideas, los programas, la organización, la formación y la educación de la ciudadanía y de los grupos sociales y sus intereses inmediatos y profundos. Las elecciones se ganan con votos y para eso hace falta mucho dinero, presencia en medios y personalidad carismática. Por ello los partidos se vuelven insustanciales, los políticos actores, los actores políticos, y el ciudadano volátil. Hasta nuestras guerrillas son virtuales y los guerrilleros de plano usan de antemano la máscara para su mejor personificación en el escenario de la política posmoderna. Esperemos que la virtualidad de la política no convierta pronto a la Nación en un simple holograma.

Con la alternancia se crea un problema fundamental y es que el espacio futuro que se esboza requiere ser llenado con partidos fuertes y maduros y con un congreso que sea la expresión de esos partidos y esa sociedad también fuerte y madura. En su lugar, hasta ahora lo que ha nacido a la vida es una competencia de partidos que se encarga de hacer pedazos al país y no de construir los acuerdos que se necesitan para una plataforma que sustente a la democracia naciente con el crecimiento económico y el desarrollo nacional.

## CAPITULO IV

### ¿MÉXICO SIGUE SIENDO VIABLE?

La viabilidad del país como nación soberana se encuentra cuestionada. La causa fundamental radica en la incapacidad del Estado vigente para atender los problemas sociales que se han acumulado y que se han visto agravados en la época actual. México se encuentra en peligro porque el Estado, a pesar de los avances obtenidos en el régimen político - electoral, no logra encontrar los medios para hacerse cargo del país (fiscal, social y políticamente). Dicha incompetencia lo mantiene en la pendiente de la descomposición y de la decadencia moral, política y social.

En los últimos veinte años se han producido cambios fundamentales en todos los órdenes de la vida social: la población ha continuado su crecimiento (somos ya 104 millones de mexicanos) y la sociedad se ha diversificado en su composición; la economía se ha abierto al mundo y se encuentra integrada al Tratado de Libre Comercio con Norteamérica. Un nuevo sector exportador sumamente dinámico, marca las pautas del desarrollo. La globalización de las finanzas y de las comunicaciones establece nuevos modos de ser a la economía y a la propia soberanía. La revolución tecnológica y científica ahonda la brecha entre nuestro país y los países del norte, y entre las regiones al interior del territorio nacional.

Con la política auspiciada desde el consenso de Washington, el Estado disminuyó sus dimensiones, desmanteló sus instituciones de fomento y desarrollo, y se debilitó en sus funciones de garante de los servicios públicos;

el desarrollo industrial, los mercados internos, la seguridad, la salud y la educación públicas viven ahora un franco deterioro; la pobreza ha aumentado; la sociedad se ha polarizado.

No es casual, por ello, que los mexicanos no tengamos acuerdos sobre muchos aspectos de nuestra vida en común y, por el contrario, predominan los desacuerdos y las disputas. En ese contexto, más de dos décadas de estancamiento económico han provocado malestar, irritación y, por lo menos un gran escepticismo en la sociedad. El desacuerdo se ha profundizado.

Verdaderamente México se encuentra estancado. La alternancia, sin programa y a la deriva, vino a significar mayores desarreglos en el tejido institucional y un tiempo perdido, sumamente valioso, dada la profundización de la competencia internacional. Con ello, ha aumentado seriamente el riesgo de perder viabilidad como nación soberana en el mundo globalizado.

Encontrar una salida a esta situación no será nada fácil. En un magnífico ensayo, David Ibarra advierte, después de hacer un diagnóstico de lo sucedido: “Resolver el entrapamiento del país, exige implantar una política vertebrada de Estado entre lo político, lo económico y lo social. Es imperativo lograr una adaptación provechosa al nuevo orden económico internacional, como atender demandas sociales aplazadas en torno al bienestar de la población y la defensa de los intereses de trabajadores y empresarios nacionales...Con todo, trascender el ámbito de la democracia formal, revitalizar el desarrollo nacional no serán tareas sencillas ni rápidas. Y no lo serán por cuanto la destrucción de las instituciones, de las capacidades colectivas de acción, ha sido extensa, así



como limitados los avances en buscarles reemplazos efectivos y serias las rupturas que ya separan a la sociedad mexicana”.<sup>17</sup>

En efecto, muchos de los problemas del país, los más graves ahora, hunden sus raíces tanto en la historia mexicana como en la manera de ser del mundo actual y por venir. Ello quiere decir que aún si lográramos acuerdos de mayor aliento, entonces podríamos ver, como sociedad organizada, los problemas que enfrentamos, que son tan importantes como los no resueltos en el pasado. Por ejemplo, la economía y la sociedad de la informalidad son en gran parte productos de la globalización unilateral de hoy. Si a ello añadimos la sedimentada en nuestra historia, ¿será suficiente enfrentar su avalancha con medidas de corto plazo sujetas a los criterios del personal en turno?

Según Macario Schettino, de 1980 al año 2000, más de 23 millones de mexicanos llegaron al mercado de trabajo y sólo menos de 7 millones encontraron un empleo. El resto tuvo que probar suerte en otros lugares, unos emigraron hacia los Estado Unidos, cerca de 7 millones, y otros a la economía informal, aproximadamente 10 millones. (La cifra de población en la economía informal, me explica Macario, la calculó INEGI por primera vez en 2000, siendo de 9.6 millones de personas. Esto implica que el resto, siete millones, emigraron a Estados Unidos. La cifra más actual, de la nueva Encuesta Nacional de Empleo trimestral, indica que en el primer trimestre de 2003 tendríamos alrededor de 10.6 millones de personas en la informalidad).

Por supuesto que no estoy planteando la idea de que el Estado debería de asegurar un empleo decente y formal para todos, pero sí que se haga cargo de sumar esfuerzos y acciones, para promover empleos formales, para impulsar y

ordenar la ocupación productiva y el autoempleo, regular el mercado de trabajo mediante la capacitación y la actualización, para asegurar a los desempleados, para proteger a los migrantes internos y para amparar y proteger también a los migrantes externos.

En ausencia de esas condiciones, otros veinte años sin modificar sustancialmente estas tendencias nos plantean un problema grave y de fondo: la desintegración de México en tres naciones, la formal, la informal y la de los Estados Unidos, a la que habría que agregar la del norte y la del sur. Y, si tenemos la suerte de seguir siendo uno, prefiero dejar al lector con su imaginación.

Asomados al abismo, los desafíos son enormes. “El reto hacia el futuro – escriben Georgina Sánchez y Mauricio de María y Campos– será entonces no sólo avanzar rápidamente hacia la integración internacional sino, sobre todo, saberse detener en el camino (para revisar los tiempos de integración y su profundidad, por ejemplo) e incluso saber dar un paso hacia atrás (para adecuar posibilidades nacionales con realidades internacionales), a fin de retomar el sendero que pueda conjugar las tendencias internacionales con el interés de mayor trascendencia y largo plazo, que es la construcción de la cohesión social”.<sup>18</sup>

Se ha señalado, sin embargo, que el desarrollo de la democracia es hoy, más que nunca, un problema del sistema mundial globalizado y, por tanto, resulta inviable para muchos encontrar soluciones autónomas de salvación nacional. Aparte de los Estados-Naciones fuertes del norte y de los nuevos espacios

integrados, como la Unión Europea, se le otorgan algunas posibilidades a Brasil y la India. La de México, depende de los mexicanos.

Frente a estas perspectivas, la clase política mexicana presume que a México no le va tan mal como a otros. Se trata de una nueva visión conformista, que justifica la miseria y el atraso de México, y que se ve amedrentada por el avance de la globalización y la propia impotencia para encontrar alternativas. Como la miseria creciente –se dice– es producto de los fenómenos mundiales, nos basta con mantener la estabilidad macroeconómica y una política asistencial y paliativa para los pobres (Solidaridad y Oportunidades). Más, nada podemos hacer. Con este pensamiento se abandonan nuevamente las responsabilidades soberanas, se señalan los problemas fundamentales sólo para que sean triturados por la férrea competencia interna por el poder y, finalmente, dejar la solución a las fuerzas del mercado o a la intemperie. En otras palabras, se abdica de la propia responsabilidad, no sólo de resolver los problemas nacionales, sino de efectivamente influir en las causas de la miseria de la globalización, es decir, en la construcción de un mundo multilateral y democrático en sus responsabilidades y gobierno.

La Comisión de Estudios para la Reforma del Estado que en el año 2000 encabezó Porfirio Muñoz Ledo, en sus conclusiones y propuestas respecto al ámbito de México frente a la globalidad, hizo el siguiente diagnóstico: “El papel tradicional del Estado nacional, lo mismo que el concepto de soberanía resultan altamente cuestionables en el horizonte del proceso globalizador. En este escenario, la autonomía de los Estados se percibe acotada, ya que las políticas internas pierden efectividad si contrarían las normas internacionales...En la actualidad resulta inviable aislarse de estas tendencias

mundiales; pero un Estado al que la comunidad internacional impone normas y principios sin que participe en su diseño, es un Estado que no ejerce su soberanía. Así pues, la soberanía se debe ejercer incidiendo activamente en las grandes transformaciones mundiales”<sup>19</sup>. Y en la Propuesta se plantea: “Retornar a la política exterior de vanguardia en aras de promover los acuerdos multilaterales, fundamentalmente para el fortalecimiento de las Naciones Unidas en los principales asuntos de responsabilidad global.” En otros términos, parece que la forma correcta de plantearse los problemas del desarrollo nacional pasa por la navegación en las aguas de la globalización, en donde se puede llegar a buen puerto para continuar, o de plano naufragar.

La nueva sociedad tiende a ser mundial y por ello arrasa a muchas de las formas nacional-estatales existentes. De países como México depende que pueda fundamentarse en los espacios de acción de algunas de las naciones y los estados históricamente constituidos, relacionados entre sí mediante formas soberanas, solidarias, pacíficas y democráticas, en tanto dique de contención de las tendencias más agresivas del imperio o de las nuevas formas de la guerra y la delincuencia.

Nosotros, se dijo entonces y se ha repetido una y mil veces, tendríamos que recuperar el crecimiento, consolidar la democracia y abrir la ruta de navegación en la globalidad mediante negociaciones bilaterales y multilaterales que permitan resolver los problemas fundamentales para nuestra gente. Pero, en ese sentido, muy poco hemos avanzado. Más aún, en términos de la competitividad internacional, hemos retrocedido gravemente.

## **Un mundo cada vez más complejo**

México se encuentra atrapado, sin posibilidades de escapatoria, en la corriente de la modernidad occidental. La guerra de Irak ha dejado ver en toda su crudeza el régimen mundial que vivimos. Como todo imperio tiene la enorme ventaja de que deja a los pueblos con muchas de sus costumbres autóctonas, entre otras, su lengua. Pero no nos engañemos. México es un eslabón importante de la cadena del imperio más poderoso de la tierra en el momento actual.

México pierde identidad en un mundo que no puede ofrecerlas porque tampoco las tiene. Quizá en la situación mexicana pueda florecer el pensamiento que se atreva a ver las cosas de frente: la precariedad de la forma y la falta de sustancia del mundo actual. Peor aún, la ausencia de alternativas sólidas.

Desde 1989, con la caída del muro de Berlín, la Unión Soviética y el resto de países más cercanos a su órbita, el mundo vive más bajo el llamado del futuro que en el eco del pasado. “Llegan tiempos en los que nadie se siente a gusto – escribía Ernst Jünger–; traen al recuerdo las inquietas idas y venidas de la larva que anda buscando el lugar donde transformarse en crisálida. Sin embargo, lo que en el fondo andaba buscando la larva, lo que la arrastraba de un lado para otro, no era el lugar; era la mariposa...También el Estado mundial es algo que adviene, que entra en el presente. En la sombra que él proyecta anticipadamente las imágenes antiguas palidecen y las razones de ser que nos resultan familiares, ante todo las del Estado histórico y sus exigencias, quedan vacías de sentido”<sup>20</sup>

El futuro, sin embargo, está lleno de incertidumbre. No fue el fin de la historia, sino el principio de otra historia. Fue efectivamente la realización de la filosofía alemana, el fin de Hegel y de Marx, pero ante todo, fue el principio de lo desconocido. El triunfo de la democracia liberal es el principio de la manifestación de sus enormes límites para hacer justicia y darle sentido a la vida. Y también, con la crisis ecológica y la nueva conciencia planetaria que produce, se inicia la historia de la sustentabilidad única del planeta como hogar del hombre diverso y pluricultural.

El ataque a los Estados Unidos el 11 de septiembre me hizo pensar que se trataba de la primera guerra civil del Estado Mundial en formación, en el que los Estados nacionales, salvo unos cuantos, no son los sujetos fundamentales. En el Estado Mundial son mucho más importantes las grandes empresas transnacionales, las organizaciones de criminales y terroristas, pero también las alianzas de las sociedades civiles que han surgido en torno a los problemas de orden planetario. De cualquier manera, ese Estado Mundial carece de estructura y quisiéramos que funcionara como si cada Estado-Nación fuera un voto, en una democracia universal que lograra, éticamente, someter a los grupos poderosos y a los propios imperios. Infortunadamente no es así.

La democracia liberal hace tabla rasa de la historia y de sus particularidades. Pero inclusive ahí dónde ha logrado su predominio político, manifiesta sus graves carencias. Por eso, en el centro del mundo actual habita la indiferencia, porque se ha perdido la sustancia. Ya Octavio Paz lo percibía con toda claridad. Escribía: "...el relativismo es el eje de la sociedad democrática: asegura la convivencia civilizada entre las personas, las ideas, las creencias; al

mismo tiempo, en el centro de la sociedad relativista hay un hueco, un vacío que sin cesar se ensancha y que deshabita las almas”.<sup>21</sup> Frente a esta situación, en el mundo se dejan escuchar nuevamente los mensajes mesiánicos inspirados por Dios.

Quizá la mejor expresión que sintetiza la nueva situación mundial es aquella que nos dice que todos somos pasajeros de la nave planeta tierra, dirigida por un comando que toma las decisiones fundamentales y en las cuales muy poco intervienen los viajeros de segunda o tercera clase, que son la enorme mayoría. No es casual que sea la época del auge del terrorismo. La persona o el grupo, impotente ante esta forma del poder y su ejercicio, recurre a los medios de la violencia que se encuentran al alcance de cualquiera, para hacer cimbrar la nave en su conjunto, aunque el resultado final sea el reforzamiento y la justificación del poder del comando general. Sin embargo, es previsible que el mundo se vea envuelto en llamas permanentes si no es capaz de encontrar una forma de ser conducido con mayores niveles de concordia, entendimiento y en paz.

Con la configuración material de la nave planeta, tiene lugar una transformación histórica de la manera de plantearse la utopía: del recuerdo de una edad de oro en el origen, al que se quiere regresar, pasamos a una etapa en la que la atracción de lo nuevo predomina sobre el pasado. En esa situación, ya no es la historia la única gran maestra de la política, sino que es la decisión sobre el futuro, de nuevos e inéditos escenarios, lo que se vuelve fundamental. Y, para ello, sólo se tiene el poder del conocimiento que, sin embargo, se muestra sumamente limitado frente al carácter de esos nuevos problemas. Por ello se ha dicho que los problemas de la nave planeta implican un

renacimiento de las ciencias de la tierra, del cosmos, pero también de la metafísica y la teología.

¿Cómo pensar al nuevo mundo posterior a la caída del muro de Berlín? La democracia liberal efectivamente se encuentra sin enemigos de envergadura al frente, excepto que, en su soledad, carece de respuestas ante la injusticia. Así, con el alma vacía, parece que la democracia liberal se volverá espacio de conquista renovado para la contrarrevolución de las iglesias y del pensamiento fundamentalista quienes buscarán alianzas inéditas para darle el contenido del que carece. Mientras tanto vivimos el triunfo del espíritu posmoderno, es decir, el espíritu propio “de la ausencia de fundamento”, al decir de Sloterdijk; y, cuando dicho espíritu alcanza el ámbito de lo político, entonces “El Estado se convierte en un castillo de arena, el absentismo muerde con voracidad todas las estructuras de apariencia sólida, los vínculos sociales giran en el vacío”.<sup>22</sup> En otras palabras, mientras tanto vivimos en un mundo sin forma, ocupado por la política de los políticos, crecientemente alejada de la vida cotidiana de las personas y, por tanto, sin mayores vínculos que no sean las pequeñas identidades de la seguridad asediada.

En tal contexto, México aspira a encontrar soluciones autónomas de orden nacional, a la par que propuestas de orden general para la construcción de un mundo alternativo de paz y bienestar. Sin embargo, el principal enemigo del país, que le quita coherencia y consecuencia, es su propia realidad interna, además de que sus partidos políticos muy poco han cultivado la actualización y renovación de su pensamiento.



## **México entrampado**

La situación mexicana no podía estar más entrampada. En una época en que el mundo busca su nueva forma y la política tradicional se ha vuelto disfuncional, el país se incorpora al caos con su propia crisis de sustancia y de forma. Así, no podrá florecer nada que valga la pena.

Las dificultades para que puedan llevarse a cabo las propuestas políticas de los diversos actores, hasta las que tienen consenso, son muchas. Además de las institucionales, cabe mencionar al retraso de la conciencia de los partidos políticos mexicanos, plenamente arraigada en el pasado. En esas condiciones, la lucha política pierde significado y sólo se mueve con el referente del poder de la manera más descarnada. Por ello, mucho me temo que continuarán las tendencias que acentuarán la decadencia. Para exponer la situación me valdré de una metáfora.

Cuando México intentaba nacer, los personajes de la historia creían vivir y representar un libreto, pero en la práctica vivían y representaban otra cosa. Al primer período de la vida independiente se le conoció como el período de la anarquía. Pero ni Lucas Alamán, ni Gómez Farías, ni Mora, ni Zavala, ni Santa Ana, querían vivir lo que en realidad estaban viviendo, es decir, el período en el que, por incapacidad política, jamás se pudo resolver el problema de la formación de un gobierno estable y además se perdió más de la mitad del territorio de la Nueva España que nunca se supo incorporar a México.

Ahora, todos piensan que viven la transición de un régimen autoritario a otro democrático. Pero en los hechos se produce otra cosa, que nadie en su sano juicio desearía estar viviendo si pudiera anticipar los resultados de la dinámica de conjunto.

¿Se puede actuar para cambiar el sentido de las cosas? Eso sería mucho pedir. Es como si pudiéramos ir a hablar con Don Antonio López de Santa Ana para intentar convencerlo de llegar a un Acuerdo con liberales y conservadores para construir un gobierno estable.

Tal es la sensación que produce el diálogo con los dirigentes políticos de hoy. Ellos generalmente coinciden en el análisis pero se dedican, por los intereses acumulados y por la expectativa del “gran triunfo” esperado, a reproducir la dinámica del enfrentamiento.

En México seguimos haciendo las cosas como si todavía fuera ayer, cuando lo que está sucediendo depende más del futuro que ya nos alcanzó y nos rebasó. En la política se produce el predominio de tres Partidos Políticos que, cuales estatuas de sal, quedaron petrificados viendo al pasado. De hecho, en ellos siguen vivas sus tradiciones originadas en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX. Son partidos que tienen mucho que defender pero casi nada que proponer.

Pensado por sus grupos dirigentes de una forma, la vida real del país acontece de otra forma muy distinta. Un nuevo mundo se aparece por todos lados y los mexicanos, a pesar de que lo vivimos en lo privado, seguimos actuando como si nada hubiera cambiado. La forma de hacer concientes las cuestiones

políticas recurre al expediente fácil de reiterar lo ya aprendido. Así, al no acertar en la realidad con el pensamiento, el discurso político sólo encubre el proceso de la vida real.

El desarrollo de México, es decir, las cualidades que tiene la sociedad y que la vida permite que crezcan y maduren, no son las que promueven los grupos dirigentes, sino las que, a pesar de todo, se imponen por la fuerza de los hechos.

México se encuentra sumamente enfermo. Sus fuerzas se debilitan cada día más. Sus capacidades disminuyen y sus problemas se acumulan. En el horizonte no aparece un panorama de recuperación. Por el contrario, el choque entre las voluntades contrapuestas produce un mayor debilitamiento del conjunto. De seguir así las cosas, en el largo plazo México vivirá transformaciones importantes que no serán producto de la fuerza interna y de las capacidades de quienes se dicen sus dirigentes. Una nueva realidad se impondrá. Ya no será la historia de México como Estado-Nación.

Llama la atención que los líderes empresariales, políticos y académicos asumen el debate sobre la situación mexicana haciendo abstracción de los acontecimientos producidos por la inercia del enfrentamiento estéril, como si la realidad nos fuera a esperar a que un buen día nos pongamos de acuerdo. Discutimos como si México tuviera sólo los problemas de la Reforma del Estado, la transición hacia un nuevo régimen, la construcción de una economía social de mercado, y tantos otros temas, pero no aquellos que se producen por la ausencia de acuerdos y medidas efectivas que cambien el

rumbo del país y que lo llevan al abismo, a la vista de todos, de su desintegración social y política.

México vive dos historias paralelas: la que pasa por la conciencia de sus habitantes y que se vive como impotencia para asumir y resolver positivamente sus graves problemas y la que verdaderamente se vive y que se acumula en el inconsciente como realidad sentida pero no pensada.

Con el tiempo, la historia real aparecerá claramente en la conciencia, pero será ya muy tarde. Para entonces, muchos mexicanos, millones de mexicanos, miles de mexicanos educados, formarán parte de una vida plenamente integrada. Los problemas políticos ya no serán entonces los de la sucesión para ver quien gobierna un botín cada vez más disminuido, sino los problemas derivados de la integración creciente de regiones y estados a la formalidad política de los Estados Unidos.

Con el tiempo, el fastidio y los enormes costos de la manera de hacer política hacia el centro de México, llevará a muchos a redescubrir a Don Lorenzo de Zavala. Para entonces, no cuesta mucho trabajo imaginar que la forma del desarrollo principal en los estados del noreste les planteará, sin rémoras morales, la integración asociada con Texas, mientras que los del noroeste, con California, Arizona y Nuevo México.

A los municipios y a los estados del norte no les queda otra que imitar a los estados del sur de los Estados Unidos. Es más, aunque no quieran cada vez más lo hacen. Con excepción de algunas regiones, desde Tijuana hasta Reynosa, desde San Luis Rio Colorado hasta Guadalajara, desde Ciudad

Juárez hasta Aguascalientes y León, desde Nuevo Laredo hasta Zacatecas, la interdependencia tan intensa, los llevará pronto a mimetizarse para poder competir. Claro que se mantendrá una resistencia cultural, pero dentro de la corriente más general de integración y, en algunos casos, de incorporación y no tanto anexión.

Otros Estados de alta migración e intercambio como Michoacán, Puebla, Tlaxcala y Oaxaca, estrecharán vínculos hasta el punto de legalizar plenamente las corrientes de intercambio de personas y servicios y hasta de desarrollo regional. Veracruz, Tabasco y Campeche podrán fortalecerse, mientras dure, por medio de la riqueza petrolera. Yucatán y Quintana Roo serán centros comerciales y turísticos, al igual que Guerrero y Morelos.

El centro de México se quedará solo, como un simple gesticulador, al que nadie hará caso.

¿Vale la pena detener y revertir estas tendencias? México no puede descuartizarse como resultado de vivir en un estado de negación de la realidad. México necesita ver de frente lo que está viviendo para anticiparse al futuro y aprovechar lo que tiene para desarrollarse, pero no como concepto hueco, sino como bienestar de la población que habita este territorio.

### **México desarmado**

Los tres principales partidos políticos mexicanos participan de una visión teórica común del mundo actual: la democracia liberal. Pero el núcleo duro de las ideologías que los diferencian es el nacionalismo y el catolicismo, es decir,

el conservadurismo en toda la línea. La resultante de esta combinación ha resultado catastrófica. Unos a otros se inmovilizan y no se produce nada atractivo. Y lo que es peor, nadie se atreve a plantear los problemas reales en la arena política.

Así, las elites políticas y económicas jamás fueron capaces de hacerse cargo del Proyecto de Nación, por lo menos hasta ahora, que ha sido el tiempo de la vigencia del mismo. El hecho, sin embargo, aparece a la generación actual como si los problemas sociales de México hubieran rebasado las capacidades sólo del Estado autoritario. Por ello se piensa –se espera–, que el Estado Democrático sí podrá. Pero en el fondo del problema se encuentran dos hechos incontestables: la incapacidad histórica de las elites y el agotamiento del tiempo histórico de la nación. Por ello, las fuerzas fundamentales que moldean los hechos que tienen lugar en el territorio mexicano no son las que tienen su origen dentro de él, sino las que se abren paso en el mundo y apuntan hacia una nueva forma del mismo.

Nuevamente se polarizan las posiciones, ahora entre nacionalistas, neoliberales y populistas. La propia clase política se mueve en el desconcierto y apenas y alcanza a balbucear algo que tenga significado para la población. De hecho participa del enorme deterioro y desprestigio de los políticos a nivel mundial. Por lo demás, las posibilidades de levantar un programa de gobierno que tenga coherencia con el objetivo de justicia se ve sumamente limitado dados los requisitos establecidos por el sistema financiero internacional para hacer gobernable a la economía mundial.

El Estado y los Partidos Políticos no son entidades abstractas sino expresiones concretas de las capacidades políticas de las clases y grupos sociales. Y las que hasta ahora han salido triunfantes en la lucha por el poder político, no han tenido la capacidad para dirigir a la sociedad hacia niveles superiores de desarrollo social. Hoy mismo, las elites económicas y tecnoburocráticas carecen de la visión y de la capacidad suficiente para hacer frente a los problemas sociales de México. Por ejemplo, la elite empresarial se encuentra mucho más comprometida con la forma de dominación concreta hecha para los negocios fáciles de corto plazo, que con un proyecto de sociedad más libre. Así por ejemplo, prefieren apoyar al viejo cascarón sindical que promover la libertad en ese ámbito. La salida a esta situación se antoja sumamente difícil, porque depende las capacidades históricas de las elites y que son sumamente limitadas. Y menos aún por la vía democrática, puesto que la fragmentación de los intereses y las visiones afecta a toda la sociedad civil y política y no parece existir la perspectiva de un proyecto político con la fuerza suficiente para ganar una mayoría electoral con visión de cambio. Entre otras cosas porque no se tiene dicha visión.

Así, la contienda política no enfrenta ideas, ni las propuestas son las que se necesitan para la solución de los problemas sociales. La reflexión y el pensamiento sobre los problemas del país se han abandonado en aras de un juego de imágenes y símbolos ligados al mundo del marketing electoral. La lucha por el poder se ha vuelto descarnada y cínica. Mezquina.

La alternancia en México abrió la posibilidad, por lo menos teórica, de Reformar al Estado para que, a la larga, sirva también para producir una realidad social apta para que las personas sean libres e iguales ante la ley y

ante las oportunidades de la vida social. Sin embargo, la práctica ha venido enseñando que todavía nos encontramos muy lejos de tal situación.

Las ideologías y los partidos políticos no ofrecen alguna certidumbre sobre el camino a seguir. La sociedad que se presenta ante nuestros ojos no contiene posibilidades claras para una vida libre, fraterna y justa. Los partidos políticos todos, no ofrecen mayor cosa para construir una sociedad diferente. No es casual que los partidos postulen candidatos con ideología similar. Y es que en el fondo de las propuestas de los partidos no hay nada significativo, más allá de la oferta de un futuro pendular, antes personificado por un solo partido, ahora por dos o tres.

Ya se ha visto cuán complejo es el camino y lo será todavía más conforme pase el tiempo. Pero con la argumentación desarrollada hasta el momento, espero que quede claro cuál es el punto fundamental del cual dependen todas las demás condiciones y requisitos para darle viabilidad a México: el enorme atraso, para enfrentar el mundo actual, de los Partidos Políticos mexicanos. Este, creo, es el aspecto menos atendido y más urgente de las llamadas reformas institucionales. ¿Cómo llevar a cabo las Reformas Estructurales que le den viabilidad al país? ¿Cómo llevar a cabo la Reforma del Estado que permita consolidar la democracia y dar certidumbre al derecho? ¿Cómo llevar a cabo la profunda Reforma Social que reclama una democracia moderna? ¿Cómo abrir, en fin, un futuro cierto y atractivo para los mexicanos en este mundo?

México, para ser viable, necesita que sus Partidos Políticos estén a la altura de la oportunidad democrática que han contribuido a crear, pero que, hasta ahora,



les queda muy grande. Para ello, será necesario construir una ruta de renovación cultural de la política, a la par del impulso inmediato de las reformas institucionales que permitan fortalecer al Estado, al gobierno y a los propios partidos.

Quizá debieran todos invertir en un rubro que hasta ahora resulta ser el mayor déficit de nuestra política: la formación política de la juventud. Basta ver la edad de la gran mayoría de los políticos, incluyendo a los guerrilleros, para darse cuenta del porqué la política sigue inmersa en el pasado.

¿Conservar a México como nación es una plataforma suficientemente atractiva para lograr el acuerdo entre sus fuerzas sociales y políticas? México tiene sólo una salida y está en las manos de sus Partidos Políticos: enfrentar el enorme reto de su destino compartido en México, en un mundo que, igualmente, tiene un destino común para su pluralidad cultural y política.

————— O —————

Desde hace años que las fuerzas representativas de los diversos sectores y grupos sociales no encuentran otro modo de ejercer su presencia que el acoso del adversario. La política se ha convertido en el arte de agruparse para intentar ganar espacios sobre la base de la derrota o reducción del adversario a cualquier costo, tanto a nivel del país, como en el interior de los propios partidos, grupos y subgrupos, hasta la náusea.

Frente a la alternancia competitiva para la administración de la riqueza de unos cuantos y la miseria de la mayoría, hace falta construir un régimen que también

logre la cooperación democrática con reciprocidad para el desarrollo nacional con justicia y equidad. ¿Para qué sirve la democracia competitiva entre las partes de un todo cuyos problemas superan las posibilidades de solución ofrecida por cada una de esas partes? Además, las bases de solución que todos aceptan, pero que nadie por separado es capaz de alcanzar, producen que el proceso resultante se convierta desde un principio en un torneo de simulaciones y de frustraciones.

En conclusión: la lucha por el poder, en la forma en que hoy se lleva a cabo, no responde a las necesidades del conjunto del país, dado que la solución de sus problemas de fondo exige que los avances democráticos se expresen, no en la competencia excluyente, sino en la capacidad creciente para orientar esa competencia, una vez terminada en las urnas, hacia la cooperación de las fuerzas y la reunión de los recursos a la escala de esos problemas.

Cabe entonces la pregunta: ¿Qué cambios hay que hacer en la política para que pueda ayudar a resolver el problema fundamental de México?

## **CAPITULO V**

### **LA CONSTRUCCIÓN DE UN NUEVO RÉGIMEN**

La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos ha sido el documento programático que ha guiado los esfuerzos nacionales para alcanzar la sociedad que represente los valores históricos por los cuales ha luchado el pueblo mexicano: soberanía, libertad, justicia y democracia, entre otros. Sólo que, para alcanzar tal estadio de desarrollo, el Estado se erigió por encima de la sociedad, en tanto encarnación revolucionaria de la voluntad popular. Con ello resolvió el problema de la autoridad, continuando las líneas fundamentales de la dictadura. Pero como surgió de una revolución que empezó con el lema del sufragio efectivo-no reelección, tenía que revestir ese carácter dictatorial con el rito de las elecciones, aunque estuvieran organizadas desde arriba. La autoridad revolucionaria con el tiempo devino en burocrática, y la presencia de los elementos populares en las instituciones también se volvió corporativa. La sociedad que se quiso justa, terminó siendo una de las más desiguales de la tierra.

Con todo y autoridad fuerte, la revolución jamás pudo resolver los problemas fundamentales de la mayoría de la gente. En los hechos se construyó un Estado débil en sus capacidades para promover justicia, derecho y desarrollo. El Estado permaneció deficitario respecto de sus mismos postulados. Quizá ahora en la democracia, se piensa, pudiera construirse la autoridad capaz de realizar el gran pendiente del Estado: la integración de la Nación con justicia y equidad.

La construcción de un nuevo régimen, democrático, exige la constitución, urgente, de una autoridad fuerte. Pero de una autoridad democrática, que sea la expresión de la voluntad popular, efectivamente.

¿Por qué ahora sí habría de ser factible? La respuesta no se encuentra en la economía ni sólo en la política, sino que tiene que ver con el conjunto de las posibilidades contenidas en nuestra organización social y, en la actualidad, con las posibilidades contenidas para nuestro Estado-Nación en el mundo globalizado.

### **El fin de un ciclo**

Para ello, México requiere urgentemente de un acuerdo político para llevar a cabo la Reforma del Estado. Sin embargo, hasta ahora no ha sido posible llegar a él. Por dos razones fundamentales: la primera, porque el entramado institucional promueve la polarización entre las fuerzas políticas, y segundo, porque esas mismas fuerzas han carecido de la capacidad para hacer los planteamientos de altura que permitieran romper la inercia del viejo régimen y para abrir el paso franco a la Reforma. Por tanto, se necesita avanzar previamente en un primer momento de la Reforma del Estado que sería el de la Reforma de las Instituciones políticas más directamente vinculadas con la forma del gobierno y encaminadas a fortalecer, desde su propio diseño, la búsqueda de los acuerdos. En otras palabras, que establezca una normatividad jurídica que haga obligatoria la toma de acuerdos conforme a criterios objetivos y no sea dejada al libre arbitrio de las fuerzas representativas, porque jamás se logrará de esa manera.

Recuperar el valor de la palabra, llamar a las cosas por su nombre para dejar atrás la cultura de la simulación, es quizá el primer paso a dar. Vayamos al fondo de las cuestiones vitales y fundamentales de México.

Sobre el mismo presente eterno de la discordia mexicana, alguna vez Antonio Caso aconsejaba que, “Cuando los asuntos y problemas sociales parecen no tener solución, es que las ideas solas no los pueden resolver. Se necesita de un acto de sacrificio...El problema social de México, como el de todas partes, es una cuestión moral”<sup>23</sup>

En política, lo sabemos, el sacrificio no es suficiente. Quizá podríamos pedir contención, sabiduría, generosidad, moderación y prudencia, en función del interés general, nacional o el bien común, pero como solicitud o convocatoria abstracta no pasaría de ser un simple llamado a misa.

Es sabido que, en gran parte, un problema se soluciona con un planteamiento correcto del mismo. ¿Cuál es el problema de México? No poder satisfacer las necesidades más elementales de la mayoría de sus habitantes y, en esa medida, no haber podido realizarse como nación soberana y orgullosa de sí misma. Vivir en el mundo como una nación melancólica y en perpetua adolescencia. Constituir, en síntesis, un territorio jamás conquistado para el bienestar y apenas utilizado como botín en la lucha por el poder entre sus elites dirigentes.

México tiene planteados problemas para los cuales sus fuerzas políticas no se encuentran a la altura para resolverlos porque, entre otras cosas, la salida del sistema anterior sin resolver la forma de la entrada a uno nuevo, los mantiene en la discordia exacerbada.

El sistema anterior contenía, como posibilidades propias, el desarrollo de la competencia entre partidos, el sufragio efectivo y, como posibilidad límite, a la alternancia. Pero la alternancia efectivamente cierra el ciclo de vida del viejo régimen, dado que el partido institucional pierde la presidencia, y se abre el ciclo de la construcción de un nuevo régimen.

Tan importante como las reformas estructurales para compaginarnos con el mundo globalizado, resulta el acuerdo para la reforma del gobierno que fortalezca nuestro pacto social e institucional.

¿De dónde puede venir la solución? Por supuesto que en gran parte depende de incorporar la ética a la política. Pero además, decíamos, se hace necesaria una norma democrática capaz de alcanzar la máxima autoridad jurídica para que obligue al acuerdo de gobernabilidad y al ejercicio de la política en el nivel que hoy llamamos de Estado.

En efecto, lo que hoy llamamos políticas de Estado no es otra cosa que la necesidad de adecuar nuestras instituciones para el logro de objetivos que rebasan los años de una administración. Por supuesto que no se trata de poner por encima de la democracia una supuesta autoridad de Estado, se trata de adecuar las instituciones para que, dirigidas democráticamente, puedan cumplir con objetivos que sólo se alcanzan con esfuerzos continuos (no monocolors) de 10, 20 o más años. Por ejemplo la pobreza, el empleo, la equidad, etcétera.

## La “parlamentarización” del presidencialismo

¿Cómo darle forma a las nuevas realidades políticas que aún no acabamos de asumir? Hoy ya vivimos bajo una forma presidencialista absoluta que se ha parlamentarizado, pero con la peculiaridad que la fuerza representada por el presidente es minoritaria en el Congreso.

Para fortalecer al Estado habrá que ir en la dirección de la democracia para la mayoría, es decir, que ponga por delante lo que hoy llamamos objetivos de Estado, lo que nos llevará, paradójicamente, a parlamentarizar nuestra democracia y a fortalecer nuestro presidencialismo, esto es, para resguardar al símbolo de la unidad básica del interés nacional en tanto vértice de las instituciones que puedan orientar sistemáticamente, pero también con democracia y equidad, la lucha permanente contra el atraso social.

### a) El problema de la gobernabilidad democrática

¿Cómo hacer política productiva entre los atribulados de siempre que seguimos siendo? Aquí nos referimos a muchos de los **elementos irracionales** que se manifiestan en nuestra vida política. Para sacar fuerzas de flaqueza, haré el símil de la adicción. El adicto, por medio del sufrimiento, llega un día en que toca fondo. En la ruptura de su alma se da cuenta que necesita ayuda. El sufrimiento de él y de los que le rodean le hace ver que necesita de su voluntad, la que se ha debilitado, pero a la vez forjado en el camino. Así construye los recursos que le permitirán salir del fondo: humildad para pedir ayuda y voluntad para salir por cuenta propia. Sin embargo, su compromiso consigo y con los otros, o con el otro, no puede ser abstracto, tiene que

referirse a un propósito y a una meta alcanzable. “Sólo por hoy”, repetido todos los días para renovar dicho compromiso le permitirán, si mantiene su fortaleza, dejar la adicción, aunque –y esto es lo fundamental para aceptar con humildad el carácter de su lucha—nunca deje de ser un adicto.

En el caso de México cambiamos y cambiaremos muchas veces, pero en el origen no dejaremos de ser quien somos. El ejemplo más reciente es la conquista, por medio del sufragio efectivo, de la alternancia en el poder, para muchos el ansiado final y para otros apenas el principio de la transición hacia una sociedad democrática.

En efecto, el sufragio efectivo se logró por una competencia partidista cada vez más cerrada, al interior de un régimen autoritario y patrimonial, que dejó abiertas las compuertas para dicha competencia, pero las cerraba al ejercicio práctico de la democracia en el resto de las esferas de la vida social.

Entonces, somos demócratas a fuerza, por el equilibrio resultante de una competencia cerrada, y no por el desarrollo de una cultura y una práctica de las fuerzas sociales o políticas organizadas y confrontadas con el sistema. Creo que fue Rafael Segovia quien llamó la atención sobre ese hecho, es decir, que la democracia se vivía en el ámbito del Estado y en el nivel electoral, pero que no había bajado a los sindicatos, las empresas y menos aún a las familias. Al llegar a la democracia por el camino de la competencia electoral, quedan pendientes los temas de la democratización del resto de las instituciones. Pero aún de las propias instituciones a través de las cuales se hace la competencia.



Así, demócratas porque no hay de otra, seguimos siendo atribulados por costumbre. ¿Cómo llegar a acuerdos entre atribulados? Nunca será, al parecer, por acuerdo, sino porque no hay de otra. Quizá, si tocamos fondo, nos queda el “sólo por hoy”.

La propuesta sería llegar a un pacto de adictos, antes que la ruptura de nuestra alma colectiva se exprese nuevamente en la aparición de la violencia fratricida, para construir una voluntad común orientada a dejar la adicción, aunque permanezcamos irremediablemente adictos. Un acuerdo voluntario, regido por una norma ética y jurídica, que establezca como requisito que, para poder gobernar, es obligatorio el acuerdo de dos fuerzas como mínimo. Se trata de ya no sacrificar al país en aras de una disputa política a puñaladas.

#### **b) Hacia un régimen semipresidencial democrático**

La Reforma que está madura en México y que ha sido propuesta por muchos, de una forma u otra, es la siguiente: conforme al resultado de las elecciones, se tendrán dos, tres o más fuerzas que se dividan el caudal de votos obtenidos. El ejecutivo nombrará a un jefe de gobierno con el objeto de que forme un gobierno que incorpore a las fuerzas que permitan hacer una mayoría en el Congreso. Será por supuesto una mayoría negociada. Ahora bien, como las fuerzas tienden a parecerse cada día más entre sí (dada la rigidez del marco estructural), no habrá problemas insalvables para hacer un gobierno PAN-PRD u otro PAN-PRI, o PRD-PRI, etcétera, con el juego democrático de otro u otros, de los ahora pequeños. El acuerdo para integrar un gobierno deberá expresarse en la composición del mismo. La separación de las figuras de Jefe

de Estado y de Gobierno puede dar pie a la integración más clara de gobiernos de compromiso, cohabitación o coalición, dado que uno y otro pueden pertenecer a partidos distintos.

Por supuesto que cabe la posibilidad de que dos fuerzas opositoras que logren mayoría se alíen contra la presidencia y provoquen una crisis de gobernabilidad. En ese caso podría caber la disolución del gobierno y la conformación de otro que expresara el compromiso entre la alianza mayoritaria y la gubernamental. Pero dejar abierta esa posibilidad, dada la historia política que tratamos de superar, no es nada aconsejable. Por ello, en caso de no producirse dicho compromiso, el gobierno se integrará con las personas propuestas por el ejecutivo y que correspondan a su fuerza representativa, más los que proponga el mismo ejecutivo al legislativo, de ternas de personas de reconocida capacidad profesional y probada honestidad. En ningún caso se llamará a nuevas elecciones.

Se dirá que en el caso de una coalición opositora mayoritaria tendrá el mismo resultado que no legislar al respecto, es decir, que daría lo mismo integrar un gobierno monocolor que otro plural, puesto que el desacuerdo sería entre ejecutivo y legislativo. Eso es cierto, pero el requisito para que el ejecutivo proponga ternas al legislativo no pasa sólo por la selección de las personas sino por el acuerdo en torno a la aplicación del programa de gobierno y de las leyes que se requiera aprobar. La negociación pudiera darse en buenos términos, o sólo en algunos temas. Eso ya sería bastante, pues modificaría el ambiente además de acortar algunas discusiones y diferencias innecesarias. En todo caso, cada uno de los partidos de la coalición opositora tendrá que medir ventajas y desventajas del alineamiento, ya con el ejecutivo, ya con la

coalición. Finalmente, de lo que se trata es de cerrar el camino a las diferencias infinitas y allanarlo a las coincidencias. Por ello la importancia de las otras figuras de la democracia, es decir, el referéndum, la consulta, etcétera.

También puede darse el caso de que, sobre una cuestión concreta, digamos la reforma eléctrica, las opiniones políticas se encuentren muy divididas y no sea factible arribar a un acuerdo; entonces se recurrirá a la opinión del Consejo Económico y Social recientemente propuesto por los tres partidos en el Senado y, si aún así, la opinión continuase dividida, entonces podrá acudir al expediente del referéndum.

Se trata de no reproducir el infinito expediente de las elecciones y de sancionar la fácil y falsa salida de la disolución de los compromisos. Por tanto, la fuerza que integre un gobierno y quiera salirse de él, tendrá la sanción de quedar fuera sin provocar mayores conmociones y la sociedad podrá garantizar su estabilidad con la opción de participar directamente sin las veleidades de los partidos políticos.

En fin, se trata de garantizar la necesaria conformación de acuerdos para gobernar y de obligar a la máxima rigurosidad en el ejercicio del gobierno y de las alianzas. Siempre se tendrá un recurso para neutralizar a las partes que quieran violentar la necesaria estabilidad e interés mayoritario. A los partidos gobernantes, al gobierno, a la oposición y a la sociedad civil.

Los partidos que quieran salirse de la coalición gubernamental no tendrán la posibilidad de provocar una caída del ejecutivo ni de convocar a nuevas

elecciones. Las alianzas tenderán a durar tres años, o bien en el caso de romperse, fortalecerán a la sociedad y al gobierno, o bien a la sociedad.

En todo caso, vale pensar una fórmula de integración de acuerdos de cara al electorado, expresado en responsabilidades concretas de participación en el gabinete, como una variante de la representación proporcional en el gobierno que no logre la mayoría absoluta y tenga que cogobernar con el Congreso.

Se trataría de establecer y sancionar la necesidad de que México necesita gobiernos que puedan lograr un mayoría institucional (gobiernos de coalición o compromiso), es decir, que mientras subsistan los grandes objetivos de Estado, como son la justicia y la equidad, será necesario integrar gobiernos de coalición o compromiso democrático entre dos o más fuerzas, con un programa de gobierno negociado en función del desarrollo económico, social y sustentable del país.

Por otra parte, la separación de las figuras de Jefe de Estado y Jefe de Gobierno crea mayores posibilidades para que dos de las grandes fuerzas establezcan compromisos que les permitan presentar desde el principio de la campaña electoral un Programa Común para un Gobierno de Coalición o Cohabitación, mucho más sólido que el resultante de un pacto entre adictos.

Una forma de gobierno de estas características permitirá darle flexibilidad a la gobernabilidad, por una parte, y continuidad a los objetivos de Estado, por la otra. Será una forma de cogobierno entre el ejecutivo y el legislativo, lo cual redundará en el fortalecimiento de los partidos políticos, y significará también un fortalecimiento del Presidente de la República quien, cual vértice del poder

que integra una sociedad moderna y tradicional a la vez, tendrá en sus manos mayores recursos para encabezar la lucha histórica del pueblo mexicano por alcanzar la justicia, la equidad y el bien vivir de sus personas. Cuando esta misma sociedad logre su integración plena en esos objetivos y valores, entonces será innecesaria la institución presidencial, aunque quizá pudiera permanecer como símbolo de la unidad democrática y justa de la nación.

Como puede observarse, tanto por el problema de la gobernabilidad democrática en condiciones de una competencia de tres o más partidos políticos, cuanto sobre todo, por los graves, profundos e inmensos problemas sociales de México, creo que el régimen más adecuado es el democrático semipresidencial. Sin embargo, dado el bajo nivel de desarrollo de los partidos, el predominio del pensamiento jurídico conservador, así como de la tentación para conservar el máximo poder posible de los candidatos a la presidencia para impulsar los cambios derivados de sus programas, el acuerdo que más probabilidades tiene para salir adelante es el del Gobierno de Gabinete.

Sustentado teóricamente por Diego Valadéz y otros juristas, junto con dirigentes políticos o corrientes importantes de por lo menos el PRI y el PRD, el Gobierno de Gabinete recoge buena parte de las propuestas que, no de manera tan clara, también han hecho algunos dirigentes del PAN. En caso de que esta propuesta se aprobara próximamente, significaría un enorme avance coincidente con quienes hacemos la propuesta del régimen semipresidencial o de plano parlamentario, como es el caso de los documentos programáticos del PRD y de otros autores destacados.

## **Reconstituir a la sociedad política y a la sociedad civil**

El Estado mexicano necesita reconstituirse en su sentido más amplio, es decir, como organización política de la sociedad. Cuando observamos que el alcance del Estado es sumamente limitado, constatamos también que la organización de la sociedad civil es todavía más reducida.

México tiene grandes capacidades y talentos en la ciencia, la técnica, la cultura y las artes, pero esas capacidades, individuales o institucionales no encuentran la forma para ser aprovechadas. Además de la fuga de cerebros, vemos también la sobreproducción de excelentes bienes subutilizados, sobre todo en el terreno de la información.

### **a) Crear el Consejo Económico y Social de Estado**

En esta perspectiva, muy afortunadamente se ha avanzado en el debate y el diseño que trata de la creación, en México, del Consejo Económico y Social de Estado. Inclusive en el Senado de la República se presentó la Iniciativa con Proyecto de Ley que crea el Consejo Económico y Social. En la exposición de motivos se explica que: “El reto más importante que tenemos en este momento, si queremos que el país se desarrolle y se reduzcan los niveles de pobreza, es superar los desacuerdos políticos, ideológicos y electorales, dando prioridad a las coincidencias que permitan los acuerdos que impulsen el desarrollo económico y social del país. Esta es la tarea fundamental de la Reforma del Estado, crear los mecanismos institucionales que incentiven la cooperación entre los partidos políticos, entre los poderes federales, entre los

tres órdenes de gobierno, con el único objetivo de impulsar las transformaciones que permitan establecer las bases de un México con mayor justicia social y con un crecimiento sostenido.”

Con ese sentido se propone el Consejo Económico y Social, similar al que existe en múltiples países, en las propias Naciones Unidas y en la Unión Europea, entre otros lugares. Entre sus funciones fundamentales estarían: “analizar los problemas generales de la situación económica y social del país publicando periódicamente informes al respecto; emitir resoluciones condensadas entre los agentes económicos más representativos con el fin de impulsar el desarrollo del país así como participar en el desarrollo y seguimiento del Plan Nacional de Desarrollo o de las políticas y programas que se deriven de éste; opinar e impulsar las reformas legislativas que considere necesarias; y, realizar estudios de largo plazo sobre la evolución de la economía mexicana”<sup>24</sup>

Muy acertadamente se propone explícitamente participar en el sistema nacional de planeación, pues en el mundo no se ha resuelto así en todos los casos. Creo que en México sí es necesario, por todo lo expuesto más arriba.

Infortunadamente la propuesta no abre paso a un Consejo autónomo y ciudadano. De manera inexplicable se introduce la representación del poder ejecutivo y del legislativo, además de la del Banco de México. Para colmo, el presupuesto del Consejo no dependerá de los recursos públicos sino de las aportaciones de sus integrantes. Con ello se abre paso en realidad a la mayor influencia de los poderosos, con lo que se pervierte el sentido básico de su creación.

Pero aún con las correcciones del caso, suponiendo que el proyecto no aborte, me temo que el Consejo Económico y Social, siendo necesario, no es suficiente para lograr el cometido de recuperar la cohesión social.

## **b) Planear el desarrollo**

Hemos visto como la mayor parte de los analistas y estudiosos coinciden en que el horizonte del desarrollo de México no es muy promisorio que digamos. A nadie conmueve esa realidad. Se trabaja políticamente como si las cosas fueran a durar eternamente. Estamos perdiendo un tiempo precioso y en realidad agravando el problema.

Parece que logramos la alternancia de la cual sigue la consolidación democrática. Más el gobierno no ha podido ni presentar ni procesar un proyecto viable. En la práctica no tenemos los elementos para cumplir con el libreto. Seguimos siendo los mismos y nos encontramos estancados.

¿Por qué no ha sido posible trabajar juntos por salvar a México de su mayor peligro que consiste en que los mexicanos no hagamos nada para salvarlo? No podemos nuevamente limitarnos a esperar la llegada providencial de otro líder carismático. Muy pronto se volverían a plantear los problemas del gobierno dividido. La solución tendrá que ser democrática, por más que la democracia nos queda todavía grande. Pero si una enseñanza nos deja la historia es que ninguna de las opciones de poder vertical, autoritario o dictatorial pudo hacer algo para el desarrollo de la justicia y la equidad.



Por tanto, un compromiso con la democracia es la única opción para hacer viable un compromiso con la justicia, la equidad y la viabilidad de México.

Desde el punto de vista **racional**, la cuestión parece simple. Si México fue capaz de firmar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá y con la Unión Europea y con tantos otros, ¿Por qué no las fuerzas políticas y sociales firman un Compromiso Histórico con México?

Dicho compromiso se podría plasmar en un Plan de Desarrollo de largo plazo, abierto a la alternancia democrática, pero bajo la responsabilidad del Presidente en turno.

Para los mexicanos la democracia no podrá ser plena en tanto el sistema de vida imperante genere desigualdad e injusticia; por eso la transición a la democracia estará incompleta mientras se mantenga en los límites de las elecciones y la representación política y no se convierta en el proceso de reforma social por la distribución equitativa de la riqueza y de los frutos del crecimiento económico, es decir, hasta hacerla una democracia plena fundada en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo, tal como lo establece la Constitución. La pobreza y la desigualdad, por definición, no producen sustentabilidad en el desarrollo.

Así, la democracia en México requiere que los objetivos del desarrollo nacional de mediano y largo plazo se sustenten en los criterios de un nuevo Estado, democrático y social, y no sólo de los gobiernos sexenales propios del Estado autoritario y centralista. Por ello resulta fundamental la discusión de una actualización constitucional en la materia, para darle vitalidad a las

aspiraciones históricas del pueblo mexicano, entre otras, la de la sustentabilidad del país para las próximas generaciones, y para planear el desarrollo a largo plazo a través de una política de Estado.

A mi juicio, la piedra angular de esta política de Estado la constituye precisamente un nuevo sistema de planeación que responda a los objetivos del proyecto nacional, entendido como los millones de proyectos de otros tantos mexicanos, en cuanto plan de desarrollo económico, social, territorial y sustentable.

El Plan Nacional de Desarrollo necesita elevar su carácter normativo y participativo para estar en condiciones de convertirse en instrumento rector de la actividad de los sujetos y las fuerzas modeladoras del espacio social. Hacerlo más participativo para el sector social, incluyente para el sector privado y obligatorio para el sector público.

Este nuevo sistema de planeación, en el que descansarán las políticas consensuadas y de largo plazo, es decir, de Estado, deberá resolver las limitaciones que tiene el sistema actual, entre las que podemos mencionar: la desarticulación existente entre las esferas de la planeación económica, la planeación del desarrollo social y la planeación del territorio; las visiones parciales de nuestra realidad, producto de la extrema sectorialización; la poca presencia de la diversidad cultural de nuestros pueblos en planes y programas; la formulación de políticas y estrategias inmediatistas y de corto plazo; la escasa participación social en la planeación y toma de decisiones; y, por último, la poca flexibilidad ante la nueva realidad plural en estados y municipios.

La participación social, la atención a la demanda, la programación municipal y regional a cargo de los propios municipios y regiones, junto al reconocimiento de las identidades diversas, verdaderamente federalista, y de una correcta política de descentralización, permitirán crear los cauces donde transite la movilización social a través de un sistema de planeación que otorgue viabilidad a México como una nación soberana, democrática y sustentable en largo plazo.

¿Queremos una nación para organizar una mejor vida en este territorio y participar en el mundo, o no? ¿Existen hoy los elementos para hacerlo? Quizá la generalización del acuerdo con el criterio democrático pueda ser suficiente. Un criterio que, aplicado con generosidad nos lleve al acuerdo a regañadientes, pero acuerdo al fin, y afinar la voluntad conjunta para impulsar a la patria querida por todos, pero no asumida por nadie.

Para que un compromiso de amplia visión pueda tener éxito debe fundamentarse en la necesidad ética y política de la colaboración y la cooperación de las diversas tendencias que forman el espectro político nacional, poniendo por delante los intereses de México. Para que dicha propuesta pueda ser creíble, debe proponerse conjuntamente y vincularse con la reforma que trascienda lo meramente electoral y le dé rumbo histórico al cambio. Al mismo tiempo, debe llevarse a cabo para que, en un sentido práctico, efectivamente se logre crear el marco institucional que permita la competencia electoral, por una parte, y por la otra, la integración de un gobierno de mayoría coherente y la cooperación entre fuerzas políticas distintas.

El llamado Proyecto Nacional, que no es otra cosa que hacer a México habitable para su gente de acuerdo a las decisiones abiertas a la pluralidad de sus diversas propuestas políticas, tiene como partidarios a la gran mayoría de los mexicanos. Eso es obvio. El Presidente de la República, el Congreso de la Unión, las Instituciones de Educación Superior, el Consejo Económico y Social propuesto, u otras instancias acordadas podrían realizar una síntesis de la visión del país en el mediano y largo plazo, con el fin de establecer los retos, los peligros y las oportunidades a las que se enfrenta, de tal forma que pudiera servir de base a la elaboración de los compromisos firmados por los Partidos Políticos y las principales organizaciones de la sociedad civil, y que a su vez diera forma al Plan Nacional de Desarrollo, asumido por el Estado y abierto a la alternancia democrática de los partidos en el gobierno.

La propuesta del Plan no se hace con la pretensión de volver a épocas pasadas de la planificación central o al estatismo burocrático. Su intención es sustentar el Compromiso político de largo plazo y, efectivamente, dotar de una dirección a los esfuerzos sectoriales, regionales y nacionales con el fin de aproximar el cumplimiento de las metas y objetivos establecidos en el Compromiso y en el Plan. Pero además existe otra intención quizá más importante. La movilización del país en torno a los objetivos comunes requiere la construcción de la institucionalidad social y territorial que la organice y otorgue la formación necesaria a los recursos humanos, haciéndose cargo de su educación y capacitación a una escala sin precedentes. El Plan sería, además de promotor de instituciones, organizador de las acciones, formador de capital humano y educador de las nuevas generaciones.

Se proponen en resumen, la promoción de los acuerdos y los compromisos, el fortalecimiento del Plan Nacional de Desarrollo, la creación del Consejo Económico y Social de Estado y también en las Regiones y, sobre todo, la formación de un gobierno fuerte, de coalición necesaria, sobre la base del fortalecimiento de la Presidencia como cabeza del Estado y del gobierno, delegando sin embargo a un jefe del mismo la función de integrarlo con la participación de una Cámara de Diputados fortalecida con la reelección de sus miembros, todo con el fin de apuntalar a la nueva autoridad democrática.

### **c) Fortalecer a la sociedad civil**

De igual manera, hace falta fortalecer a la sociedad civil, sobre todo en su representatividad sindical y empresarial. La integración de un Consejo Económico y Social sacará a la superficie el hecho de que nuestros sectores productivos se encuentran sumamente rezagados en sus organizaciones y en sus funciones de representación social.

Las cámaras, sindicatos y otros organismos empresariales tienen una muy reducida cobertura y alcance para sus empresas agremiadas. En todas existe una sobre representación de los más fuertes, en detrimento de las medianas y pequeñas. Y, con la supresión de la obligatoriedad de pertenencia la afiliación se ha reducido todavía más.

Por su parte, los sindicatos apenas cubren entre un 5 y 12 % de la fuerza de trabajo, según diferentes cálculos, y casi ninguno confiable.

Ambos fenómenos son propios del envejecimiento de un régimen corporativo que no supo renovar sus instituciones. No es previsible, por otro lado, que los trabajadores se adscriban a poderosos movimientos ideológicos que los lleven a integrar una o varias centrales fortalecidas en el corto o mediano plazo. El fenómeno es a la inversa: una tendencia creciente a la disminución de la capacidad de los sindicatos y a la dispersión de los trabajadores. Por ello, hace falta un esfuerzo unitario para reorganizar a la fuerza de trabajo en función de la única tarea previsible y que se puede acordar en común, es decir, el compromiso y el cumplimiento con el Plan de desarrollo a largo plazo, además de la participación en el Consejo Económico y Social.

Se requiere del fortalecimiento y la ampliación de los organismos sindicales y de las cámaras empresariales, tanto en su cobertura como en su representatividad, con el fin de ponerse en condiciones de trabajar de acuerdo a los compromisos y conforme al Plan. Muy probablemente se plantee la necesidad de la conformación de acuerdos plurisindicales, en un marco de plena libertad, con el objeto de encauzar, organizar y normar los esfuerzos de integración de ramas y cadenas productivas y de mejorar las condiciones de negociación de la fuerza de trabajo, tanto en las empresas y ramas como de su participación en el ingreso nacional.

Por último, el respaldo de un Plan Nacional de Desarrollo a largo plazo fortalecerá el proceso de organización del llamado tercer sector y se podrán racionalizar tareas de gran envergadura tales como la limpieza del agua, la recuperación de las cuencas hidrológicas, la asistencia de problemas de pobreza extrema, etcétera. Una visión aproximada de los puntos que podría contener el Plan se encuentra en el anexo de este libro, en la que reproduzco la

Carta Social de la Transición Democrática como un ejemplo de los vastos consensos que existen en la sociedad mexicana.

Ahora bien, mientras las reformas de las instituciones y de las políticas económicas y sociales surten sus efectos, ¿qué hacer con la participación y representación de los que hacen su vida al margen?

### **La participación y la organización de los más débiles**

De nada serviría el establecimiento de objetivos comunes y nacionales de desarrollo si se mantiene la misma política económica que los erosiona y los destruye. De ahí que sea necesario poner en sintonía la política económica con la política social y con los objetivos de reorganización de la sociedad política y de la sociedad civil, para encontrar en estos procesos de participación social un soporte fundamental del cumplimiento de los compromisos y el plan de desarrollo. En consecuencia, requisito indispensable para articular los esfuerzos racionales y encauzar la irracionalidad colectiva es la democratización de la política económica.

Además, aparte de la renovación unitaria de las organizaciones sociales y productivas de la parte formal del país, hace falta impulsar el proceso de participación y organización de la sociedad que se mantiene al margen y/o excluida, es decir, de la informalidad y de la pobreza extrema. Algunas medidas que se podrían tomar en ese sentido podrían ser, entre otras, la promoción del Acuerdo migratorio con los Estados Unidos; el fortalecimiento y la profundización estratégica del Acuerdo Nacional para el Campo; la organización en serio de los jornaleros agrícolas; el establecimiento del cuarto

orden de gobierno con el fin de fortalecer los gobiernos locales; la transformación de la Secretaría de Desarrollo Social en Secretaría de Desarrollo Humano y Solidaridad. (Es el colmo el destierro de ciertas palabras por razones políticas. Hay que recuperarla y darle todo su sentido). La formación intensiva de recursos humanos e institucionales para el desarrollo local; el impulso al trabajo cooperativo; el fortalecimiento de todas estas instancias y medidas en el Plan Nacional de Desarrollo; la formación de una Coordinación de Estado permanente para la atención y el seguimiento del desarrollo humano, la solidaridad y la integración nacional, encabezada por el Presidente, y con la participación de los demás órganos del Estado; y el fortalecimiento del servicio civil en estas áreas y la promoción de nuevas instituciones de educación e investigación en torno a los temas del desarrollo humano y la solidaridad.

¿Qué país queremos y cómo darle forma? ¿Cómo plantearse en el mundo de hoy la realización de un proyecto de nación que sea a la par un proyecto de participación en la remodelación de un mundo globalizado? Estas, que son las verdaderas preguntas, podrán plantearse en toda su claridad cuando logremos establecer el entramado institucional que le de sustento a la democracia y, como Estado al frente a la Nación, participar en la construcción de un nuevo orden mundial, más democrático y más justo.

### **Gobierno y Estado de Derecho**

¿Podemos los mexicanos diseñar y aprobar, entre nosotros mismos, un Tratado, Compromiso, Pacto o Acuerdo para el Desarrollo Social, Regional y Sustentable, con Justicia y Equidad, o como se le quiera llamar, con la misma



seriedad y rigurosidad con la que firmamos ya 11 tratados de libre comercio con 32 naciones?

Sé que a muchos la propuesta de construir acuerdos les parecerá ingenua o candorosa. Puede ser. Hasta ahora no hemos tenido Partidos ni ambiente para pactar, ya no digamos una nueva Constitución o para impulsar la Reforma del Estado, ni siquiera para las llamadas Reformas Estructurales o bien para las institucionales. Ciertamente, no creo que estemos a la altura del nuevo pacto social. De inmediato surgirán las voces que dirán: ¿Cómo un pacto, si no se han resuelto los crímenes de la guerra sucia, los magnicidios, la corrupción, etcétera?

En las circunstancias actuales, nadie tiene autoridad para hacer valer los acuerdos. De ahí que lo primero sea lo primero. En nuestro caso, tanto para juzgar los crímenes del pasado, la corrupción histórica y actual, etcétera, se necesita de fortalecer al Estado de Derecho, sobre todo en su capacidad para aplicar la Ley. Si no hay esa capacidad, todo, desde las averiguaciones previas o la elaboración del más mínimo reglamento, se politizará de inmediato y tendrá costos electorales.

No basta entonces el acuerdo ético con el Estado de Derecho, ni tampoco es suficiente la segunda vuelta electoral para fortalecer la legitimidad del Presidente; hace falta además que, por lo menos, dos de las tres fuerzas más importantes del país se comprometan en las medidas necesarias para la aplicación de la Ley. Con ello, la perspectiva que se abre es que, de inmediato, no serán sólo esas dos, sino todas, las fuerzas políticas que se interesarán en la consolidación del Estado de Derecho en la democracia.

De nada nos serviría el mejor Plan de Desarrollo a largo plazo si no existe la autoridad que lo haga salir adelante. Si el país llega a diseñar sus objetivos de desarrollo, el gobierno tiene que ser el depositario de la fuerza suficiente para llevarlo a cabo.

Así, el fortalecimiento de los gobiernos democráticos, mediante la formación de mayorías institucionales, es la asignatura principal en el camino de la consolidación de la democracia. Y, en las condiciones históricas y políticas de México ello sólo se podrá lograr con gobiernos de compromiso para compartir el poder, cooperar para el desarrollo y, en su caso, para pagar los costos de las medidas necesarias para la mayoría y el largo plazo.

La solución racional es sencilla. La democracia requiere de la cooperación de dos o más de sus fuerzas fundamentales para llevar a la práctica lo que todas dicen querer: un gobierno de leyes y no de caudillos. En dos palabras: Estado de Derecho y Gobiernos con autoridad política que, necesariamente tienen que ser, gobiernos de coalición o compromiso.

¿No podemos fijarnos el objetivo de erradicar, por ejemplo, la pobreza extrema en 30 años? ¿Es mucho pedir a las fuerzas económicas, sociales y políticas organizadas un Programa Nacional de Empleo? ¿Es demasiado para nuestra creatividad política construir las viviendas que se necesitan, alimentar nutritivamente a nuestros niños, y muchas cuestiones más que cualquier ciudadano sabe que hacen falta y aspira y sueña con un México que pueda hacerlo?

México no nació para grandes hazañas. Hagamos con sencillez lo que nos corresponde. Sólo se necesita voluntad política con autoridad y fuerza suficiente. Ese es el verdadero consenso, es decir, que para ello no sólo hay consentimiento, hay exigencia. ¿Será factible?

## CAPÍTULO VI

### MÉXICO 2007: UNA COYUNTURA ESTRATÉGICA

La sucesión presidencial de México en el 2006 se decidirá entre las tres fuerzas políticas principales. Por ello, ninguna de las opciones se plantea ganar la mayoría sino el tercio mayor. En consecuencia, las contradicciones entre la realidad política y el viejo diseño institucional, se verán profundizadas. Pero también el momento será muy favorable, y crucial, para llevar a cabo las reformas institucionales.

Ahora bien, dadas las características del gobierno de la alternancia a la deriva, cualquiera de las fuerzas puede ganar y todo dependerá de las capacidades políticas, de las alianzas y de las campañas electorales.

De ahí que exista la posibilidad de que, con respecto a las reformas institucionales, éstas se pospongan nuevamente, o bien se lleven a cabo desde una visión de corto plazo, con el único fin de darle funcionalidad al gobierno. Eso ya sería ganancia. Pero también se puede abrir la oportunidad para plantear que, esa mayor funcionalidad, sirva para emprender la gran tarea de impulsar una nueva etapa de desarrollo de México con justicia y equidad.

Efectivamente, hacer a México una tierra apta para el bienestar y la felicidad de sus habitantes y, con esa intención, participar en la construcción de un mundo mejor, requiere de un gran esfuerzo de la sociedad organizada políticamente. Ya se ha dicho que tal obra sólo puede ser producto de una

generación, pero también de la capacidad para poner al mando del Estado a la voluntad reformadora de la sociedad.

Las probabilidades para ello serán mayores en los primeros dos años del nuevo gobierno. Claro que todo dependerá de que el candidato que gane las elecciones lo proponga en su programa de gobierno para que después, ya en el cargo de Presidente, pueda negociar con las otras fuerzas los alcances de las reformas.

Aquí cabe señalar que los precandidatos de la izquierda son más presidencialistas que los demás. Conciben la salida del actual estancamiento económico y político a través de un Presidente que, a partir de una relación genuina con el pueblo, pueda pactar con las demás fuerzas, pero en torno a ese programa que se encargará de conducir al pueblo hacia mejores niveles de bienestar. Por consiguiente, el problema no radica para ellos en la reforma del gobierno, sino en el uso justiciero del poder constituido históricamente con los principios de la lucha revolucionaria del pueblo, pero pervertido por los malos gobernantes.

Pero los otros candidatos también muestran inclinaciones sumamente conservadoras. Conforme al viejo dicho de que no se compone lo que no se ha roto, reducen la mira al pragmatismo propio de la mezquindad de la pequeña política.

Así, los cambios políticos han provocado que el anterior sistema se vuelva sumamente disfuncional. Las reiteradas controversias constitucionales han sido una prueba de ello. Realmente se necesita de una nueva Constitución. Esta

propuesta, por cierto, la hicimos un grupo de amigos desde 1988 y planteábamos que ello abriría paso a una Nueva República, en el sentido de otorgarle un sentido fundacional, dado los resultados político electorales de ese año.

Desde entonces ha quedado claro que los partidos políticos, en tanto sujetos llamados a impulsar los cambios políticos, no han sido capaces para darles a éstos la altura de miras y la formalidad constitucional necesarias para fundar un nuevo régimen político democrático en México.

La ruta que se ha abierto es la de los avances y retrocesos a cuentagotas y la del debilitamiento gradual de los actores políticos. En tal contexto y con tal inercia, parece que no será posible llevar las propuestas al plano de la discusión de una Nueva Constitución. Sin embargo, quizá sea factible impulsar la vía de la construcción de las negociaciones y de los compromisos democráticos, de una manera gradual.

### **Por un nuevo compromiso histórico**

Por mí parte pienso que se pueden crear las condiciones para otra posibilidad, quizá sumamente ambiciosa, pero que atienda a un hecho esencial: México tendrá nuevamente, en el 2007, la oportunidad de plantearse el fortalecimiento de su viabilidad como nación soberana, con la capacidad para decidir su destino e influir en el mundo conforme a su propia visión e interés.

Para ello se requiere de un nuevo compromiso histórico con México a partir de los valores fundamentales en los que existe un amplio consenso en la

sociedad: la libertad, la soberanía, la justicia, la democracia, la equidad, la sustentabilidad y el bienestar, entre otros.

Esta es la gran oportunidad que se producirá en el México del 2007.

La cuestión principal a resolver para abrirle paso a esta oportunidad es el fortalecimiento de las capacidades del Estado, sobre todo de dirección política, de gobernabilidad y de gestión económica y social.

El reto es enorme. La acumulación de los problemas del país ha rebasado con mucho sus capacidades políticas. Así, los problemas principales de México no se resuelven y otros sólo se atienden con graves y crecientes deficiencias, o simplemente se postergan.

México necesita crecer a tasas elevadas en su producción nacional, durante muchos años, para estar en condiciones de resolver los problemas fundamentales de su gente: alimentación, empleo, vivienda, salud, educación, migración, etcétera.

Dadas las condiciones de la economía mundial, este objetivo, y los que de él se derivan, aparecen sumamente complicados. Sin embargo, desde el punto de vista nacional, sus probabilidades serán mayores, cuando las elites encuentren las formas para impulsar los acuerdos nacionales e internacionales que permitan el flujo de recursos financieros, políticos y sociales que promuevan la inversión de capitales, los respaldos financieros, el trabajo productivo y el entusiasmo popular. Jamás serán alcanzables por los actores que, en el seno del régimen político existente, privilegian la competencia entre los partidos dentro de un

sistema concentrador y vertical, lo que, además de polarizar las posiciones, corresponde a la aspiración de sólo una parte de la sociedad moderna, cuando lo que hace falta es, además del reconocimiento de la democracia como competencia, la colaboración entre las partes para la incorporación de la sociedad tradicional y la reforma social y democrática del Estado.

El compromiso histórico, sin embargo, tendrá que hacerse en el marco de las reformas institucionales para que sea creíble, funcional y sea apoyado.

La separación de las figuras de Jefe de Estado y Jefe de Gobierno tiene la cualidad de crear, alrededor del Jefe de Estado, con la sociedad política y la sociedad civil, el espacio que permitiría establecer los Compromisos y diseñar el Plan y las políticas de largo plazo.

En esas condiciones, el Jefe del Estado puede convocar al compromiso histórico, además de conformar, con el Jefe de Gobierno, un gabinete de compromiso para el logro de los objetivos de Estado, desde el gobierno.

La necesidad del país, desde esta perspectiva, es clara: necesitamos hacer lo que nadie por separado puede, pero que entre todos, o la mayoría, sí podemos: un compromiso entre las y los ciudadanos, las organizaciones sociales y políticas, para resolver el problema fundamental de México: trabajar en común, con nuestras coincidencias y diferencias, en el bienestar de los mexicanos y la prosperidad de la Nación.

Para el año 2007 podría ser factible impulsar en la sociedad mexicana la firma de un Compromiso que abarque el tiempo de una generación, es decir, a 30



años, como la medida para impulsar un esfuerzo nacional orientado a resolver los problemas fundamentales y a darle nuevamente viabilidad a la nación en el mundo. Un compromiso histórico, asumido por esta generación para con la siguiente. Un compromiso político y ciudadano que, a su vez, sea también asumido por las organizaciones sociales, los partidos políticos y un gobierno nuevo y reformado, que garantice la aplicación de ese Compromiso.

Con la democracia se ha abierto una gran oportunidad: México puede dejar de ser lo que desde su nacimiento ha sido, un país de enormes desigualdades y de mayorías sumidas en la pobreza. México necesita de un compromiso de sus ciudadanos, de sus partidos, de sus empresarios, de sus trabajadores del campo y la ciudad, de sus maestros, de su jóvenes, con el fin de incorporar al trabajo decente y a la vida digna a la enorme mayoría de la población que son los trabajadores sin seguridad social, los emprendedores de la economía informal, los migrantes y los abandonados por ellos, los campesinos parcelarios y los ejidatarios, los pobres de las ciudades y del campo, pero requiere que dicho Compromiso se eleve al máximo rango. Por ello se propone que sea rubricado con la presencia y el protagonismo de las y los ciudadanos y con el sello de fraternidad y confianza que toda empresa común requiere.

México necesita de una nueva conciencia que le abra paso a otra forma de organización política que no le de la espalda a la nación y que se ponga al frente la preocupación de sus ciudadanos. Esa nueva conciencia ya existe pero todavía no puede expresarse con toda su fuerza en los partidos y las organizaciones tradicionales. Ésta conciencia existe en muchas de las

personas que, impotentes, se indignan por no encontrar respaldo a sus mejores esfuerzos individuales y para con México. En los corazones de muchas personas, ciudadanas y ciudadanos que, a pesar de todo, han logrado su realización con profundo amor a su patria, se encuentra el sentimiento que permitirá la emergencia y maduración de esa nueva conciencia, capaz de actuar a favor de un México nuevo, a partir de la solidaridad entre los mexicanos y del compromiso con este territorio que los vio nacer.

La oportunidad es extraordinaria para generar el entusiasmo por construir una nueva sociedad en México y en el mundo, que permita a sus individuos disfrutar de su existencia y ejercer su libertad para la dicha de ellos mismos, sus seres queridos, su patria y el planeta mismo. La libertad, la justicia y la fraternidad, son los valores fundamentales que pueden guiar la acción colectiva y cimentar la construcción de esa nueva sociedad.

Una de las metas principales debe ser la creación, en un horizonte de treinta años, de 40 millones de empleos y oportunidades productivas, es decir, un promedio de 1.3 millones de ocupaciones anuales, como principal indicador de un conjunto de acciones de políticas públicas e iniciativa privada y social, encaminadas a darle viabilidad al país. En otras palabras, se requiere de mayores inversiones, negociaciones de deuda, mayores tasas de crecimiento, mejoras en la competitividad, profundas reformas en educación, trabajo, seguridad, salud y, sobre todo, la reforma fiscal, capaces entre todas de realizar un objetivo mínimo: el establecimiento de un piso social básico de bienestar y dignidad para todos sus habitantes.

El compromiso histórico se puede plasmar en un Plan de Desarrollo de largo plazo, abierto a la alternancia democrática y bajo la responsabilidad del Presidente en turno.

La democracia en México requiere que los objetivos, estrategias y metas de mediano y largo plazo se sustenten en los criterios de un nuevo Estado, democrático y social, y que no sólo se limiten a los períodos de los gobiernos sexenales propios del Estado autoritario y centralista que debemos dejar atrás. Por ello resulta fundamental la discusión de una actualización constitucional, para darle vitalidad a las aspiraciones históricas del pueblo mexicano, entre otras la de la sustentabilidad del país para las próximas generaciones, y para planear el desarrollo a largo plazo a través de políticas de Estado que sean integrantes y obligatorias de los planes de gobierno.

México necesita recuperar la capacidad productiva de su economía, mantener la gobernabilidad democrática, hacer justicia en la sociedad, tanto la distributiva como la jurídica y de seguridad pública, pero sobre todo, necesita abrirse al futuro y promover la participación de la juventud en la construcción de una esperanza y una certidumbre para el país, y para su propio futuro.

México hoy no ofrece una certidumbre al futuro de sus jóvenes. La causa es muy simple: México carece también de certidumbre sobre su propio futuro. Por ello, el compromiso histórico debe ser al mismo tiempo un compromiso generacional, para que desde ahora la juventud se incorpore a la reconstrucción del futuro de México y, con ello, construya también su propio futuro.

## **Un compromiso para revitalizar la política**

En México, como en casi todo el mundo, se produce el fenómeno de que las ideologías han dejado de ser operantes en su función de encausar la contienda política. Nos hemos perdido en nuestro propio destino y no alcanzamos a comprender el destino del mundo. ¿Qué queremos? ¿Cuáles son las grandes coordenadas del pensamiento político mexicano? ¿Qué lugar tiene la responsabilidad sobre el país y el mundo en el seno de las vertientes del pensamiento político mexicano?

¿Qué tienen que ofrecer hoy las ideologías al destino de México? Nacionalismo, liberalismo, socialismo, democracia cristiana, etcétera, parece que ofrecen poco, por lo menos en la voz de sus representantes políticos, quienes han terminado por abandonar la responsabilidad por traducir principios, doctrina y programa en una propuesta viable para México y se han conformado con mantener a sus partidos en su función más elemental y pragmática de medios de acceso al poder.

Por ello, la discusión sobre los fines y la moderación de las diferencias para encontrar espacios de acercamiento, sería un objetivo loable de un encuentro del pluralismo mexicano en el camino de diseñar el compromiso histórico.

Los mexicanos tenemos que aprender a decidir nuestro destino, tomando en cuenta el conjunto de las condiciones de nuestra existencia. Se trata de un problema de política social y humana, cuya solución depende de dar a cada persona y grupo social el lugar que le corresponde. Tenemos que aprender a escuchar a todos, con respeto y con sabiduría. Tenemos que ser lo que

podemos ser: los constructores de nuevas perspectivas, los portadores de una nueva conciencia en México para construirlo justo y democrático, con la sabiduría que deviene de un nuevo tipo de acercamiento con los demás, ya no con resentimiento y desconfianza, sino con un espíritu abierto al diálogo y al reconocimiento de nuestras diferencias, en el contexto de nuestro destino común con la sociedad mundial en el orden planetario.

La plataforma para un destino común (el compromiso histórico) tiene necesariamente que basarse en la cooperación de la diversidad (pluralidad) social: religiosa, filosófica, política, étnica, lingüística, ideológica y cultural que subsiste en nuestro país.

De ahí la importancia de seguir abonando el terreno para el diálogo que se ha ido abriendo paso, en medio del conflicto que ha caracterizado el encuentro de nuestra diversidad. Se trata de hacer del diálogo, en nuestro pluralismo, un acontecimiento a la escala de la política social y humana, cercano a la ética y a la moral públicas, con el fin de mejorar las condiciones a la política de los partidos y las agrupaciones políticas. Se trata en fin de ampliar el terreno del diálogo intercultural, porque sabemos que cada vez más nuestro destino particular depende de nuestro destino común.

Así, con la certidumbre de que es factible orquestar un esfuerzo nacional, sobre la base de profundizar el proceso de transición a la democracia plena, pienso que vale la pena impulsar el diálogo del pluralismo mexicano para aportar ideas y soluciones a los problemas de nuestra convivencia civilizada y que sirva también para construir el mejor ambiente que permita, a nuestros representantes políticos, llevar a cabo la construcción generosa y democrática,

del compromiso histórico y, con él, del nuevo régimen político y de convivencia que México necesita para apoyar las soluciones de fondo de su sociedad.

El compromiso, en tanto que principio de un camino de desarrollo democrático, tendrá que ser producto del diálogo y el debate de todos, abierto a la posibilidad de asimilar las diversas propuestas que surgen de la participación social. La unidad de la Nación ya no es la mascarada o la responsabilidad de un partido político o de una sola institución estatal; ahora deberá ser producto del consenso unitario de todas las partes y de la renovación democrática de la política, la gestión y la administración públicas.

### **Ampliar los horizontes de la reforma del Estado**

La nación mexicana, para su desarrollo necesita de la contribución democrática de las propuestas provenientes de la reivindicación y la organización de los trabajadores, las clases populares y medias, de los empresarios innovadores, para llevar adelante sus propuestas de emancipación. Necesitamos de una democracia que perfeccione formas, reglas y procedimientos, pero que vaya más allá, es decir, a la capacidad de organización y de alternativa de los grupos sociales cuya influencia en los medios de poder político y económico es todavía reducida.

La historia de México es en gran parte la historia de la construcción de una sociedad sumamente desigual y empobrecida, y de un Estado que dice luchar contra la pobreza en el discurso, para lograr, con la exclusión de la mayoría, la reproducción ampliada de la miseria. Por ello, los problemas de la

desigualdad, la marginación y la polarización en la economía y la política, no se resuelven con una reforma del Estado que se limite sólo a la formalidad de los poderes y procedimientos del Estado liberal, o a las alternativas de política económica, sino que requiere transformar de raíz la forma histórica y social, cultural, de un Estado paternalista y patrimonialista que todas las clases y grupos sociales, en su desenvolvimiento histórico, han contribuido a configurar.

El problema de la reforma del Estado es sumamente complejo. La razón principal radica en el carácter pluriclasista de su composición y la conciencia sumamente parcial y limitada que tienen los grupos dirigentes sobre el los temas fundamentales del desarrollo humano, social y sustentable del país. Se trata de la alianza de las clases y grupos sociales que han logrado un cierto estatus, a costa de un enorme mar de miseria y abandono en que habitan las tres cuartas partes de la población que no participa de las prestaciones y beneficios que derivan de la cobertura institucional del Estado.

Estos grupos organizados que participan en el Estado no tienen un proyecto alternativo que verdaderamente incorpore al resto. Quieren hacerlo al interior de la forma prevaleciente, es decir, manteniendo las mismas funciones ideológicas que genera la forma de la dominación.

Por tanto, un aspecto central de la reforma consiste en abrir y encauzar la reivindicación profunda de la sociedad o, en otras palabras, plantear la construcción de una nueva sociedad democrática a partir de los sujetos propios de la vida social y no sólo de las representaciones políticas. Los problemas son, antes que nada, de los propios grupos sociales, cuya solución no depende

del asistencialismo, o que funcione el sector moderno o el exportador, sino de cómo funciona, para sus fines de bienestar social y vida digna, el poder político y económico y cómo se puede influir en éste para configurar un tipo de sociedad distinta, local, nacional y globalmente.

La perspectiva es consolidar la democracia como modo y forma de gobierno, pero además, busca la evolución de la misma democracia como forma de representación y de participación, capaz de ofrecer medios para la distribución de la riqueza y el uso equitativo y común de los recursos productivos, naturales y sociales, para el imperio, no sólo de la ley como igual para todos, sino de las condiciones básicas de la vida, iguales para todos.

En otras palabras, no sólo completar la democracia para aminorar su imperfectibilidad como modo de gobierno, sino coronarla en su vocación de igualdad de los hombres, no sólo ante la ley, sino ante las condiciones generales de la existencia humana.

Estando de acuerdo en el desarrollo de las formas de convivencia civilizada, se trata de hacer posible la reforma social para garantizar el bien vivir de la sociedad; se trata de elevar la conciencia para la apropiación social de las fuerzas productivas, de las fuerzas de la ciencia y la tecnología y de la vida asociada local, nacional y globalmente.

El gran reto consiste hoy en organizar, en la democracia, la participación de la sociedad, y no sólo la de los excluidos del desarrollo, para que por medio de su actuación efectiva y de su organización propia, puedan transformar la sociedad con justicia y equidad.



Los problemas para la democracia son entonces aquellos que tienen que ver con la organización de los grandes grupos sociales y la apertura y elevación de la discusión para las mejores alternativas y soluciones. Se trata en una palabra de construir los bienes públicos para incorporar al conjunto de la sociedad a las decisiones humanas. Y ello exige de una perspectiva global, es decir, del buen uso de los bienes y recursos existentes para hacer de la vida en México una vida digna de ser vivida.

La propuesta cabría en un enunciado: más democracia formal, cultural y sustancial, como producto del desarrollo de la participación de la sociedad, local, nacional, regional y mundial, para apropiarse de las capacidades productivas de la era planetaria y ciberespacial, con el objetivo de crear las condiciones de igualdad básica que permitan aprovechar la plenitud de la vida a la sociedad y a los individuos.

En un mundo en el que las instituciones pierden credibilidad, en el que la política, los políticos y lo público sufren el desprestigio constante de la corrupción, la ineficacia y la burocracia y en el que la democracia, la libertad y la solidaridad aparecen como conceptos carentes de significado, enfrentamos el reto de diseñar un programa y una ruta a seguir para lograr una sociedad realmente justa, solidaria y libre, que participe en política y genere confianza en las instituciones que la representan. Por ello, la propuesta del Compromiso debe contribuir a que la política vuelva a ser valorada como un medio eficaz para cambiar las cosas.

La globalización debilita al concepto de Estado-Nación y lo obliga a ceder aspectos o partes de su poder a instancias superiores, pero también a

estructuras inferiores. Esta transmisión inferior del poder estatal hace factible una mayor cercanía a la sociedad. El Estado debe ceder el control de los asuntos concretos, a la vez que debe pugnar porque las cuestiones que tienden a desbordarlo, permanezcan en instancias y estructuras democráticas, controlables por los ciudadanos.

La organización múltiple y diversa de la sociedad civil representa mayores posibilidades para la democracia participativa, complementaria a la necesaria actualización de las estructuras hoy sumamente rígidas de los partidos y los sindicatos. La construcción de un tejido de redes organizativas y comunicantes en la sociedad puede favorecer también la formación de una opinión pública crítica e informada. Por ello, se debe impulsar la cultura participativa, poniendo especial interés en los movimientos de la juventud, la mujer, la ecología, y la solidaridad, en tanto que representan la aspiración vital hacia una nueva sociedad.

### **Un nuevo México de ciudadanos**

Las personas y los ciudadanos nunca han llegado a ser tales en la historia política mexicana; sus derechos han sido usurpados en favor de camarillas que son las que administran a las organizaciones reconocidas por el Estado. Se trata de la continuación de una herencia del patrimonialismo que establecía la cadena de favores reales y la capacidad de hacerse acreedor a ellos. Eso pervierte hasta la médula a las organizaciones, las que se comportan como repartidoras de favores y cuotas de poder entre los grupos y subgrupos administrados. Así, el ciudadano se domestica en un sistema que lo obliga a

hacer política en función de la cadena de transmisión que, de una u otra manera, llega hasta el Presidente, pasando por todos los poderosos o influyentes, en cada uno de sus eslabones.

Por tanto, la cuestión política para los ciudadanos aparece como adivinar, primero, y establecer, después, una línea de transmisión con el poder del presidente, en tanto cúspide del otorgamiento de favores, licencias y perdones.

Ahora, por primera vez en su historia, México tiene, con los avances democráticos, la gran oportunidad de lograr un pacto social que reconozca y de cabida a todos sus integrantes y no sólo a los más fuertes o a los triunfadores de una revolución o un enfrentamiento fratricida.

México necesita del compromiso de su gente, en el sentido de estar dispuestos a ceder en algo para alcanzar una satisfacción en el interés general, bien común, medio ambiente, seguridad pública, o simplemente una mayor certidumbre de su vida y su futuro.

La historia de México, hasta ahora, ha sido la historia de los enfrentamientos entre sus clases y grupos sociales a través de la violencia y de la imposición, por los triunfadores, de una autoridad fuerte, que gobierna y ejerce el poder sólo para una coalición parcial, dejando de lado a la inmensa mayoría de la sociedad. Por ello, el desarrollo económico, social, político y cultural se ha producido para una pequeña parte de la población.

México es entonces un mosaico de realidades, en el que domina la sociedad moderna, pero en el que es mayoría la sociedad de la pobreza. Ese es nuestro folclor vivo, nuestro producto de exportación principal y nuestro mayor dolor.

Los avances democráticos representan una gran oportunidad para sustentar la democracia y la vida civilizada a largo plazo, y no se enfrasque en una nueva contienda interminable e ilusoria, que termine en una regresión histórica o en una lucha fratricida que rompa en pedazos lo que nos queda de nación.

Para ello se requiere del compromiso democrático, para que estén representados los intereses de las mayorías y minorías, sociales y políticas. Se requiere, además que dicho compromiso pueda construir la autoridad suficiente para salir adelante y la democracia no sucumba, por incapacidad. Se trata de impedir el regreso a otro tipo de solución autoritaria que, resolviendo el problema del poder, no resuelva el problema social y, por tanto, vuelva a postergarlo.

Se trata, en síntesis, de plantearse que hoy es factible un esfuerzo histórico y generacional que impida la ruptura de México y que, por el contrario, le abra perspectivas a la realización de la misión mexicana en el mundo: tan sencilla como la de hacerse cargo del bienestar de su población.

El nuevo Estado democrático necesita resolver los problemas sociales mediante una nueva política de inscripción plena en la globalización y a través de la apertura a la colaboración de las fuerzas internas y externas. Mientras subsistan los problemas del atraso, la democracia estará en peligro de ser nuevamente superada por otras propuestas de orden carismático o autoritario,

cuyo fundamento se encuentra en la sociedad atrasada y desigual. Por ello, la solución de estos problemas significa crear las condiciones necesarias y suficientes para el sustento de la democracia.

Y mientras la sociedad atrasada siga dando la pauta y no se logre una propuesta nueva, lo que en los hechos sucederá será la desintegración de México. Por ello, el problema principal consiste en promover una nueva política apta para la cooperación democrática en el nuevo mundo planetario con el fin de alcanzar justicia.

México necesita dejar atrás la visión patrimonial del poder, que sólo provoca divisiones ideológicas artificiales y que en la práctica se apoyen las posiciones más atrasadas, verdaderamente reaccionarias, de la vida social y política, representados por los usufructuarios del viejo régimen, es decir, la burocracia que vivía de los privilegios de un estatismo exacerbado.

La defensa de la soberanía para el país no estriba en la defensa de una “nación” que se encuentra rebasada en el mundo, sino en el fortalecimiento de la capacidad de gestión social, económica y política de un Estado que se hace cargo de la nación, para la satisfacción de las necesidades básicas de los mexicanos.

Por ello, más que defender las formas de propiedad que justifican un régimen corrupto y en descomposición para beneficio de una parte, resulta necesario racionalizar de la explotación de los recursos naturales para el beneficio sustentable de los mexicanos. Los recursos deben ser para mejorar la vida de

la población dentro de un Estado democrático y social fuerte y de una nación soberana, porque ese Estado sabe mantener a su población en la dignidad de la vida, y no porque esos recursos sirven a una casta para reproducir su dominio sobre el resto de la población, a costa de su bienestar y de la propia soberanía.

La soberanía, la más alta expresión de la libertad de un pueblo, se sostiene en la fuerza y en la capacidad de la propia Nación para organizarse como Estado. De ahí que el problema fundamental de la soberanía mexicana depende de la capacidad de la democracia mexicana para fortalecer, con el pueblo, organizado como ciudadanía, las capacidades soberanas de la Nación en el mundo.

Los cambios en México a raíz de la alternancia y del inicio de una nueva era en el régimen político mexicano, la apertura de la economía y la inserción diferente de México en el mundo sobre todo a partir de la firma del Acuerdo de Libre Comercio con los Estados Unidos y con Canadá, y las profundas transformaciones a partir de 1989, con la terminación de la rivalidad bipolar, obligan a poner al día la política exterior del país. Para ello, y en eso sí existe un consenso aún entre nacionalistas y neoliberales, habrá que avanzar en la construcción de una nueva relación estratégica con los Estados Unidos, a la par que establecer un equilibrio o contrapeso a esa relación, a través de un mayor activismo y un mayor compromiso mexicano en el ámbito multilateral y regional, a través de la participación en Naciones Unidas y, particularmente, en los organismos regionales de América Latina. Para ello, habrá que coadyuvar en el diseño una nueva arquitectura legal internacional capaz de

sustituir al sistema internacional fundado después de la Segunda Guerra Mundial.

Lo más difícil estriba en acompasar los cambios internos con obligaciones externas, de tal manera que los cambios internos se fortalezcan y se potencien. Una nueva vinculación de México con el mundo debería hacer posible acelerar los cambios internos y volverlos irreversibles.

## EPILOGO

El compromiso histórico puede producirse por agotamiento de la ruta de esterilidad en la que estamos, es decir, que frente a la perspectiva de continuar en la degradación de las instituciones y de la política, se produzca en un momento dado la conciencia común de que no queda otra más que pactar algún tipo de compromiso. Y, si en ese momento de clarividencia, la fuerza que esté al frente del gobierno tiene la capacidad de elevar las miras, entonces el compromiso podría aspirar a ser ambicioso y de largo plazo. A ello ayudan las propuestas ya existentes en la mayoría de los partidos políticos sobre los cambios necesarios en el orden institucional y de gobierno, así como la demanda de la planeación a largo plazo que se ha planteado por muchas organizaciones de la sociedad. Pero también se necesita de nuevas ideas y de nuevas formas de pensamiento y acción que puedan influir en los demás y en los acontecimientos. Aunque ya sabemos que, árbol que crece torcido...

México nació como espacio inédito; proveniente de un régimen colonial, pretendió saltar al federalismo liberal y democrático, sin dejar de ser lo que era. Quizá por ello nunca se ha sabido qué hacer, porque se carece del núcleo de coherencia entre teoría y práctica como nación independiente, a no ser la quimera mitológica que se mantiene. Benito Juárez logró la fundación del Estado, pero más a partir del resultado de la guerra civil en los Estados Unidos, que a cuenta de la gesta nacional. Lázaro Cárdenas le dio personalidad soberana al Estado para después entregarlo a las manos de la burocracia política. Y es que la formación del Estado mexicano no fue producto del ascenso de una burguesía que madurara en la lucha misma, ni de movimientos sociales o ciudadanos autónomos, sino producto de los



desenlaces de las luchas a las cuales las clases subordinadas asistían como público de las obras que protagonizaban los grupos o las burocracias en turno. Así, en el terreno social jamás maduraron las nuevas categorías que se preveían en los proyectos de nación y, en la práctica, seguíamos siendo los mismos sujetos propios de la cultura realmente existente: indios, siervos y caciques, mestizos y criollos, al interior de una estructura patrimonial y paternalista, jugando a la democracia que sólo se reconvierte en una obra política muy especial, aquella que consiste en luchar enconadamente por el poder republicano, como si fuera el poder real. Nación que nunca acaba de hacerse y que no cumple con la expectativa, porque no estuvo hecha para la felicidad de los habitantes. Botín dejado inicialmente a los grupos de bandidos, de militares y de burócratas que, con el tiempo, logran domesticar por fin la lucha por el poder. Un poder que jamás alcanza para los propósitos sociales que dice tener, porque no surgió para eso, aunque siempre tiene que revestirse con tales ropajes.

He aquí entonces que vivimos siempre con la ilusión de construir un país, un Estado-nación, con los elementos que lo definen como obra sumamente imperfecta, que en la práctica se convierte en la disputa por el botín y que no conduce más que a la desintegración social permanente y a la degradación de las almas y que, a fin de cuentas, es conducida en el mundo por la corriente más fuerte y la que le impone externamente su destino.

México necesita de reorganizar su vida política a fondo, a partir de una nueva Constitución Política que reconozca sus particularidades y que, al mismo tiempo, le abra las puertas al futuro, fortalezca la capacidad de gestión de sus instituciones y promueva su participación en el mundo y en su ámbito

geográfico de relaciones más inmediatas, para poder resolver con firmeza los problemas de su población. Pero ya sabemos que los problemas rebasan a las capacidades políticas; por eso quizá habrá que ir de menos a más y no esperar todo de un acto refundacional.

¿Qué hacer entonces en esta porción del territorio del mundo para lograr la felicidad de los que lo habitan? Un programa de largo plazo deberá recurrir, de cualquier manera, a los elementos políticos existentes: Estado, tratados, convenios, etcétera, con el fin de fortalecer la capacidad de gestionar los acuerdos y las medidas que permitan el bienestar de las personas. De otra manera, el aparente orgullo nacional seguirá oscureciendo lo que verdaderamente sucede: mantener en la miseria a la gran mayoría de la población, como condición para alimentar de mano de obra barata a los vecinos y para engrandecer las ganancias de los grupos internos que, en su mayoría, no saben hacer otra cosa que negocios asociados a la política.

La meta de México para este siglo sería la transición a una república plenamente democrática, mediante un compromiso de sus fuerzas sociales y políticas para lograr, en el plazo de una generación, las condiciones materiales y sociales que le permitan proponerse la integración de una comunidad americana, empezando por la comunidad de los estados norteamericanos, agregando, a los principios de la democracia liberal, los valores del desarrollo humano, social y sustentable.

Tal sería una respuesta política que esperan los mexicanos que habitan y viven en el territorio norteamericano. Y cuando decimos que viven quiere decir que mal viven, es decir, que son ciudadanos o personas de segunda en un territorio

social dividido por fronteras nacionales e imperiales y subadministrado por poderes políticos que producen un enorme sufrimiento a las personas, pues los obligan a vivir en medio de grandes obstáculos para la realización de sus derechos más elementales, tales como el derecho al trabajo, al libre tránsito, etcétera, en una palabra, de unas formas políticas que sólo trituran el alma de las personas en lugar de apoyarlas para el disfrute de su vida.

Un programa político no sólo se asienta en el pasado, sino también en el porvenir, sobre todo ahora que el futuro ejerce más influencia en los acontecimientos que la historia. Un programa político para México en el siglo XXI tiene que hacerse abierto al mundo y reivindicando lo fundamental: el derecho a la vida plena de las personas que constituyen a la sociedad.

México ya no es sólo su territorio actual; México es parte de una configuración económica, social, política y cultural mucho más amplia y que se extiende por el territorio norteamericano. Por otro lado, ya se ha dicho, México es muchos Méxicos y muchísimos más mexicanos. Por eso, la sociedad mexicana, que ya no se circunscribe al Estado-Nación tradicional, sino que forma parte de un territorio mayor, debe proponerse la formación de la Comunidad Federada de los Estados de América. Una comunidad en donde además de que florezcan los valores de la democracia liberal, se impulsen también los valores del desarrollo humano, social y sustentable, y los del pluralismo cultural en su sentido más amplio.

Por lo demás, esto apenas constituye el “programa mínimo” de México ante un mundo en el que, como escribe Lourdes Quintanilla, parafraseando a Jünger: “El hombre ha desencadenado fuerzas que ya no puede dominar y que

ya no cabe más adjetivar de históricas. Tiene lugar algo nuevo. La era radioactiva, la genética, la potencia de la materia, las fronteras que se disuelven, las relaciones entre los sexos se modifican, el poder del padre se disminuye y los viejos conceptos pierden su significado. El tránsito se revela en una concentración de fuerzas que si bien siempre actúan se manifiestan ahora en toda su pureza. La radiación cósmica se concentra, la trama telúrica trabaja desde el fondo de las profundidades, cambios climáticos”.<sup>25</sup>

He aquí que las fuerzas productivas de la espiritualidad humana han rebasado cualquier matriz conocida de relaciones de producción. Por ello, si un socialismo es posible imaginar, tendrá que ser resultado de un nuevo movimiento del espíritu. Aunque probablemente, para ese nuevo espíritu de la tierra, el socialismo resulte una forma estrecha de concebir las posibilidades de su realización. Quizá, en esta perspectiva, más que humanizar al mundo, se requiere de planetarizar al hombre, en profundidad y en extensión.

Hasta aquí la imaginación. Habrá que trabajar en concreto para abrirle paso a ésta o a otras visiones que puedan anticipar el futuro, con el objeto de iluminar el debate sobre “la misión del mexicano en la tierra”, ahora tan oscurecido por la rapiña en la que hemos convertido la lucha por el poder y que se encarga de empequeñecer a las causas, los medios, a los propios políticos y, por supuesto, al país.

## CONCLUSIONES

1. El Estado de la revolución mexicana se propuso la no reelección, el sufragio efectivo, la incorporación de los indígenas al desarrollo, la integración de la nación, la modernización del país, entre otras cosas. Para esas tareas, construyó un régimen político que concentró en el presidente de la república las funciones de Jefe de Estado, Jefe de Gobierno, Jefe de las Fuerzas Armadas, Jefe del Partido, en una palabra, caudillo de caudillos.

La figura presidencial, a su vez, concentró todos los poderes reales y formales, e integró a la sociedad en el partido, por medio de los sectores. El proceso se dirigió con ayuda de la ideología del nacionalismo, que rompió lazos con la historia colonial y porfirista, y los construyó con el remoto pasado indígena.

El nacionalismo y el revolucionarismo permitieron integrar la lucha de clases en un proyecto que integraba a la sociedad y a sus sectores de manera corporativa y subordinada a la presidencia. Recuperando las tradiciones del Estado paternalista y patrimonialista, hizo suyas las tareas de las clases, tutelando a la sociedad en el cumplimiento de sus funciones de integración nacional, desarrollo económico, social, político y cultural. Por eso, la democracia no era política, en principio, sino económica y social, y correspondía al Estado crear las condiciones de ese sistema de vida.

Mientras no se alcanzaran las metas revolucionarias, había que defender a la nación de sus enemigos, tanto de los que provenían del pasado reaccionario, como de los extranjeros.

Las elecciones no tenían la función de organizar la lucha por el poder. Esta tenía lugar al interior de los aparatos del Estado que encabezaba el presidente. Por ello, las elecciones eran posteriores a los resultados de la lucha.

2. Poco a poco y a su manera, el Estado fue cumpliendo sus objetivos y sus metas. Otras no. Muy pronto, la sociedad de la que surgió el Estado y sus instituciones, sufrió cambios e innovaciones importantes. Nuevos grupos sociales no pudieron ser incorporados a la estructura tradicional. Tal fue el caso de las clases medias de la modernidad y de los jóvenes estudiantes. Después del movimiento de 1968, se trató de crear nuevas estructuras de mediación y nuevas instituciones que permitieran incorporar a esos grupos sociales en el régimen político del presidencialismo autoritario. Al no tener éxito, se optó por una oferta distinta. Como ya no cabían adentro, había que hacerles un lugar afuera, dónde ya estaban y amenazaban con subvertir el orden.

Retomando el precedente de los diputados de partido de la reforma electoral de 1963, pero con una visión mucho más amplia, se llevó a cabo la reforma política de 1977, con un acuerdo tácito entre los que decidieron participar: construir un sistema más competitivo de partidos políticos, capaz de encauzar la lucha política por medio del proceso electoral.

3. La crisis financiera del Estado en 1981 provocó un cambio de rumbo completo, asumido en primer lugar por el propio presidente de ese entonces. El impacto fue tan grande que el presidente lo vivió, no sólo como derrota personal, sino como el fin de los gobiernos revolucionarios.

Efectivamente, el poder pasó a manos de otro grupo. Pero no medió para ello una lucha abierta entre partidos, sino que fue decisión del presidente y de la capacidad de acomodo pragmático de los demás grupos del partido en el poder. A partir de ese momento, se llevó a cabo una profunda reestructuración del Estado que, básicamente, consistió en la estrategia de apertura económica y privatización de las empresas del Estado.

La reforma buscó redimensionar el sector público y revisar a fondo el papel del Estado en la economía. En ese camino se obtuvieron importantes logros: en menos de 20 años México se volvió un gran exportador de manufacturas, superó su condición de economía dependiente en alto grado de las ventas foráneas de crudo y supo atraer cantidades considerables de inversión extranjera directa. Pero el crecimiento se estancó. El empleo se ha deteriorado: casi la mitad de la fuerza de trabajo ocupada en las ciudades lo hace en condiciones de informalidad, sin seguridad social, ni contrato de trabajo; el desempleo abierto llega a afectar al 4 por ciento de la población económicamente activa y la migración a los Estados Unidos, en lo que va del siglo, alcanza la cifra de 450,000 personas anuales.

La reforma económica terminó por debilitar al Estado en sus capacidades fiscales y políticas, lo que le ha impedido contrarrestar las fuertes tendencias a la descomposición social.

4. Frente a el nuevo proyecto de los grupos financieros del Estado, los grupos del viejo partido nacionalista y de la democracia social decidieron separarse y fortalecer a los partidos que, desde la izquierda, venían luchando por ampliar

los cauces de la participación política. Ello provocó un gran aliento al proceso de creación de un nuevo sistema electoral.

Así, desde la derecha y desde la izquierda se creó un movimiento nacional por la democracia que se expresó en un proceso electoral cada vez más competido y que requería adecuaciones crecientes, hasta que logró la autonomía ciudadana y pudo cumplir con el papel esperado: garantizar el sufragio efectivo.

5. Mientras tanto, el quiebre del desarrollo que significó el desplazamiento de los grupos nacionalistas burocráticos en el poder, junto con los cambios en el mundo, producen también modificaciones radicales en el seno de los partidos políticos.

El Estado es desmantelado económica, política e ideológicamente; los partidos dejan de lado sus viejos idearios y la sociedad es dejada a la intemperie. Los partidos se dedican a las elecciones y las viejas corporaciones también pierden capacidades y, en muchos casos, se muestran como meros cascarones burocráticos vacíos.

De ahí que el viejo Estado se debilita y máxime con el asesinato de Colosio, que interrumpe al proyecto de “reforma desde dentro”, como le ha llamado el ex presidente Salinas de Gortari. La dependencia con respecto a Estados Unidos se vuelve postrada y las capacidades políticas se reducen al mínimo.

6. La transición a la democracia en México se ha hecho, durante un buen tramo, como tarea incumplida del viejo régimen. En cierto sentido, la Reforma



Política de 1977, junto con la serie de reformas que se realizan hasta 1994, constituyen la forma a través de la cual, lo que queda del Estado de la Revolución mexicana, cumple con sus objetivos programáticos, es decir, en 1934 alcanzó la no reelección y, hasta 1997 logró el sufragio efectivo.

Al cumplir con el sufragio efectivo, el Estado revolucionario termina su ciclo de vida. Con la alternancia queda claro que ya no será el grupo en el poder el que impone su voluntad, sino que la sociedad elige de entre varias alternativas. Llama la atención que el partido que logra la alternancia es el que fue creado para ella: el PAN.

7. Además de la luchas ciudadanas y de los partidos políticos de oposición, la conquista del sufragio efectivo fue posible porque en los nuevos grupos que ocuparon la dirección del Estado autoritario necesitaban completar el proyecto de reformas estructurales y de apertura de la economía al mundo, con la construcción de un sistema de legitimidad democrática.

De ahí que la transición “votada”, como le ha llamado Mauricio Merino, produzca resultados paradójicos. En el principio, el Estado autoritario pacta con las oposiciones un camino: la construcción de un sistema electoral democrático. El resultado es que sobrevive el viejo Estado, pero ya no puede funcionar como antes. Y, quienes promueven la creación del sistema electoral democrático, no adquieren la capacidad política para pactar, por lo menos entre sí, un programa que permita extender al conjunto del régimen político las cualidades del nuevo sistema electoral.

Así, el viejo Estado, diseñado para funcionar de manera autoritaria, contiene ahora un sistema electoral democrático, producto de las negociaciones políticas y de las reformas económicas que también desmantelaron al Estado propietario y a la dinámica de reproducción centrada hacia dentro. En otras palabras, en el seno del viejo Estado se puso una piedra clave que impide su reproducción autoritaria. Ahora hace falta que esa piedra se convierta en la angular para la construcción de un nuevo Estado democrático.

8. Desde hace tiempo que los problemas sociales del país rebasan con mucho a las capacidades políticas para resolverlos. Por ello han crecido los peligros para México. Algunos han llegado a plantear el riesgo de la desintegración e, incluso, el de la escisión social y la secesión política. La causa radica en la creciente debilidad del Estado. Esta incapacidad para enfrentar los problemas sociales ha generado también una sensación de decadencia y de postración frente a los retos del bienestar de la sociedad y de la competitividad internacional.

En consecuencia, el gran logro de la transición democrática, la construcción del sistema de partidos competitivo con sufragio efectivo, puede verse revertido en caso de no enfrentar con éxito el problema de construir una autoridad democrática con capacidad de dirección política. Por ello, más que un pacto económico y social, necesario pero no suficiente, lo que urge es el acuerdo para el cambio de la forma de gobierno, que permita, entre otras cosas, hacer efectivo el económico y social.

9. La democracia mexicana observa la otra orilla a la cual llegar y en la que es posible advertir varias figuras: nueva constitucionalidad o nueva Constitución,

Estado de derecho y democrático, ciudadanos libres, organizaciones sociales fortalecidas, condiciones mínimas de igualdad, justicia y equidad, etcétera, las que podrán adquirir una forma básica, si se mantiene un esfuerzo continuo en el plazo de una generación. Pero para ello hace falta dar el primer paso: el acuerdo para la forma de gobernar la pluralidad democrática.

Las tareas de la construcción de la democracia mexicana son enormes y requieren de una forma amplia y poderosa para, no sólo gobernar la pluralidad política, sino también para cumplir con aquellas tareas.

El debate sobre la gobernabilidad democrática no debe quedarse en la formalidad jurídica y política. ¿Cuál es el mejor régimen para realizar la reforma social profunda que requiere la sustentabilidad de la democracia mexicana?

En síntesis, para consolidar la transición hace falta un acuerdo para poner las bases del régimen en donde la competencia de partidos se traduzca en gobernabilidad con mayorías y en planeación económica como vía para cumplir los objetivos de la reforma social.

Ese sería el rumbo: del Estado y la sociedad autoritarias, al Estado y la sociedad democráticas, pasando por el sistema electoral democrático como base para impulsar la Reforma del Estado, cuya tarea inicial consiste en pactar una forma de gobierno de la pluralidad democrática, a través de gobiernos de coalición que promuevan nuevas mayorías, así como de los pequeños y grandes acuerdos que incorporen a la población mediante compromisos asumidos por las partes.

10. Por ello creo que la forma de gobierno tiene que evolucionar hasta adquirir un carácter semipresidencial, para facilitar la formación de las mayorías institucionales que necesita el nuevo régimen competitivo de partidos, para elevar la importancia de la planeación del desarrollo nacional en el mediano y largo plazo, así como para democratizar a las organizaciones sociales, fortalecer a los partidos políticos y a las instituciones representativas, principalmente el Congreso de la Unión, con el fin de activar y promover también la participación de la sociedad organizada, a través nuevas instituciones ciudadanas, en los procesos de gobierno y de planeación del desarrollo.

Los partidos políticos y la Cámara de Diputados, sobre todo, necesitan renovar sus capacidades de formación y representación de la soberanía popular.

11. Este es el punto más complicado: si los partidos, con sus prerrogativas, se vuelven franquicias y las organizaciones sociales y sindicales se debilitan, ¿con cuáles organizaciones se podrá apoyar la reforma social del país?

Tal es la importancia de un nuevo compromiso histórico. Propongo la idea de compromiso, porque se asemeja a lo que pasó en el proceso real de la reforma política de 1977 que se volvió la vía de la transición pactada y votada. Es decir, de un compromiso para construir un sistema electoral de competencia de partidos, se avanzó en aproximaciones sucesivas, en medio de luchas en todos los niveles, hacia lo que finalmente fue la reforma pactada que le dio vida al Instituto Federal Electoral.

Así también, el compromiso podrá tomar cuerpo en acuerdos sucesivos, cada vez más amplios, cada vez más profundos, que normen y guíen la acción de los agentes sociales y de las viejas y nuevas instituciones. En esta ruta, bien podría ser factible la creación de las condiciones para debatir, y en su caso aprobar, un nuevo texto constitucional.

12. Hacer valer el rumbo y los acuerdos del compromiso, además de mantener la unidad de la nación, serán tareas del presidente de la República. Adecuar la marcha, a los ritmos y tiempos políticos, serán las funciones del jefe de gobierno y del Congreso de la Unión. Ampliar y fortalecer la representación de los sujetos sociales dependerá de llevar los principios democráticos a las organizaciones sociales y de dotar de espacios a su participación, como puede ser el Consejo Económico y Social de Estado.

Así, Estado, gobierno, partidos políticos y organizaciones sociales libres y democráticas permitirán obtener quizá el mayor logro de todos, social y políticamente, es decir, la construcción de ciudadanía.

13. Por último tenemos un problema fundamental: ¿Cómo integrar y desarrollar un proyecto democrático de nación con los partidos, las corporaciones y las mentalidades que todavía mantienen sus ojos y sus costumbres en el pasado?

Con la modernización de la sociedad, los avances en la formación de una ciudadanía más o menos madura y con la realización del programa del sufragio efectivo, terminaron las tareas históricas de los grupos dirigentes, tanto de la revolución mexicana, como de Acción Nacional. Con la caída de la

Unión Soviética y del Muro de Berlín, la izquierda perdió gran parte de su identidad.

Mientras tanto, la sociedad sigue muy alejada en la práctica de lo que pretendió lograr el Estado de la revolución y los partidos políticos que encarnaban la visión de la lucha de clases. El país sigue siendo sumamente desigual, como si los programas políticos basados en el desarrollo de la nación o de la lucha de clases no produjeran los resultados esperados.

Se necesitan nuevos partidos y nuevas formas de organización de la sociedad. La lucha de clases y de la nación, dejaron como saldo casi un volver a empezar, desde el punto de vista del desarrollo del territorio y el bienestar de la población. Habrá que hacerlo, pero desde otra escala y con otra perspectiva.

Los viejos partidos no dejan de manifestarse como paradojas, desde su nombre mismo: revolución institucional; revolución democrática (vuelta a lo mismo), o acción nacional.

El problema es fundamental, aunque sumamente complejo, pues se trata del problema de la dirección política del Estado que quiere construir una sociedad democrática en un mundo que ha perdido también las viejas formas y se interna por caminos desconocidos. Pero quizá ese es el sentido principal del cambio que debemos al país: pasar de rumiar el pasado para abrirle las puertas al futuro.

Espero abordar el tema en un próximo trabajo.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Véase el ensayo de Cordera Campos, Rolando y González Tiburcio, Enrique; La sociedad mexicana hacia el nuevo milenio: cohesión y divergencia. Y ver en general todo el libro que lo contiene, coordinado por Millán B. Julio A. y Alonso Concheiro, Antonio; ***México 2030, Nuevo siglo, nuevo país***; editado por el Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión, 2001.
- <sup>2</sup> Bartra, Roger; ***Oficio Mexicano***; Editorial Grijalbo; México 1993, p. 41
- <sup>3</sup> Revueltas, José; ***Crisis y destino de México***; en Schmidt, Samuel (coordinador); La nueva crisis de México; Editorial: Nuevo Siglo, Aguilar, primera edición, México 2003, pp. 41-53
- <sup>4</sup> Revueltas, José; ***México: una democracia bárbara, posibilidades y limitaciones del mexicano***; editorial Posada, 3ª. Edición, México, 1977 pp. 152-3
- <sup>5</sup> Paz, Octavio; ***Sueño en libertad***, escritos políticos; editorial Seix Barral, primera edición México, 2001, p. 183
- <sup>6</sup> De Zavala, Lorenzo; ***Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 Hasta 1830***, FCE. México, pp.229-230
- <sup>7</sup> Casi todas son “citas citables” de nuestros clásicos y se corresponden con los siguientes libros:
- Reyes, Alfonso; ***Universidad, política y pueblo***; UNAM-IPN, Textos de humanidades, México 1987, pp.23-29
  - Paz, Octavio; obras varias.
  - O’Gorman, Edmundo; ***México: el trauma de su historia***; UNAM, primera edición, 1977. p. 118
- <sup>8</sup> Villoro, Luis; ***El proceso ideológico de la Revolución de Independencia***; UNAM; cuarta edición, México 1984. p.250
- <sup>9</sup> Silva-Herzog Márquez, Jesús; ***El antiguo régimen y la transición en México***; Editorial Planeta/Joaquín Mortiz; primera reimpresión, México 1999. p. 71
- <sup>10</sup> Florescano, Enrique; ***El nuevo pasado mexicano***; Editorial Cal y arena, tercera edición, México 1994, p. 44
- <sup>11</sup> González Casanova, Pablo; ***El Estado y los Partidos Políticos en México***; editorial Era, p. 107
- <sup>12</sup> San Juan Victoria, Carlos; ***Raíces de las perspectivas obreras***; Inédito.

- <sup>13</sup> Woldenberg K. José; *La construcción de la democracia*; editorial Plaza y Janés, primera edición, 2002. Véase del mismo autor: *En busca de una mayoría estable*, ponencia en el seminario organizado por la Cámara de Diputados y el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, en septiembre de 2004, así como sus otros trabajos individuales y colectivos reunidos en la bibliografía.
- <sup>14</sup> Zaíd, Gabriel; *Escenarios sobre el fin del PRI*; Revista Vuelta, México, No. 103
- <sup>15</sup> Zea, Leopoldo; Gaceta Informativa de la Comisión Federal electoral, Tomo I, México 1978. p. 312
- <sup>16</sup> Lazarsfeld, Paul Félix; *La campaña electoral ha terminado*; en Sociología de la comunicación de masas, III. Propaganda política y opinión pública; de M. De Moragas (ED.); Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona 1985, p. 38
- <sup>17</sup> Ibarra David; *México: Transición sin Desarrollo*; en La economía nacional: una reflexión; UNAM, México, 2004, p. 28
- <sup>18</sup> Sánchez, Georgina y de María y Campos, Mauricio; *¿Estamos Unidos Mexicanos?*; Informe de la Sección mexicana del Club de Roma; Editorial Planeta, México, 2001, p. 550
- <sup>19</sup> Muñoz Ledo, Porfirio; *Comisión de Estudios para la Reforma del Estado, Conclusiones y propuestas*; editado por la UNAM, primera edición, México 2001. pp. 259-60
- <sup>20</sup> Jünger, Ernst; *La Paz*; Tusquets editores; primera edición, Barcelona, diciembre de 1996, P. 186
- <sup>21</sup> Paz, Octavio; Op.-cit, p.449
- <sup>22</sup> Sloterdijk, Peter; *En el mismo barco*; Editorial Siruela, Madrid, 2004, p.77
- <sup>23</sup> Caso, Antonio; *El problema de México y la Ideología Nacional*, en Obras Completas Tomo IX; UNAM, primera edición, 1976. p. 84
- <sup>24</sup> Iniciativa con Proyecto de Ley que crea el Consejo Económico y Social.
- <sup>25</sup> Quintanilla Obregón, Lourdes; *Ernst Jünger, la mirada de un siglo*; Libros en Red, Buenos Aires, 2005, p. 103



## BIBLIOGRAFÍA

- Alamán, Lucas; *Disertaciones*, 3 Tomos, Editorial Jus, México 1969
- *Historia de México*, 4 Vol., Editorial Jus, México, 1972
- Aguilar Camín, Héctor, *Saldos de la Revolución*, Océano, México, 1984.
- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana. Un ensayo de historia contemporánea de México, 1910-1989*, 3° Ed. Cal y Arena, México, 1990
- Aguilar Camín, Héctor, *Después del milagro*, Cal y Arena, México, 1996.
- Anguiano, Arturo; *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Editorial Era, México, 1975
- Bartra, Roger; *Oficio Mexicano*; Editorial Grijalbo; México, 1993
- Bazdresch, Carlos y Soledad Loaeza, *México; Auge, crisis y ajuste*. Tres tomos, F.C.E, México, 1993
- Becerra, Ricardo; Salazar, Pedro, y Woldenberg, José; *La mecánica del cambio político*; Editorial Cal y Arena, México, 2000.
- Begné, Alberto y de la Peña, Ricardo (compiladores); *Propuestas para el debate*; Iniciativa XXI, México, 2001
- Bizberg, Ilán y Fryber, Marcin (compiladores); *Transiciones a la democracia, lecciones para México*; editorial Cal y Arena, México 2000.
- Blancarte, Roberto *Historia de la iglesia católica en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992
- Boils, Guillermo; *El Estado y el ejército en México*, Ediciones El Caballito, México, 1975
- Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo*, SEP, México, 1987.

- Brachet-Márquez, Viviane; *El pacto de dominación. Estado, Clase y reforma social en México (1910-1995)*, El Colegio de México, México, 1996
- Brading, David; *Mito y Profecía en la Historia de México*; Ed. Vuelta, México, 1988
- *Octavio Paz y la Poética de la Historia Mexicana*; FCE, México, 2000
- Bulnes, Francisco, *Las revoluciones de Ayutla y de reforma*, Editora Nacional, México, 1972.
- Camacho Solís, Manuel (compilador); *¿Es posible un Pacto nacional?*; UNAM, México, 2001
- Cámara de Diputados e Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, Foro *Gobernabilidad Democrática, ¿Qué Reforma?*, México, octubre de 2004.
- Cárdenas Gracia, Jaime; *Transición Política y Reforma Constitucional en México*; UNAM, México, 1994
- *Una Constitución para la democracia*; UNAM, México, 1996.
- Cárdenas del Río, Lázaro; *Ideario Político*; ED. Era; México, 1972
- Cardoso, Ciro (coord.), *México en el siglo XIX 1821 - 1910*, Nueva Imagen, México, 1992.
- Careaga, Gabriel, *Mitos y fantasías de la clase media en México*, 16° Ed., Cal y Arena, México, 1995
- Caso, Antonio; *El problema de México y la Ideología Nacional*, en Obras Completas Tomo IX, primera edición, UNAM, México, 1976
- Castañeda, Jorge; *La Herencia*; Alfaguara, México, 1999
- Clark, Marjorie Ruth; *La organización obrera en México*, Editorial Era, México, 1979
- Cordera Campos, Rolando y Tello Macías, Carlos: *La disputa por la Nación*, Siglo XXI ED., México 1981.

- Cockcroft, James D., *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1986.
- Cordera Campos, Rolando, et al; *México, el Reclamo Democrático*; Siglo XXI, México, 1988
- Córdova, Arnaldo; *La Formación del Poder Político en México*; Ed. Era; México, 1972
- Cosío Villegas, Daniel, coord.; *Historia general de México*, El Colegio de México, México, 2000.
- Cosío Villegas, Daniel: *El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio*, 11° Ed., Editorial Joaquín Mortiz, México, 1978
- *La sucesión presidencial*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1975
- *El estilo personal de gobernar*, 2° Ed., Editorial Joaquín Mortiz, México, 1974
- De Bustamante, Carlos María; *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana y sus Complementos*; 8 Tomos, FCE, México 1985
- De Zavala, Lorenzo; *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México desde 1808 Hasta 1830*, FCE, México, 1998.
- Elizondo Mayer-Serra y Nacif Hernández, Benito (copiladores); *Lecturas sobre el cambio político en México*; FCE/CIDE; México, 2002
- Fazio, Carlos; *El Tercer Vínculo*; Ed. Joaquín Mortiz, México, 1997
- Florescano, Enrique; *Memoria mexicana*, FCE, México, 1994
- Florescano, Enrique; *El nuevo pasado mexicano*; Editorial Cal y Arena, tercera edición, México 1994
- Fuentes, Carlos; *Nuevo Tiempo Mexicano*; Ed. Aguilar, colección Nuevo Siglo; México, 1994

- Galeana, Patricia (coord.); *El nacimiento de México*, Archivo General de la Nación – FCE, México, 1999.
- García Cantú, Gastón; *El Socialismo en México*; Ed. Era, México, 1969
- Garrido, Luis Javier; *El Partido de la Revolución Institucionalizada*; Siglo XXI, México, 1982
- Garza, Enrique, de la, Raúl Corral Raúl y Javier Melgoza, *Crisis y Reestructuración Productiva en México*, UAM-I, México, 1989.
- González Casanova, Pablo; *La democracia en México*. Ed. Era, México 1986
- González Casanova, Pablo; *El Estado y los Partidos Políticos en México*; editorial Era, México, 1980
- Grange, B., de la y M. Rico; *Marcos, la genial impostura*, Aguilar, México, 1997.
- Guerra, Francisco Xavier; *Del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 Vols. Fondo de Cultura Económica, México, 1988
- Hale, Charles; *La transformación del Liberalismo en México a fines del Siglo XIX*; Ed. Vuelta, México, 1991
- *El Liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*; Ed. Siglo XXI, México, 1985
- Hansen, Roger D.; *La política del desarrollo mexicano*, 18° Ed., Siglo XXI editores, México, 1989
- Huntington, Samuel; *La tercera ola*; editorial Paidós, Barcelona, 1994.
- Ibarra, David; *¿Transición o Crisis?*; ED. Aguilar, Col. Nuevo Siglo; México, 1996
- Ibarra David; *México: Transición sin Desarrollo*; en *La economía nacional: una reflexión*; UNAM, México, 2004

- Jünger, Ernst; *La Paz*; Tusquets editores; primera edición, Barcelona, diciembre de 1996
- Katz, Friedrich; *La guerra secreta en México*, Editorial Era, 2 Tomos, México, 1983
- Knight, Alan; *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al Nuevo régimen constitucional*, 2 Vols., Editorial Grijalbo, México, 1986
- Krauze, Enrique; *Biografía del poder*, (colección completa en fascículos), FCE, México, 1999.
- *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1985.
- *Siglo de caudillos: biografía política de México (1810 - 1910)*, México, 1997.
- *La Presidencia Imperial*; Tusquets, México, 1997
- Lazarsfeld, Paul Félix; “*La campaña electoral ha terminado*”; en *Sociología de la comunicación de masas, III. Propaganda política y opinión pública*; de M. De Moragas (Ed.); Editorial Gustavo Gili, S.A., Barcelona 1985.
- Linz, Juan; *La quiebra de las democracias*; CONACULTA; México, 1990
- Lira, Andrés; *Espejo de discordias. La sociedad mexicana vista por Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Lucas Alamán*, México, SEP, 1984.
- Loeza, Soledad; “*El siglo XX mexicano*” en *Gran historia de México ilustrada*. Planeta, CONACULTA, INAH, México, 2001
- Lozoya, Alberto; *El ejército mexicano*, México, El Colegio de México, Jornadas. México, 1967.
- Lujambio, Alonso y Vives, Horacio; **El poder compartido. Un ensayo sobre la democratización mexicana**; Editorial Océano, México 2000.
- Medina, Luis; *Hacia el nuevo Estado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994

- Merino Mauricio; *La transición votada, crítica a la interpretación del cambio político en México*, FCE, México, 2003.
- Meyer, Lorenzo; *Revolución y sistema*, SEP, México, 1987.
- Meyer, Jean; *La Cristiada*, 2° ED., 3 Vol., Siglo XXI editores, México, 1974
- Millán B. Julio A. y Alonso Concheiro, Antonio (coordinadores); *México 2030, Nuevo siglo, nuevo país*, segunda reimpresión, editado por el Fondo de Cultura Económica, México, 2001.
- Mora, José María Luis; *México y sus revoluciones*, 2 Vol., Editorial Porrúa, México, 1950.
- Muñoz Ledo, Porfirio; *Compromisos*, ED. Posada, México, 1988
- Muñoz Ledo, Porfirio; *Comisión de Estudios para la Reforma del Estado, Conclusiones y propuestas*; editado por la UNAM, primera edición, México 2001
- Muñoz, Rafael F.; *Santa Anna. El dictador resplandeciente*, Col. Lecturas mexicanas, No. 33, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- O' Donnell, Schmitter y Witehead; *Transiciones desde un régimen autoritario*; cuatro volúmenes, editorial Paidós, México, 1994.
- O'Gorman, Edmundo; *Historia de la divisiones territoriales de México*, Editorial Porrúa, Col. Sepan Cuántos, 5° Ed., México, 1979,
- O'Gorman, Edmundo; *México: el trauma de su historia*; UNAM, primera edición, México, 1977
- Otero, Mariano; *Obras*; Porrúa, México, 1967
- Paz, Octavio; *Sueño en libertad*, escritos políticos; editorial Seix Barral, primera edición, México, 2001
- Preston, Julia y Dillon, Samuel; *El Despertar de México*; Ed. Océano, México, 2004

- Quintanilla Obregón, Lourdes; *Ernst Jünger, la mirada de un siglo*; Libros en Red, Buenos Aires, 2005.
- Revueltas, José; *Crisis y destino de México*; en Schmidt, Samuel (coordinador); La nueva crisis de México; Editorial: Nuevo Siglo, Aguilar, primera edición, México, 2003
- Revueltas, José; *México: una democracia bárbara, posibilidades y limitaciones del mexicano*; editorial Posada, 3ª. Edición, México, 1977
- Reyes, Alfonso; *Universidad, política y pueblo*; UNAM-IPN, Textos de humanidades, México, 1987
- Reyna, José, Luis et, al; *Tres tesis sobre el movimiento obrero en México*. El Colegio de México, México, 1976.
- Riding, Alan; *Vecinos distantes*; Joaquín Mortiz, México, 1986.
- Rodríguez Araujo, Octavio; *La Reforma Política y los Partidos en México*; Siglo XXI, México, 1979
- Ross, Stanley; *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?*; Sepsetentas; México, 1972
- Rubio Mañé, José Ignacio; *El Virreinato*, FCE-UNAM, México, 1992.
- San Juan Victoria, Carlos; *Raíces de las perspectivas obreras*; Inédito.
- Sánchez, Georgina y de María y Campos, Mauricio; *¿Estamos Unidos Mexicanos?*; Informe de la Sección mexicana del Club de Roma; Editorial Planeta, México, 2001
- Sartori, Giovanni; *Ingeniería constitucional comparada*; FCE, segunda edición, México, 2001.
- Schettino, Macario; *Paisajes del Nuevo Régimen*; ED. Océano; México, 2002
- Semo, Enrique (coord.); *México, un pueblo en la historia*; 4 volúmenes, UAP/Nueva Imagen, México, 1983

Senado de la República; *Iniciativa con Proyecto de Ley que crea el Consejo Económico y Social*

Serna, Enrique; *El seductor de la patria*, México, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1999.

Sierra, Justo; *Juárez, su obra y su tiempo*; Porrúa, México, 1980

——— *Evolución Política del Pueblo Mexicano*; ED. La Casa de España en México, 1940

Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución mexicana*, México, FCE, México, 1985.

Silva-Herzog Márquez, Jesús; *El antiguo régimen y la transición en México*; Editorial Planeta/Joaquín Mortiz; primera reimpresión, México 1999.

Sloterdijk, Peter; *En el mismo barco*; Biblioteca de ensayo, Siruela, 3ª edición, Madrid, julio de 2002

Tello Díaz, Carlos; *La rebelión de las Cañadas*, Cal y Arena, México, 1998

Teresa de Mier, Fray Servando; *Memorias*; Editorial Porrúa, México 1971

Varios autores; *Historia general de México*, México, El Colegio de México, México, 1981

Valadés, José C.; *Historia general de la Revolución Mexicana*. Vols. II a VI, S.E.P., Dirección General de Publicaciones, México. 1985

Valadéz, Diego; *El gobierno de gabinete*; IIJ-UNAM, México, 2003.

Villegas, Abelardo; *México en el horizonte liberal*, UNAM, México, 1981

Vázquez, Josefina Zoraida, (coord.); *Interpretaciones de la Independencia de México*, Nueva Imagen, México, 1997.

Vázquez, Josefina Zoraida, (coord.); *La fundación del Estado mexicano*, Nueva Imagen, México, 1994.



Villoro, Luis; *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*; UNAM; cuarta edición, México 1984

Woldenberg K. José; *La construcción de la democracia*; editorial Plaza y Janés, primera edición, México, 2002.

— *En busca de una mayoría estable*, ponencia en el seminario organizado por la Cámara de Diputados y el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, en septiembre de 2004.

— **¿Inicio o fin de la transición?**, Revista Configuraciones, año 2, números 10-11, México, marzo 2003.

— Ponencia en el Encuentro para la Transición Democrática con Justicia y Equidad; sitio en internet de la UNT.

Womack, John; *Zapata y la Revolución Mexicana*; Siglo XXI, México, 1974

Zambrano, María; *Persona y Democracia*; Anthropos; Barcelona, 1988

Zaíd, Gabriel; *Escenarios sobre el fin del PRI*; Revista Vuelta, México, No.103

Zea, Leopoldo; *Gaceta Informativa de la Comisión Federal Electoral*, Tomo I, México, 1978

Zermeño Sergio; *México, una democracia utópica*. Ed. Siglo XXI, México, 1978.

Zaid, Gabriel; *La Economía Presidencial*; Vuelta, México, 1987.